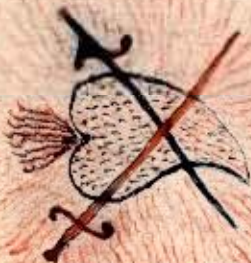


R. 11733



AN  
XVIII  
26

**HISTORIA**  
**DEL EMPERADOR**  
**CARLO MAGNO**  
**EN LA QUAL SE TRATA**  
**DE LAS GRANDES PROEZAS,**  
**Y HAZAÑAS**  
**DE LOS DOCE PARES DE FRANCIA,**  
***Y DE COMO FUERON VENDIDOS***  
**POR EL TRAYDOR DE GANALÓN,**  
**Y LA CRUDA BATALLA QUE HUBO**  
**Oliveros con Fierabrás de Alexandria,**  
**hijo del Almirante Balán.**

---

*Barcelona: Por Antonio Arroque Impresor.*

HISTORIA

DE LOS REYES

CARLOS V

Y SU REINA

ISABELA

LA CATOLICA

PRIMERA PARTE

DE SU VIDA

Y REINADO

Y SU REINA

ISABELA

LA CATOLICA

PRIMERA PARTE

## PROLOGO.

**E**L Doctor de la verdad San Pablo, dice: que todas las Escrituras fueron hechas para nuestra doctrina. Las unas, para endoctrinarnos en la Fé Católica, echando de los corazones algunas dudas, é incredulidades, que el diablo de continuo siembra, declarandonos los altos secretos de la Santisima Trinidad, y los Santos Evangelios, y las obras de nuestro Redemptor. Las otras, para declararnos las leyes, y Ordenanzas de los Emperadores, y Reyes, el Decreto Canónico, y Civil. Otras, por hacer patentes los secretos de Dios en el regimiento del Cielo, y el curso de los Planetas, Cometas, y Signos, con su natura-

leza. Otras, para que resistamos á las enfermedades, á que los cuerpos humanos son sujetos; y para curar de las que ya reynan en ellos, para que podamos vivir con salud en este Mundo, el tiempo que Dios fuere servido. Otras, para enseñarnos de la dulzura de la Filosofia, dandonos á conocer la virtud, y naturaleza de las cosas criadas. Otras, nos representan la pulida Retorica; la sabrosa Arte Oratoria, las grandes hazañas, y caballerías de nuestros Antepasados, contando las proezas de los unos, y los vicios de los otros. Porque los unos nos fuesen exemplo para bien hacer, y los otros causa de arreglar nuestras vidas, y encaminarlas para el puerto de la salud, y para inclinarnos á hacer grandes hechos queriendo

endo remediar á nuestros Antecesores. Asi como una Escritura, que ha venido á mi noticia en lengua Francesa, no menos apacible, que provechosa, que habla de las grandes virtudes, y hazañas del Invicto Carlo Magno, Emperador de Roma, y Rey de Francia, y de sus Caballeros, y Varones; como Roldán, y Oliveros, y los otros Pares de Francia, dignos de loable memoria, por las guerras que hicieron á los Infieles, y por los grandes trabajos, que por exaltar la Santa Fé Católica recibieron; y siendo cierto, que en la lengua Castellana no hay escritura que de ella haga mencion, sino tan solamente de la muerte de los doce Pares, que fueron en Roncesvalles; parecióme justa, y provechosa cosa  
que

que la dicha Escritura, y los tan notables hechos, fuesen notorios en estas partes de España, como son manifiestos á otros Reynos. Porende yo Nicolás de Piamonte, propongo de trasladar la tal Escritura de lengua Francesa en romance Castellano, sin discrepar, añadir, ni quitar cosa alguna de la susodicha Escritura Francesa; y es dividida la obra en tres Libros: El primero, habla del principio de Francia, y de quien le quedó el nombre, y el primer Rey Christiano que hubo en Francia, descendiendo hasta el Rey Carlo Magno, que despues fue Emperador de Roma, y fue trasladado de Latin en lengua Francesa: El segundo, habla de la muy cruda batalla que tuvo Oliveros con Fierabrás, Rey de Alexandria

xandría , hijo del grande Almiranté Balán; y esto está en metro Frances muy bien travado: El tercero, habla de algunas obras meritorias, que hizo Carlo Magno; y finalmente de la traición de Ganalon, y de la muerte de los doce Pares. Pues fueron sacados estos tratados de otro bien aprobado, llamado Espejo Historial; y mediante Dios trasladaré cada libro por sí, y los dividiré por Capítulos, por mejor declaracion de la escritura. Y si en esta traslacion hubiere algo de reprehension de la Retorica, ó en el romance de vocablos, ó algo que no suene bien á los oídos del leyente, (que en la sentencia me guardaré de salir un punto de la Escritura Francesa) suplico á qualquiera que lo leyere, ó oyere, que con sanas entrañas

lo enmiende, y no mire error de la pluma, sino la intencion del corazon; y de lo que halláre bueno, ruego asimismo, que al Soberano Dios todo poderoso dé las gracias, de quien todos los bienes proceden.



# CAPITULO I.

*COMO EL REY CLOVIS SIENDO  
Pagano , huvo por muger á Clotildis, hija  
del Rey de Borgña.*

**E**N aquel tiempo , siendo ya los Borgoñeses Christianos , tenían por Rey , y Señor al noble Guydengus , el qual tenía quatro hijos : al primero llamaban Agabundus , que sucedió en el Reyno , y despues hizo matar á un hermano suyo , llamado Hispericus , é hizo echar en un rio á su muger : y á dos hijas que tenía , la una hizo desterrar de su tierra , y la otra , llamada Clotildis , por sus virtudes , y hermosura , tuvo consigo. En este tiem-

tiempo el Rey de Francia, llamado Clovis, Pagano, huvo de embiar sus Embaxadores al Rey Agabundas, y siendo detenidos algunos dias, tuvieron lugar de vér la hermosura de la doncella Clotidis, sobrina del Rey Agabundus; y vueltos á su Rey Clovis, y dadole la respuesta de su embaxada, le contaron cosas que habian visto en los Palacios del Rey Agabundus, no acostumbrados entre ellos, afeando el modo de vivir de los Christianos. Dixerone asimismo de la hermosura de Clotidis, alabando su mucha discrecion, y afirmando nunca haber visto otra mas perfecta. Las quales alabanzas engendraron crecido amor en el corazon de Clovis, recibiendo pena por la no conocida doncella. Despedidos los Embaxadores, se puso á pensar como podria aver aquella tan hermosa doncella por muger, teniendo por imposible, por ser él Pagano, y ella Christiana. Estando en este pensamiento algunos dias, fue forzoso descubrir su secreto dolor á un astuto, y sabio Caballero de su Corte, llamado Aurelianus, asi para aliviar su pena, contandole su nuevo amor, como para haber de él consejo, y remedio de su passion. Oyendo Aurelianus las razones del Rey, fue muy maravillado, y le quiso reprehender: mas viendole tan afligido, y que su zelo seria causa de mayor pena, no menos le dexó de reprehender-

hender; porque en tal caso, muy pocas veces aprovecha la reprehension, ni castigo, y queriendole consolar dixo se sosegase, que él le prometia de hacerle alcanzar aquella doncella de una manera, ú de otra, y que á esto se obligaba á perder la vida. El Rey le dixo, que lo pudiese por obra, que lo que hubiese menester se lo daria. El Caballero le besó la mano, y se despidió diciendo, que presto lo sacaria de pena.

Vuelto, pues Aurelianus á su posada, se puso á discurrir, y pensar como traeria á efecto el tal concierto; y despues de haber pensado en todas las cosas, que provechosas le parecian, le vino á la memoria, como de alli á quince dias tenian los Christianos Pasqua de Navidad, y que la doncella Clotildis tenia por devocion ir aquella noche á Maytines, y llevaba gran cantidad de moneda, y todos los pobres que topaba, daba limosna por honra de la Fiesta. Y pensando esto se fué al Rey muy alegre, y le dixo, que avia discurrido el modo con que podia hablar á Clotildis, y era, poniendose á la puerta de la Iglesia para tomar limosna, como los demás pobres. Oído el Rey eso, lo tuvo por bien, y dixole, que previniese lo necesario, y ordenase como se avia de hacer. El le dixo, que mandase hacer un anillo riquísimo de oro y que en él estuviese esculpido su rostro, y fisonomía. Venido el tiempo

se partió Aurelianus para la Ciudad, donde estaba á la sazón el Rey de Borgoña y Clotildis su sobrina; y la noche de Navidad se puso á la puerta de la Iglesia con los pobres, que esperaban la limosna: y venida Clotildis, acompañada de muchas Damas empezó á dar limosna; y quando Aurelianus la vió cercada de pobres, metióse entre ellos, hasta llegar á ella, y quando alargó el brazo para darle una pieza de moneda, que dava en limosna, la tomó Aurelianus la mano, y se la besó. Clotildis maravillada de aquello, le miró muy bien, y conoció, que aunque en los vestidos parecia pobre, debia de ser hombre de autoridad, y le quisiera hablar, si no fuera por la mucha gente que allí avia, lo qual conoció bien Aurelianus.

Acabados los Maytines, y saliendo Clotildis con sus Damas de la Iglesia, vió á la puerta de ella á Aurelianus, y despues de averle mirado con mucha atencion en la cara, la hizo reverencia y acatamiento como hombre de Palacio, y conoció Clotildis ser aquel el pobre que le besó la mano. Llegada á Palacio Clotildis, se puso á pensar en él maravillandose de su atrevimiento; y deseosa de saber quien era, le embió á llamar, pensando sería algun hidalgo necesitado; y llegado delante de Clotildis, hizo tres reverencias, y sin temor alguno se puso de rodillas para besarle

le la mano, y ella no se lo consintió; y mostrando algun enojo, le dixo, porque disimulaba ser pobre? Y Aurelianus, teniendo una rodilla en el suelo, le respondió: Señora, sepas por verdad que yo soy mensagero del muy noble Clovis Rey de Francia; el qual ruega, que quieras ser su muger, y serás Reyna de Francia; y te embia este anillo en señal de fé, y promesa de Matrimonio. Ella lo tomó, y le dixo, que no pertenecia á un Pagano tomar Christiana por muger, y que á mas de eso tenia puesta su voluntad en manos de su Tio y no en las tuyas, y asi le despidió. Bien conoció Aurelianus que no le pesaria del casamiento, y asi se volvió para Francia con mucha alegría. El Rey Clovis visto que Clotildis seria contenta dello, embió sus embaxadores al Rey Agabundus, pidiendole su sobrina por muger; el qual respondió, que en niaguna manera tal consentiria: mas visto por los de su Consejo el bien que resultaria de las amistades, y paz con el Rey Clovis, rogaron, y aconsejaron al Rey Agabundus, que consintiese en el casamiento; y rehusando de hacerlo, vino su tesorero con el anillo del Rey Clovis, que Clotildis lo havia echado en el tesoro, y dixeronle ser aquel el rostro que estava esculpido en el anillo, el del Rey Clovis; y entonces consintió Agabundus en el casamiento, y fué llevada Clotildis con grande

acompañamiento, y Magestad á Francia, y fue desposada con el Rey, con condicion, que no fuese apremiada, ni rogada á dexar la Fé de Jesu-Christo; y fueron hechas las bodas con la ostentacion que á tales Señores pertenecia.

## CAPITULO II.

*Como el Rey Clovis fue rogado por la Reyna Clotildis, que dexase los Idolos, y creyese en la Fé Christiana.*

**L**A noche de las bodas, acostandose el Rey Clovis con Clotildis, ella encendida en amor de Dios, é inspirada por el Espiritu Santo, dixo al Rey: Mi muy amado, y caro Señor, yo te suplico me quieras otorgar una merced antes que llegues á mi. El Rey le dixo, demandára lo que quisiese, que se lo otorgava. Primeramente pido, y ruego, quieras creer en Dios todo poderoso, que hizo el Cielo, y la Tierra, y en Jesu-Christo su Hijo, el qual te mercó con su preciosa Sangre, y Pasion; y en el Espiritu Santo: Confirmador, é Iluminador de todas las buenas operaciones, procedente del Padre, y del Hijo; y en la Santissima Trinidad. Cree en nuestra Madre la Santa Iglesia, dexa los Idolos hechos por manos de hombres, y piensa en restaurar las San-

tas Iglesias que has hecho quemar. Otro si, te ruego, que quieras demandar mi parte de los bienes de mi Padre, y mi Madre á Agabundus mi Tio, porque los hizo morir sin razon alguna, y la venganza dexo á mi Dios. Y el Rey respondió: Tu me demandas cosa muy dificil, y recia de otorgar, que dexé á mis Dioses, que tantas mercedes me han hecho, por adorar tu solo Dios: pide otra cosa, que de buen grado te lo otorgaré. Respondió Clotildis: Quando á mi es posible te suplico, que adores á Dios verdadero hacedor de todas las cosas, á quien solamente debemos adoracion. El Rey no le respondió nada, ni ella le dixo mas, temiendo enojarle, y venida la mañana, el Rey embió sus embaxadores á Agabundus, pidiendole las tierras que á Clotildis su Sobrina pertenecian; y el Rey les dixo, que ninguna cosa les daria; mas por consejo de los suyos, hubo de dar grandes Tesoros á los Embaxadores, por evitar discordia. De allí á pocos dias la Reyna parió un hijo, y contra la voluntad del Rey lo hizo bautizar; siempre rogandole quisiese ser Christiano, mas no lo queria hacer, ni oír hablar dello, y el niño no vivió sino tres dias; y dixo el Rey á la Reyna: Si tu le ofrecieras á mis Dioses, no muriera el niño: La Reyna le dixo: Desto no recibo pena alguna, antes doy gracias á mi Criador, que qui-

so recibir en su Reyno el primer fruto de mi vientre. El año siguiente parió la Reyna otro hijo, y fué asimismo bautizado, y estuvo tan malo, que todos pensavan que muriera; y dixo el Rey á la Reyna: Bien te dixe que no lo bautizases, y viviera; mas no tiene ningun remedio, que mis Dioses están ayrados contra mi por ello, y la Reyna por temor de su marido, rogó á Dios por su salud, y luego fue sano.

### CAPITULO III.

*Como el Rey Clovis hizo victoria contra sus enemigos, y creyó en la Fé de Christo.*

**E**N este tiempo el Rey Clovis hizo guerra con los Christianos comarcanos vecinos de Francia; y estando con todo su poder en el campo llano, mandó que fuesen contados los Soldados que tenia de pelea, y hallaron ser ciento y treinta mil; y asimismo procuró saber de algunos Cautivos, quantos eran los Christianos que le esperavan á la batalla que tenian ordenada, y dixeronte, que serian hasta cinquenta mil hombres de pelea. Y despues que esto supo, teniendo la victoria por cierta, dió mucha priesa á mover su gente, é ir en busca de sus enemigos que no estaban lexos; los quales despues que supieron la ve-  
ni-

nida de los Paganos, los esperaron con magnanimos corazones, confiando en la ayuda de Dios. Puestos en buen orden, empezaron la batalla, y plugó á nuestro Redentor dar tanto esfuerzo á los suyos, que en poco tiempo fueron los Paganos desbaratados, y le fue forzoso al Rey Clovis huir, y acogerse á un Montesico, que cerca estaba, y de allí miraba como los suyos sin ninguna resistencia miserablemente morian á manos de los Christianos; y estando allí maldiciendo á sus Dioses, se llegaron á el algunos de sus Caballeros, que por la continua predicacion, y amonestacion de la Reyna, creian secretamente en la Fé de Cristo, y le dixeron: Señor, sin duda esto procede del infinito poder del Dios de los Christianos, en quien la Reyna nuestra Señora cree y adora; y segun parece, ya tus Dioses ningun poder tienen, y conviene para salvacion tuya, y de tu gente creer en el verdadero Dios que la Reyna continuamente predica. Estando en esto vió el Rey como su gente arrojaron las armas, entendiendo solamente en huir, y acogerse al Monte donde estaban siguiendo los Christianos; y viendo el Rey esto, bañado en lagrimas, y puesto de rodillas á grandes voces empezó à decir: O Jesu-Christo, Hijo del verdadero Dios, en el qual mi muger cree, y de perfecto corazon pre-

dica, y notifica ser aquel que ayuda en las tribulaciones, y dá remedio à los que esperan en él! con muy contrito corazon pido tu ayuda, porque sea mi gente librada de las crueles armas de los Christianos; que yo te prometo recibir tu Santo Bautismo, con toda mi gente. Acabado de decir esto, vió que los Christianos dexaron el alcance, y sin mandado de los Capitanes se retiraron à donde estaban al principio de la batalla, y el Rey Clovis mandó tañer los añafiles, y recoger la gente que le quedava, y con ella se bolvió à Francia, y contó à la Reyna su muger lo que le havia acaecido con los Christianos, y ella huvo gran placer dello.

#### CAPITULO IV.

*Como el Rey Clovis recibió el Bautismo por manos de San Remi, y como en su Bautismo milagrosamente fue traida una redoma del Cielo, de la qual hasta hoy dia, son unguidos en su consagracion los Reyes de Francia en la Ciudad de Remis.*

Quando la Reyna oyó que el Rey havia prometido recibir el Santo Bautismo fue muy alegre, y mandó llamar à un Santo hombre llamado Remi, para que instruyese al Rey

Rey en la Fé. El Santo hombre lo hizo así, y le doctrinó en todo lo que avia de creer y obrar, según conviene al buen Christiano, y fueron edificadas Iglesias, y hechas Pilas para bautizar. Éstando San Remi bautizando al Rey Clovis, y queriéndole untar con la Chrisma, como lo manda la Iglesia, milagrosamente vieron los que presentes estaban una Paloma, que descendia del Cielo, con una redoma llena de Chrisma en el pico, y à vista de todos la dexó caer, y de ella fué primeramente ungido el Rey Clovis, y después todos los Reyes de Francia que han sucedido: la qual redoma ha estado siempre, y aun está en la Iglesia de San Remi: Bautizado el Rey, fueron bautizados los mas de su Corte, y poco à poco todos los demás del Reyno.

## CAPITULO V.

*Del primer Libro que contiene cinco Capítulos, y habla primeramente del Rey Pipino, y de Carlo Magno su hijo.*

**H**Ace mencion el Libro presente del Rey Clovis, el primer Rey de Francia Christiano, y duró su linea, ó generacion hasta el Rey Hildericus, el qual fue muy devoto, y contemplativo, y cuydava poco de las cosas

mundanas, y sin exercitar las obras Reales se metió en Religion, por hacer vida solitaria. Ahora dexo de hablar de la generacion del Rey Clovis, que se acabó en este Rey Hildericus, y contaré del Rey Pipino, el veinte y quatro Rey de Francia, y de su hijo Carlo Magno en cuyas hazañas tomó el presente Libro origen, y fin. Leese en el Libro, que se dice Espejo Historial, que puesto el Rey Hildericus en Religion, fué alzado por Principe Pipino, noble Caballero de alta sangre, muy esforzado, y sagaz en los hechos de guerra, y dotado de muchas virtudes, y fué tan querido de todos los del Reyno, que procuraron de alzarlo por Rey, aunque Hildericus vivia. Y habido su consejo, como sin reprehension le podian alzar por Rey, acordaron embiar una embaxada al Papa llamado Zaccarias, con esta question, y demanda, diciendole qual era el mas digno de la Corona Real, el que vela, y trabaja por la paz, y tranquilidad del Reyno, ó aquel, que solamente de su anima, puesto en Religion, hace vida solitaria; y el Papa respondió, que aquel que regia bien el Reyno, y le tenia en su justicia, era verdadero Rey, Y visto esto los Grandes del Reyno, y mirando un dicho de Salomón, que dice: El Principe negligente hace el Pueblo perezoso, y que es bendita la tierra que tiene Principe noble; al-

zaron al noble Pipino por Rey, y fue ungido con autoridad Apostolica por manos de San Estevan; ordenó, que los Reyes de Francia sucediesen de generacion en generacion, y no heredasen las mugeres, porque ningun Señor de estrañas tierras señorease el Reyno, y fue casado con la noble Reyna Berta, hija del grande Herclin Cesar, de donde el linage de los Romanos, Germanos, y Griegos descenden; por donde à buen derecho su hijo Carlo Magno fue elegido por Emperador de Roma. Reynó Pipino con gran prosperidad diez y ocho años, y fue enterrado en su Iglesia de San Dionisio cerca de Paris, y quedó el Regimiento del Reyno à Carlo Magno su hijo, como por extenso se dirà.

## CAPITULO VI.

*Como Carlo Magno despues de hechas muchas Constituciones con el Papa Adriano, fue alzado Emperador de Roma.*

**C**arlo Magno, despues de la muerte de un hermano suyo, fué Rey, y Señor de toda la Provincia de Francia, y fué llamado Carlo Magno, asi por sus grandes virtudes, y hazañas que hizo, como por el grandor de su cuerpo. Y en aquel tiempo el Papa Adriano ha-

cia continuamente guerra à los Infieles, aumentando la Fé Christiana, y destruyendo las heregias, edificaba Iglesias, y mandaba hacer Imagenes, á representacion de los Bienaventurados Santos, en corroboracion de la Fé de Christo. Y Carlo Magno asimismo jamás cesava de guerrear, y destruir los Infieles, que confinavan con sus Reynos. Venidas á noticia del Papa Adriano las grandes virtudes, y hazañas de Carlo Magno, embió à rogar, que quisiese llegarse à Roma; lo qual luego puso por obra Carlo Magno, y con la gente de guerra que tenia pasó los Puertos, y entró en Italia, y llegado à Roma, fué con mucha honra, y alegría recibio. Y desde à poco tiempo el Papa Adriano recogió toda la gente que pudo, y con Carlo Magno conquistó toda la Lombardia, y las otras Provincias de Italia, tomando Villas, Ciudades, y Fortalezas, que estaban en poder de Paganos, y tomaron la Ciudad de Pavía, y eligieron un muy Sto. hombre por Obispo, y ordenaron ciento y cinquenta y tres Obispos, y Arzobispos, y Abades, y fueron repartidos por toda la Provincia: instituyeron asimismo grandes Privilegios, y Constituciones en favor de la Iglesia. Tuvo Carlo Magno dos hijos, el uno se llamó Pipino, y el otro Luis; con los quales, y con los Doce Pares, que estaban juramentados, y habian prometido fide-

fidelidad el uno al otro, defendiendo la Fé, hizo grandes guerras à los Infieles; y despues que huvieron desarraygado las heregias de Italia, se bolvieron para Roma. En aquel tiempo los Romanos avian muerto à su Emperador, y entre ellos avia discordia, y los unos querian à Constantino, hijo del Emperador muerto, y los Senadores, querian otro. Viendo esto el Papa Adriano, habló con ambas partes, loando las virtudes, y grandes hazañas de Carlo Magno, de manera; que todos tuvieron por bien de escoger, y alzar por Emperador, y dende à pocos dias falleció el Papa Adriano, y sucedió el Papa Leon, hombre de muy santa vida, el qual de consentimiento de los Romanos coronó à Carlo Magno de la Corona Imperial.

## CAPITULO VII.

*De la estatura de Carlo Magno, y su modo de vivir.*

**C**arlo Magno siendo Emperador hizo muchas cosas maravillosas: Imperó trece años, y antes avia reynado treinta y tres años. En tierra de Roma edificó muchas Ciudades, restauró muchas Villas, y Lugares que fueron destruidas por grandes guerras, é hizo otras hazañas,

zañas, que por escusar prolixidades dexo de contar. Escribe Turpin, santo hombre, Arzobispo que fué de Roma, el qual anduvo mucho tiempo en su compañía, que era hombre de mucho cuerpo, y bien formado, y proporcionado de miembros, con mucha ligereza, feróz en el mirar, la cara tenía larga, y traía continuamente la barba larga de un palmo, los cabellos negros, la nariz roma: tenía muy honorable presencia, los ojos como de Leon, tirando algo á bermejos, y relucientes, las cejas, y sobrecejas declinantes á rejas: si estava enojado, con solo mirar espantava, el cinto con que se ceñía, tenía ocho palmos de largo, los muslos, y pantorri-llas bien fornidas, y grandes pies à maravilla. Su comer era dos veces al dia, y poco pan le bastava; comia un quarto de carnero, ú dos gallinas; su cena era de caza asada bebia tres veces no mas con poca agua, alcanzava muy grandes fuerzas, que muchas veces lo vieron hendir yelmos, y cabezas hasta las dientes de un golpe de espada: y estando à caballo, alzar un hombre armado tan alto como su cabeza con un brazo solo. Tenia en si tres condiciones de gran virtud. Primeramente era en todo muy mostrado en mandar; era contrario del Emperador Titus, hijo de Vespesiano, que era tan prodigo, que algunas veces no bastava á dar lo que pro-

metia. Segundamente era tan avisado en juzgar, que jamás se quejó nadie de él; y usaba algunas veces de piedad, segun la persona, y calidad del delito. Terceramente era muy astuto en hablar; asimismo escuchava con mucha atencion al que le hablava

## CAPITULO VIII.

*Como Carlo Magno doctrinaba sus hijos, é hijas.*

**H**Abia Carlo Magno enseñado á sus hijos, é hijas las siete Artes Liberales, y siendo los hijos de edad, les hacia enseñar muy bien á cavalgar en caballos, y mandavalos armar de todas armas, y jugar hachas de armas, y lanzas y despues justar, porque fuesen diestros en la guerra; y finalmente les hacia exercitar todo genero de armas, y modo de pelear, asi á pié, como á caballo. Despues de esto les mandaba ir al Monte á caza de javalíes, osos, y otros animales feroces, y mandavales siempre huír de toda ociosidad, á las hijas mandava hilar, texer, labrar oro, y seda, y otros exercicios mugeriles; porque el ocio no las hiciese caer en pensamientos desordenados, ni inclinarlas á vicios. Y quando Carlo Magno estava desocupado de sus graves negocios, se ocupaba en leer, y escribir alguna

na cosa nueva, tomando el exemplo, que nos dexó San Pablo en sus Epistolas, amonestándonos à hazer siempre alguna obra buena, porque nuestro enemigo no nos halle ociosos. En Aquisgrán de Alemania, en sus Palacios mandó hacer una Iglesia muy maravillosa, y la dotó de mucha renta, à honra de nuestra Señora.

### CAPITULO IX.

*Del estudio, y obras caritativas de Carlo Magno*

**S**iendo Carlo Magno instruido en las Artes Liberales, y otras Ciencias Morales, y Espirituales gastaba mucho tiempo en leer Libros: visitaba la Iglesia tres veces al dia, y la mañana, à medio dia y à la noche. Las Fiestas solemnes mandaba cumplidamente honrarlas, distribuyendo mucha cantidad de sus bienes. Era muy caritativo, y limosnero, no solo con sus Vasallos, mas embiaba cada año à Syria, Egypto, y à Jerusalén, repartiendo grandes tesoros à personas necesitadas. En sus comidas, y cenas siempre tenia Lectores, que leían cosas de Dios queriendo apacentar el Alma de viandas espirituales, para dar gracias al Criador, quando entendia en dár sustento corporal al cuerpo para conservar la vida; y entre otros Libros, se-  
deley-

deleytaba mucho en uno que llaman de Civitate Dei. Tenia por uso à las noches, quebrar à veces el sueño, y pasearse un rato, rezando sus devociones. Enbiava cada año dos veces hombres buenos, que visitasen las Ciudades, y Villas de sus Reynos por saber como eran regidos, y si se executava justicia, porque no fuesen los pequeños agraviados de los mayores. Y oyendo Aaron, Rey de Persia, la magnificencia, y nobleza de Carlo Magno, le enbió un Elefante, y el cuerpo de San Cipriano, de San Esperatus, y la cabeza de San Pantaleon, Martyres.

## CAPITULO X.

*Como el Patriarca de Jerusalén embió sus Mensageros à Carlo Magno, que le diese socorro contra los Turcos.*

**L**Eese en el Espejo Historial, que en el tiempo que Carlo Magno fue coronado Emperador de Roma, fue el Patriarca de Jerusalén tan combatido, y opuesto, que despues de muy muchas batallas, y de aver perdido la mayor parte de su gente hubo de demandar consejo à algunos de sus ancianos Cavalleros, y muy sabidos en los hechos de guerra: y algunos dellos, temiendo la muerte, mas que perder la honra,

le decian, que hiciese algun partido con los Turcos porque no perdiesen las vidas. El partido que los Turcos le querian hacer era, que dexasen la Ciudad con todas las armas, y pertrechos que en ella habia; y otros le decian, que les pidiese treguas por algun tiempo, lo qual nunca quisieron hacer los Moros: Y no hallando ningun remedio, ni sabiendo modo para poderse defender de los Turcos, inspirado de la gracia de nuestro Señor Dios, vinole á la memoria las virtudes, y hazañas de Carlo Magno, y asimismo su buena vida, y luego le embió las llaves del Santo Sepulcro, y de la Ciudad, y le embió el Estandarte, é Insignia de nuestro Redentor, como firme Pilar de toda la Cristiandad, y defensor de la Fé. Esto hecho, el Patriarca se vino á Constantinopla al Emperador Constantino: y su hijo Leon llevó consigo á Juan de Nápoles, y á otro llamado David, los quales el Emperador Constantino embió luego á Carlo Magno, y con ellos embió otros dos, que eran Hebréos el uno llamado Isaac, y el otro Samuél, y les dió una carta de su mano para Carlo Magno, la qual contenía estas palabras: *Pareció en una noche, que venia delante de mi cama una Muger maravillosamente hermosa, la qual me decia: Constantino, muchas vezes has rogado á Dios que diese ayuda contra*

*los*

*los Turcos que tienen la tierra Santa: pues tanto lo deseas, haz esto, procura tener de tu parte á Carlo Magno; y mostróme un Caballero armado de lucientes armas, con una espada ceñida de gran valor, y una gruesa lanza en la mano, de cuyo hierro salian muchas centellas de fuego; y era muy bello, y hermoso de rostro, y bien dispuesto de cuerpo, la barba crecida, los ojos relucientes, y sus cabellos empezaban á emblanquecer. O Augusto que nunca te apartaste de los Mandamientos de Dios! alegrate en Jesu-Christo, y en tu alma le dá gracias; seas acertado en justicia como has sido nombrado en honra, porque Dios te dé perseverancia del bien. Quando Carlo Magno vido la Carta, lloró amargamente, por estár el Santo Sepulcro en poder de Paganos, y mandó al Arzobispo Turpin, predicase por todo el Reyno las lastimosas nuevas; y á esta causa fueron movidos muchos Christianos á acompañar á Carlo Magno.*

## CAPITULO XI.

*Como Carlo Magno se partió con gran numero de gente para Jerusalén.*

**C**ARLO Magno hizo pregonar por todos sus Reynos, y Provincias, que qualquier que  
qui-

quisiere aver sueldo para la tierra de Turcos, se viniese à París; y quando se supo que el Emperador queria pasar en persona por Capitan, muchos Cavalleros principales tuvieron por bien de dexar sus casas, muger, é hijos, y pasar la Mar en compañía de tan noble Capitan; y asi fueron ajuntados en poco tiempo treinta mil hombres de peléa, con los quales se partió Carlo Magno, con mucha esperanza de victoria, viendose acompañado de tan luzida gente; y llegados al Puerto, y embarcados, tuvieron buen viento, y en pocos dias llegaron à Turquía, y por consejo de los Adalides entraron en un gran Monte, que tenia quince leguas de largo, y diez de ancho; que bien pensaron las guias pasarlo en un dia, y aun en dos no pudieron; y toparon muchos Leones, Ossos, Tygres, Gifos, y otros animales feroces, que los hizieron mucho daño, y especialmete de noche, y con la fatíga de ellos perdieron el camino, y no sabian à donde ir, ni que se hacer; y andando de esta suerte buscando el camino, vino la noche, y se hallaron muy turbados, cansados, y sin vituallas. Viendo esto Carlo Magno, los mandó juntar todos en el Valle, y puso los mas descansados à las entradas del Valle, para defenderse de los animales, que con furór los acometian para hartar su hambre: y Carlo Magno re-

tira-

tirado al pie de un Arbol, encomendóse al todo poderoso Dios, rogandole huviese piedad de su gente, empezó à rezar el Psalterio, y llegando al verso; *Deduce Domine in semita mandatorum tuorum quia ipsum volui*, oyeron una Ave, que à grandes voces dixo: *Tu oracion es oída*. Quedaron todos maravillados, mas no por esso dexó Carlo Magno de rezar. Quando llegó al verso: *Educ de custodi animam meam*, el Ave con mayores voces dixo: O Carlo, tu oracion es oída. Entonces mandó Carlo Magno mover todo su Exercito, y puesto en buen orden, llevando el Emperador la delantera, comenzaron à seguir el Ave, la qual los guió hasta meterlos en el camino derecho; y es claro, que aun aora se hallan las tales Aves en aquel Monte, y guian muchas veces los Peregrinos, que han perdido el camino. Salidos los Christianos del Monte, vieron hasta cien mil Infieles puestos en tres Tercios, y apercebidos los Christianos, y puestos en orden comenzaron una cruél batalla: mas Dios por su infinita misericordia dió victoria á los suyos, y bolviendo los Turcos las espaldas, huyeron hasta Jerusalén, pensando descansar en la Ciudad; mas los Christianos los siguieron de tal suerte que à la entrada de la Ciudad se hallaron juntos, y entraron tambien con ellos, de manera, que presto fueron Señores de la Ciudad,

y mataron todos los Turcos que en ella hallaron, ganando asimismo todos los lugares que los Christianos habian perdido, y descansó Carlo Magno con su gente algunos dias.

## CAPITULO XII.

*De las Reliquias que Carlo Magno traxo de la Tierra Santa, y de los Milagros que nuestro Redentor Jesu-Christo hizo.*

**Q**Ueriendo Carlo Magno volver para su tierra, el Emperador de Constantinopla, y el Patriarca de Jerusalén le quisieron dar grandes riquezas de piedras preciosas, oro, plata, elefantes, dromedarios, camellos, y otros diversos animales no vistos en estas partes, y él ninguna cosa quiso tomar, diciendo hizo aquello por servicio de Dios, y no por otra cosa: mandó á los suyos, que ninguno osase tomar nada dellos, só pena de muerte. Entonces dixo el Patriarca; Señor, pues que de estas riquezas no haces cuenta, mostrate hemos otras que no tienen precio. Y Carlo Magno le respondió, que le placía mucho verlas, fué mandado ayunar tres dias, y el quarto dia fueron ordenadas doce personas de buena vida, para que sacasen las Santas Reliquias. Carlo Magno se confesó con

con el Arzobispo Ebron, y recibió el cuerpo de Christo, y los doce escogidos empezaron á cantar las Letanías, y algunos Psalmos de el Psalterio: y el Prelado de Napoles, llamado Daniél, abrió un cofre, donde estava la preciosa Corona de Christo nuestro Redentor, de el qual salió tan suave olor, que todos los que presentes estavan pensaron, que estavan en el Paraiso: Entonces Carlo Magno, lleno de Fé, y abundancia de lagrimas, se puso de rodillas, y con muchos gemidos; y sollozos rogó á Dios, que por mas gloria de su Santo Nombre, quisiese renovar los milagros de su Pasion: luego al punto vieron la Corona de espinas de nuestro Redentor florida, y della salian tales olores, que todos estavan muy maravillados: y el Prelado Daniél tomó un cuchillo muy agudo, y limpióle, para cortar la Corona, y cortandola, continuamente salieron nuevas flores, y crecia aquel suave olor; y cortada una parte de la Corona, mandó Carlo Magno echarla en un cofrecito de marmol, que para ella tenia aparejado, y echaron en él, asimismo muchas espinas de la dicha Corona, y tomando Carlo Magno el cofrecito en las manos para darle al Arzobispo Ebron, dexandolo Carlo Magno antes que el Arzobispo llegase á él, vieron estar el cofre en el ayre, sin que nadie le tuviese: y

visitando despues la dicha Corona hallaron las flores convertidas en Maná, de la manera que Dios embió á su Pueblo en el desierto: y mientras sacavan las Santas Reliquias, hizo Dios grandes milagros, sanando coxos, mancos, paraliticos, y leprosos, y el Pueblo á grandes voces decia: Verdaderamente este es dia de salud, y resurreccion, y por el suave olor destas flores, toda la Ciudad está purificada, y llena de gracia. Trescientos y cinco enfermos se hallaron sanos de sus enfermedades; y entre ellos fue curado un hombre, que avia estado veinte, y quatro años ciego, sordo, y mudo, y al tiempo que se abrió el cofre, donde estava la preciosa Corona, cobró la vista, y empezandola á cortar, cobró el olor, y en floreciendo, cobró la habla. Y despues el prelado Daniél tomó un clavo de los que fue enclavado nuestro Redentor en la Cruz, y con mucha reverencia lo puso en el Relicario de alabastro, y entonces fué sano un mancebo, que de su nacimiento, tenia la parte siniestra del cuerpo seco, é impotente; el qual vino corriendo ligeramente á la Iglesia dando loores, y gracias á nuestro Redentor Jesu-Christo. A mas de estas Santas Reliquias, llevó Carlo Magno una parte de la Cruz de nuestro Redentor Jesu-Christo, y el santo Sudario, la Camisa de nuestra Señora, y un paño en que embolvió su bendito Hi-

jo, y los brazos de San Simeon. Y así se despidió Carlo Magno del Emperador, del Patriarca, y de los otros Señores, y se volvió muy alegre con las Reliquias para Alemania, y pasando cerca de un Castillo, vido llevar un niño muerto á enterrar, y mandó que lo tocasen con las Reliquias, y resucitó. Concurrió allí gran multitud del Pueblo para verlas, é hizo Dios muchos milagros: cobraron salud muchos enfermos, vista los ciegos, doce endemaniados fueron libres, ocho leprosos sanos, quince paralíticos, catorce coxos, treinta enanos, cincuenta y dos corcobados, setenta y cinco de gota coral, muchos gotosos, así naturales, como extraños. Y fueron puestas las Santas Reliquias en una devota Iglesia, que Carlo Magno mandó hacer en Aquisgran á honra de la Virgen Señora nuestra, y fue ordenada, y establecida una Fiesta cada año en el mes de Julio, que se muestran las Santas Reliquias, y se ganan muchos perdones; y fueron presentes á tal institucion el Papa Leon, el Arzobispo Turpin, Achilles, Obispo de Alexandria, Theofilo de Antioquia, y otros muchos Arzobispos, Obispos, y Abades.

## CAPITULO XIII.

*Como en un Lugar llamado Mormionda estaba Carlo Magno haciendo guerra á los Paganos.*

**E**N el Libro primero he hablado del primer Rey de Francia Christiano: descendió, segun mi proposito, hasta Carlo Magno, cuyas hazañas no podria ningun hombre enteramente contar, ni las de los doce Pares, de cuyas proezas hablaré en su lugar, segun lo hallé en las Cronicas Francesas; y lo que arriba está escrito, lo he sacado de un Libro autentico, llamado Espejo Historial, y sin discrepar ninguna cosa, lo traducí de Latin en lengua Castellana. Y este segundo Libro estaba en metro Frances, y me rogaron lo pusiese en Castellano, ordenado por capitulos, y dicese, que Fierabrás fue un maravilloso Gigante, que fue vencido de Oliveros, y recibió el Bautismo, y fue Santo. Despues de la cruda batalla de Oliveros, hablaré de las Reliquias que cobraron los Christianos, de las que fueron llevadas de Roma, y estaban en poder del Almirante Balan, Padre de Fierabrás. Y en este Libro no entiendo hacer otra cosa, sino volver los versos Franceses, en

pro-

prosa Castellana, siguiendo al pie de la letra, sin añadir, ni quitar cosa alguna; y este libro es por la mayor parte aplicado á la honra de Oliveros, aunque aya otras materias, y muchas sentencias, y entiendo hablar de cada uno de los principales Varones de Carlo Magno, que se dicen Doce Pares de Francia, que eran Capitanes del Exército, y eran hombres de mucha estima, y virtud, valientes por sus personas, grandes Señores, y de noble sangre. Ya de valientes avia muchos, segun hallo en las Cronicas Francesas, primeramente Roldán, Conde de Ceconia; hijo de Milón, y de Berta hermana de Carlo Magno; Oliveros Conde de Genés, hijo de Regner: Ricarte, Duque de Normandia: Guarin, Duque de Lorena: Gioste, Señor de Bordoilois: Hoél, Conde de Nantes: Ogér de Danois, Rey de Daria: Lamberto, Principe de Bruceles: Tietri, Duque de Dardania: y Basin de Beasibais: Gui de Borgoña: Guadabois, Rey de Friso: Ganalón, que hizo despues la traicion, como diré al fin del tercero Libro: Sansón, Duque de Borgoña: Riol de mans: Alór, y Guillermér Cescór: Naymes Duque de Fanaria, y otros muchos, que aunque no andavan continuamente con Carlo Magno, eran sus subditos, y hacian lo que les mandava; mas la mayor parte de los nombrados le acompañavan siempre.

## CAPITULO XIV.

*Como vino Fierabrás al Ejército de Carlo Magno buscando Christianos, ó Christianos con quien pelear.*

**E**L Almirante Balán era un gran señor, muy poderoso, y tenia un hijo llamado Fierabrás, hombre de maravilloso grandor, y de grandisimas fuerzas, y de magnanimo corazon, y muy diestro en todas armas, y era Rey de Alexandria, y señor de toda la provincia de Babilonia, hasta el mar Bermejo, y Jerusalén: con muy gran numero de Infieles entró una vez en Roma, y se llevó la corona de nuestro Redentor Jesu-Christo, y los Santos Clavos con que le clavaron en la Cruz, y otras muchas Reliquias, de las quales en el presente Libro he hecho mencion, como las cobraron los Christianos con grandisimo trabajo de Carlo Magno; y llamavase Fierabrás de Alexandria: el qual como supiese de sus espías, que el Emperador Carlo Magno, y los Doce Pares de Francia estaban en Mormionda con un grande Ejército, lleno de soberbia, y arrogancia, confiando en sus grandes fuerzas, y destreza, cavalcó en un brioso cavallo, y tomando una gruesa lanza, se fue solo á Mormionda, y no hallando con quien pudiese-

diese hablar, con espantable voz comenzó á decir desta manera: O Emperador Carlo Magno, hombre cobarde, y sin ninguna virtud, embia dos ó tres, ó quatro de los mejores de tus Varones, á un hombre solo, que espera batalla, aunque sea Roldan, Oliveros, Tietri, y Oger de Danois; que te juro á mis Dioses, no les volveré la cara, aunque sean seis, cata que estoy en el campo solo, y muy alexado de los míos: y si esto no haces, por todo el mundo publicaré tu cobardía, y de los tuyos, indignos de llamarse Caballeros. Pues tuviste osadia de acometer la Morisma, y de ganar Reynos, y Provincias, ten esfuerzo de dar batalla á un solo Caballero. Dicho esto, ató su caballo á un arbol, quitóse el yelmo, y se tendió en el suelo, y dende á poco alzó la cabeza, mirando á todas partes si venia alguno; y despues no vido á ninguno, dando mayores voces, comenzó á decir: O Carlo, indigno de la Corona que tienes, con solo un Caballero Moro pierdes la honra, que en grande multitud de Moros muchas veces has ganado: O tu Roldán, Oliveros, y tu Oger de Danois, y los que os llamis Doce Pares, de quien tantas hazañas he oido, como no osais parecer delante un solo Caballero? Habeis por ventura olvidado el pelear, ó teneis miedo á mi lanza? Venid, venid todos los doce Pares, pues uno solo no osa.

## CAPITULO XV.

*Como preguntó el Emperador á Ricarte , quien era Fierabrás.*

**C**arło Magno el Emperador , oyendo las palabras de Fierabrás , maravillandose mucho de su atrevimiento , preguntó á Ricarte de Normandia , que quien era el Pagano que tanto le amenazaba? Y respondió Ricarte: Señor, este es hijo del Almirante Balán , hombre de muy grandes Rentas, y Señor de muchas Provincias, y es el hombre mas feróz de el Mundo. Llamase Fierabrás , y es aquel que entró en Roma , y mató al Apostolico , y á otros muchos , y robó las Iglesias , y el que se llevó las Santas Reliquias , por las quales tantos trabajos , y fatigas has recibido ; es hombre de grandes fuerzas , y muy diestro en todas armas. Entonces dixo Carlo Magno. Tengo esperanza en Dios , que su gran sobervia , y locura será humillada , y abatida. Y viendo que ninguno de los doce se movia para la batalla , tuvo algun enojo entre sí , y sin darlo á conocer á nadie , llamó á su sobrino Roldán , y dixole: Sobrino. yo os ruego os arneis , y salgais á la batalla con Fierabrás , que yo espero en Dios sereis victorioso.

## CAPITULO XVI.

*De la respuesta de Roldán al Emperador  
Carlo Magno.*

**S**Eñor, respondió Roldán al Emperador, por cierto yo no iré á la batalla, si no ván otros primero, y la causa es esta: Que la postrera batalla que dimos á los Paganos, los nueve Caballeros, fuimos cercados de cinquenta mil Moros, é hicimos tanto de nuestras personas, que la mayor parte de ellos metimos á muerte, mas no sin grande trabajo, y heridas de nuestros cuerpos, como se vé por el buen Conde Oliveros, que está á la muerte de ellos, y quando llegamos á tu acatamiento, estando cenando, dixiste publicamente, que los Caballeros ancianos lo habian hecho mejor en la batalla, que los mozos: pues que asi es, embia tus ancianos Caballeros, y verás como se habran con Fierabrás: y de mi no tengas esperanza alguna, ni de mis compañeros, si no quieren perder mi amistad. Quando Carlo Magno oyó á Roldán, con grande enojo que hubo, le arrojó una manopla de acero, y le dió en las narices; y Roldán quando vido su sangre, con gran furor echó mano á la espada, y de hecho hiriera el Emperador su  
tio,

tio, sino se metieran los Caballeros en medio; y Carlo Magno mandó á grandes voces que lo prendiesen, y lo sentenciasen á muerte. Y Roldán sacó su espada, y dixo: No se llegue nadie á mi, sino el que tuviese aborrecido el vivir, el que se moviere, sacarle presto del mundo. Y Roldán era tan querido de la Corte, que á todos pesó de su discordia: no hicieron ningun semblante de prenderlo, por mas que lo mandase el Emperador. Y apartado Roldán de delante de Carlo Magno, se llegó Ogér de Danois á Roldán, y le dixo: Señor Roldán, mucho errasteis en lo que hicisteis, á vos era dado honrarle, y obedecerle mas que á otro alguno, asi por el deudo, como porque vos honró mas que á otro. Y como Roldán hubiese perdido la saña, dixo: Señor Ogér, en verdad yo le matára si vosotros no os hallaredes alli, mas soy de ello muy arrepentido, y me pesa de averle enojado.

## CAPITULO XVII.

*De una reprehension del Autor contra Carlo Magno, y Roldán, por la question pasada.*

**P**Rimeramente quiero hablar contigo, Carlo Magno, noble Emperador, de las questions que con tu subrino el muy esforzado Rol-

Roldán hubiste, pues así por la edad, como por las ciencias, y doctrinas, á las quales desde tu infancia de los ancianos, y la mudanza fácil de los mozos: porque alababas tan publicamente á los ancianos mas que los nuevos Caballeros, pues sabías que el noble Oliveros estaba á la muerte de las heridas que aquel dia recibió? Pues á un sobrino Roldán, quien le vió jamás huír de llevar la delantera en todas las fronteras y batallas? Y quien se halló jamás de mayor corazon, ni osadia, al qual ninguna multitud de Paganos jamás le espantó, ni hizo volver atras? Acordarsete debia de las grandes honras, que por tus señaladas hazañas habias recibido. Miráras, tambien, sagaz, y discreto Viejo, que los primeros movimientos no están en manos del hombre. Miráras en el dicho del Filosofo, que dice: *Vindictam differ donec pertranseat furor*. Que no debe el hombre vengarse siendo embuelto en ira. Traxerás á la memoria el dicho del Ecclesiastés, en el decimo Capitulo: *Nihil agas in operibus injuriæ*. Consideráras que todos los vivientes desean la gloria, y alabanza de sus buenos hechos; y por esto se ponen así los Reyes, y grandes Señores, como los menores en las grandes afrentas, y peligros, y los Caballeros menospreciando el vivir, por dexar toable fama, pones sus vidas al tablero por sus

Reyes, y Señores; lo qual muchas veces hizo tu leal sobrino Roldán, y en lugar de su digna alabanza, y galardón, te oyó alabar á otros que no tambien como él lo merecian. Y tu Roldán noble, y valiente Caballero, en quien nunca faltó virtud, de donde te procedió responder con tanta sobervia al Emperador, hombre de tanta honra, y valor á quien la mayor parte del Mundo teme, y honra? A tu tio, de quien tantas honras, y mercedes has recibido? Mas razon trae cierto, que le sufrirás, que no que le hablarás con tanta descortesia; y si todo esto no te movia á paciencia, mirarás, que todos los mozos son tenidos de catar honra, y obediencia á los ancianos. Miraras asimismo el exemplo que nos dió Isaac en la obediencia que tuvo á su Padre, y al dicho del Apostol: *Juvenes sevant amicos adimuntque timorem.* Y el Apostol S. Pablo nos dixo en su Epistola, que debemos mucha honra á los viejos, y los debemos sufrir, y comportar como Padres, y si el Emperador loó á los ancianos, no por eso deshonoró proezas de los mozos, mas nunca tiene el hombre ninguna injuria por pequeña.

\*\*\*\*\*

\*\*\*\*\*

\*\*\*\*\*

\*\*\*\*\*

\* \* \*

CA-

## CAPITULO XVIII.

*Como Oliveros, herido de muchas heridas, demandó licencia á Carlo Magno para salir á la batalla con Fierabrás.*

**E**Staba Carlo Magno triste, y enojado, asi de Don Roldán, como porque ninguno de los suyos se ofrecia à responder á la demanda de Fierabràs: quiso armarse para salir à él, si le dexaran los Caballeros. Y venido esto á noticia de Oliveros, que estaba en la cama herido hubo de ello gran enojo, asi por la discordia de Roldàn con Carlo Magno, como tambien por no hallarse dispuesto para la batalla de Fierabrás. Y despues que supo, que ninguno de los doce Pares se movia á servir á Carlo Magno en esto, y certificado del menosprecio, y amenazas, que Fierabras hacia á Carlo Magno, y à sus Caballeros, y movido de gran magnanimidad, y muy leal corazon de servir á su Señor por el deseo que siempre tuvo de emplear sus fuerzas contra Infieles, saltó de la cama, estirando los brazos, y miembros, por vér si comportarian el trabajo de las armas; y mientras se vestia, mandó á Guarin su Escudero, que presuntamente le aparejase las armas, y el Escudero le

le dixo: Señor, aved merced de vuèstra propia persona, que parece, que voluntariamente que-  
reis acortar vuestros dias. Y Oliveros le dixo:  
Haz presto lo que te mando, que no se debe te-  
ner en nada la vida, donde se espera ganar hon-  
ra: Grande mengua seria mia, si el Pagano se  
fuese sin batalla: y pues dicen, que en la neces-  
sidad se conoce el amigo, no es justo dexar al  
Emperador mi Señor en tanta congoxa. Guarin  
le armó de todas armas, y armado Oliveros,  
saltó de un salto veinte y cinco pies, y del salt-  
to se le abrieron las llagas; y salió de ellas abun-  
dancia de sangre: mas ni por eso ni por rue-  
gos del Escudero no quiso desarmarse, ni dexar  
de ir á la batalla, luego cibió su espada llama-  
da Altaclara, y ensillado su caballo, saltó en el  
sin poner pie en el estribo: y puesto el escudo al  
brazo, Guarin le dió una gruesa lanza, y hecha  
la señal de la Cruz, se encomendó al todo po-  
deroso Dios, suplicandole por su infinita pie-  
dad le quisiese guardar en la batalla, que espe-  
raba tener con el mas feróz Pagano, que en aquel  
tiempo habia y asi fue á donde estaba Carlo  
Magno, acompañado de muchos Caballeros  
entre los quales estaba Roldán, al qual pesó  
mucho quando vió á Oliveros armado: yá sa-  
bia estaba muy mal herido, y de grado tomara  
la empresa de la batalla, si no por el juramento  
que

que hizo. Y llegando Oliveros delante del Emperador, hecho el debido acatamiento, dixo: Muy noble, y esclarecido Señor, suplicote quieras oír mis razones: Yá sabes como ha nueve años que estoy en tu servicio, y te he servido segun mi poder, aunque no segun tu grande merecimiento; y porende te suplico, que aora en una merced me sea todo galardonado. Y Carlo Magno le respondió: Oliveros, noble Conde, pide lo que quisieres, que ninguna cosa te será negada. Y Oliveros le dixo: Señor, suplicote que me dés licencia para responder á Fierabrás, que tantas veces ha llamado, y en esto serán mis servicios bien galardonados. Fue Carlo Magno muy maravillado, y sus Caballeros de la demanda de Oliveros, y respondióle diciendo, Oliveros, de esto no tengas confianza, que no te daré tal licencia: pides batalla con el hombre mas feróz del Mundo, y estás herido de muerte. Entonces se levantó Ganalón, y otros parientes que hicieron la traición, como en el ultimo Libro se dirá, y dixo: Señor está ordenado, y establecido en tu Corte, que ninguna cosa que tu mandases, no revocaces, ni dexes de hacer: por eso es justo que Oliveros alcance la merced que mandaste. Y Carlo Magno le dixo: Ganalón, tu tienes malas entrañas como te he dicho otras veces; por lo que dixiste, dexaré

ir á Oliveros á la batalla; mas si muere, tu, y todo su linage lo pagareis con la vida, como traydores. Y quando Carlo Magno vió, que no podia negar la merced á Oliveros, le dixo: Oliveros, ruego á nuestro Señor Dios, que por su misericordia te de gracia de salir victorioso, y te dexé bolver con salud ante mis ojos; y echóle el guante, y Oliveros le recibió con muy grande alegría, y despidióse de él, y de los demas Caballeros, y se fue para la batalla.

### CAPITULO XIX.

*Como el Conde Regnér rogó á Carlo Magno no dexase ir á Oliveros su hijo á la batalla con Fierabrás.*

**E**L Conde Regnér quando supo que su hijo Oliveros iba á la batalla, con abundancia de lagrimas, temiendo su muerte, se echó á los pies de Carlo Magno, diciendo: Señor yo te ruego ayas piedad de mi hijo, y de mi; yá no tengo otro consuelo, ni esperanza en mi vejez, sino aquel hijo, y aved asimismo piedad de su ardiente mocedad: y si esto no te mueve á piedad, muevante las mortales heridas que en su cuerpo tiene, por las quales no tiene disposicion para pelear, ni aun para sufrir las armas; por

donde ni tu serás vengado del feróz Gigante, ni mi hijo evitará la muerte, ni yo quedaré libre del temor, y recelo de mi esperada vejéz. Y dixole Carlo Magno: Regnér, yo no puedo revocar la merced, que él ha demandado, y le otorgué, ya le dí mi guante en señal de la licencia, mas espero en Dios, que le verémos volver victorioso y con salud. Entonces se volvió Regnér á su hijo, y mezclando algunas palabras con muchas lagrimas, le dió su bendición, y se partió Oliveros en busca del Gigante Fierabrás, y salieron todos á mirarlo, lo uno, porque sabian que estaba malamente herido, y porque tenian gran placer de verle armado.

## CAPITULO XX.

*Como Oliveros habló á Fierabrás, y como el Gigante le menospreció.*

**L**egado Oliveros al lugar donde estaba Fierabrás, y viendolo estár á la sombra de un Arbol desarmado, y durmiendo, despues de haberle mirado, le llamó, diciendo: Levantate Pagano, y toma tus armas, y caballo: pues tanto me llamaste, he venido para vér si eres tan feróz en los hechos, quanto tienes la fama, y el parecer. Fierabrás alzó la cabeza, y viendo

un solo Caballero, no hizo caso de él, y bolvióse á echar, y Oliveros le llamó otra vez; y Fierabrás le preguntó, quien era, que tan simplemente venia á la muerte? Oliveros le dixo: Paganó, levántate, y toma tus armas, y caballo, y vén á la batalla, que no es hecho de Caballero estár tendido en el suelo viendo su enemigo delante. Dices que vine yo á buscar la muerte, es muy cierto: mas la tuya, como verás presto. Y Fierabrás se asentó; y dixo así: Osadamente hablas, aunque eres pequeño de cuerpo, y si tomas mi consejo, te puedes bolver; y así alargarás la vida: y si todavía porñas de hacer armas conmigo, cumple que me digas tu nombre, y la sangre de que descienes, y Oliveros le dixo: Tu no puedes saber mi nombre, hasta que sepa el tuyo; y no me pareces en tus razones tal qual mostraban tus amenazas contra el noble Emperador, el qual me embió aquí para que diese fin á tus días, ó á lo menos, dexando tus Idolos, hechos por manos de hombres sin entendimiento, ni virtud, creyeres en la Santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, tres Personas, y un solo Dios todo poderoso, Criador de el Cielo, y de la Gloriosa Virgen Santa Maria. Y quando creyeres firmemente todo esto, mediante el agua del Santo Bautismo, que sobre esto fué establecido, te podrás prevenir á

la

la gloria eternal. Y Fierabrás dixo: quien quiera que tu seas, eres muy presumptuoso en tu hablar, y porque conozcas tu loco atrevimiento, te quiero decír quien soy. Yo soy Fierabrás de Alexandria, hijo del grande Almirante Balán, y soy aquel que destruyó á Roma, y mató al Apostolico, y otros muchos, y llevé todas las Reliquias que hallé, por las quales habeis recibido tantos trabajos, y tengo á Jerusalén, y el Sepulcro donde fue puesto vuestro Dios. Y Oliveros le dixo: Fierabrás, yo he avido placer de saber tus nuevas, y ahora tengo mayor deseo de la batalla, que soy mas cierto de la victoria; levántate, y vén presto, que por ella se ha de librar nuestro pleyto, y no con palabras. Y dixo-le Fierabrás: Christiano, yo te ruego me digas, que hombres son Carlo Magno, Roldán, y Oliveros, porque los he oido nombrar muchas veces en las partes de Turquía. Y Oliveros le dixo: Pagano, sepas que Carlo Magno es poderoso señor, y muy valiente por su persona, y hombre de gran consejo, y sagacidad, asi en el regimiento de sus Reynos, como en hechos de guerra, y levántate, si no quieres que te hiera asi como estás, y arrepentirte has quando ya no tuvieres remedio. Y entonces Fierabrás le dixo: Dime Caballero, como no embió Carlo Magno á Roldán, ó Oliveros, de quien tantas

hazañas he oido; ó porque no embiava quatro, ó cinco de los Pares, si uno no osava? Y dixole Oliveros: Roldán jamas hizo cuenta de un solo Pagano, por mas nombrado que fuese, y solamente por menosprecio tuyo no quiso venir á esta batalla: si tu traxeras tu compañía, él solo te saliera á recibir, y vieras entonces quien era. Y el Pagano le dixo: Y tu quien eres, ó en que erraste á Carlo Magno que asi te embió aqui, como quien embia un cordero al carnicero, yo te juro á los Dioses en quien creo, que por tu buena habla, y parecer tengo lastima de tu mocedad. Toma mi consejo, y buelve á Carlo Magno, y dile, que me embie seis de los doce Pares, que juro al poder de mis Dioses, de esperarles á dar la batalla. Y Oliveros le respondió: Pagano, no te cures de tanta plastica, y dilacion, que si tu no te levantas, hago juramento á la orden de caballeria, que aunque me sea feo de herirte, y hacerte levantar mal de tu grado. Y dixo el Pagano: Dime pues tu nombre, antes que me levante: y dixo Oliveros, yo me llamo Guarin, pobre hidalgo, nuevamente armado Caballero, y esta es la primera cosa en que sirvo al Emperador mi señor: y poniendo la lanza en el ristre hirió el caballo con las espuelas, fingiendo de herirle, y del salto que dió se le abrió una llaga, que tenia en el muslo, y

salió gran copia de sangre: de tal manera, que vió Fierabrás salir la sangre por entre las armas: y le preguntó, si estaba herido, y de donde procedia aquella sangre; y Oliveros le dixo, que no estaba herido, y que la sangre procedia del caballo, que era duro de las espuelas. Y viendo Fierabrás, que salia por las junturas de las armas, le dixo: Por cierto Guarín, tu no dices verdad, que no puedes negar, que tu cuerpo no esté llagado, y decirte como sanarás en un punto, aunque mas llagas tuvieses, llegate á mi caballo, y hallarás dos barrilejos atados al arzon de la silla llenos de balsemo, que por fuerza de armas gané en Jerusalén, y deste balsemo fue embalsamado el Cuerpo de tu Dios, quando le descendieron de la Cruz, y fue puesto en el Sepulcro: y si dello bebes quedarás luego sano de tus heridas. Y Oliveros le dixo: Pagano cumplido de razones mas que de hechos, no tengo cura de tu brebaje, y sino te levantas, como á villano, te haré dexar el hablar: y despedir del vivir; y Fierabrás le dixo; esa no es cordura Guarín, y creo, te arrepentirás, si en batalla entras conmigo.

## CAPITULO XXI.

*Como Oliveros ayudó á armar á Fierabrás, y de las nueve Espadas maravillosas, y como Oliveros dixo quien era por su nombre.*

**C**OMO Fierabrás, hubo rogado á Oliveros, que dexase su demanda, y no quisiese entrar en la batalla con él, y él en ninguna manera no lo queria hacer; le dixo: Guarín, tu estás todavía en tu loca porfia; mas creo que quando me vieres en pié, que solo de la vista te espantarás. Y Oliveros enojado de sus platicas, abajó la lanza, é hizo semblante que le iba á dar, diciendo: Levanta villano. Y entonces Fierabrás con gran furor se levantó, y dixo: Por tu vida Guarín, me digas que hombre es Roldán, y Oliveros, y la estatura de sus cuerpos, y Oliveros le respondió: Oliveros es de mi grandor, y tamaño, Roldán quanto al cuerpo algo menor; mas de corazon, y valor de su persona, no tiene par en el mundo. Por la Fé que debo á Apolin, y Tavalgante mis caros Dioses, que me maravillo de lo que dices, que si doce Caballeros como tu estuviesen ahora aqui, no tendria por gran hazafia meterlos á filo de espada. Mucho hablas, dixo Oliveros, y creo que de mi solo tienes miedo, y por esto

esto dilatas la batalla ; armate y sale á la batalla, que ni tu grandor me espanta, ni tus alabanzas te hacen mejor de lo que eres. Entonces Fierabrás dixo: Guarín, yo te ruego te apees, y me ayudes á armar. Y Oliveros le dixo: No creo fuese eso fiar en ti. Y Fierabrás dixo: con mucha seguridad te puedes fiar de mí, que nunca en mi reynó traicion, ni vileza: Entonces Oliveros saltó ligeramente del caballo, para armar su enemigo; y él dixo: Guarín, yo te ruego en tus hechos seas hidalgo: Y Oliveros le dixo, que lo sería, y así le empezó de armar, y primeramente le vistió un cuero cosido, y despues una cota de malla, y despues un peto de azero, y encima de todo esto un arnés muy reluciente, guarnecido de piedras preciosas de infinito valor. Vista la cortesia de Oliveros, nuevamente le rogó Fierabrás, que dexase la demanda, ofreciendole todo el pre, y la honra de la batalla. Pagano, no cures de hablar en ello, que oy te llevaré muerto ó vivo á Carlo Magno mi señor: Entonces Fierabrás ciñó su espada, llamada Pioranza, y tenia otras dos al arzon de la silla, una se llamava Baptizo, y la otra Graban. Las quales eran de tal temple, que ningun arnés por fino que fuese las melló, ni hizo señal en ellas, y hicieron estas espadas tres hermanos, y hicieron cada uno tres, llamavase el uno Gallus, el otro Munifi-

cans y el otro Ausiax; y Ausiax hizo las espadas llamadas Baptizo, Floranza, y Gravan; las quales tenia Fierabrás: Magnificans hizo las espadas llamadas Durandal, esta hubo Roldán, la otra se llamava Salvagina, y la otra Cortante, estas hubo Ogér de Danois. Gailus hizo las espadas llamadas Flanberge y Altaclara, estas tenia Oliveros, y la otra se llamava Joyosa, esta tenia Carolo Magno. Estos tres hermanos milagrosamente hicieron estas nueve espadas, que antes, ni despues nunca hicieron otras tan buenas; y ceñida la espada Oliveros, rogó á Fierabrás que cavalgase, mas no quiso cavalgar hasta que vió á Oliveros en su caballo. y entonces sin poner pié al estribo saltó muy ligeramente en la silla, y armado. Era cosa espantable de vér, que tenia quince pies de largo, y bien fornido segun la grandeza, y puesto un escudo de acero al cuello, en medio del qual tenia pintado el Dios Apolin, y encomendandose á él tomó una muy gruesa lanza en la mano, que á un arbol tenia arrimada, y buelto con fiero semblante á Oliveros, meneando su lanza como si fuera una paja, otra vez le rogó que se volviese sin batalla, diciendo que era imposible en ella evitar la muerte. Entonces Oliveros dixo: Pagano, piensa de ser en este dia buen Caballero, que tengo esperanza en aquel, que por el humano linage recibió Muerte, y Pasion, te he

de llevar muerto, ó vivo á Carlo Magno; y dicho esto volvió el caballo, y tomó del campo á su placer, y puesto la lanza en el riste le dixo, que se defendiese hasta la muerte. Fierabrás visto que no se escusava la batalla hincó la lanza en el suelo, y se fué ázia Oliveros rogandole que aun dos razones le oyese, y le dixo. Tu eres Christiano, y tienes gran confianza, y esfuerzo en la ayuda de tu Dios, por el qual te conjuro, y por el Bautismo que recibisteis, y por la reverencia que debes á la Cruz, donde Dios fué colgado, y enclavado, y asi mismo por la fidelidad que debes á Carlo Magno tu Señor, que me digas si eres Don Roldán, ó Oliveros, ó alguno de los doce Pares, que tu gran osadia, me hace creer ser alguno, ó el principal dellos, que por verdad sepa tu nombre, y el linage de donde descienes. Oliveros le dixo: No se Pagano quien te enseñó á conjurar al Christiano, que mas fuertemente no me podias apremiar à decir verdad. Porende sepas, que soy Oliveros, hijo de Regnér Conde de Genas, uno de los doce Pares de Francia: por cierto, dixo Fierabrás bien conocí en tu atrevimiento, y osadía que no eres otro que el que me aveis dicho, y pues que así es Señor Oliveros, vos seais bien venido, y si antes os conociera, antes hiciera vuestro mandado, porque veo teñidas vuestras armas de la sangre que de vuestro

cuerpo sale, y aveis de hacer de dos cosas la una. O vos bolved á curar de vuestras llagas, ó beved del balsemo que conmigo traygo, y luego sereis sano y así podreis bien pelear, y defender vuestra vida que á mi seria grande mengua mataros, siendo de otro Caballero herido: Señor Fierabrás de Alexandria, dixo Oliveros, á mucha merced os tengo la buena voluntad, mas soy cierto, que no tengo necesidad dello: dexemos las hablas, entendamos en los hechos, y verás lo que te digo, y no dilates mas, que nuestra batalla no se escusa, salvo con esta condicion que dexando tus Idolos recibieses Bautismo, y tuvieses la creencia, que los Christianos tenemos: y si esto haces tendrás por buen amigo al Emperador Carlo Magno, y Don Roldán por su especial compañero, y yo te prometo no dexar tu compañía: y Fierabrás dixo: que en ninguna manera lo haria.

## CAPITULO XXII.

*Como Oliveros, y Fierabrás comenzaron su batalla, y como Carlo Magno rogó á Dios por Oliveros.*

**A** Percibidos, y puestos en orden los dos Caballeros, rogó Fierabrás á Oliveros otra  
vez,

vez, que bebiese del balsamo, y Oliveros le dixo, no quiero Fierabrás vencerte por virtud del balsamo, sino con espada cortante, y con buenas armas muy lucidas, como Caballero. Y dicho esto tomaron del campo á su voluntad, lo qual les pareció haver menester, y con toda la fuerza que los caballos podian, se vinieron el uno para el otro, y el encuentro fue tal, que bolaron las lanzas en ayre hechas menudas estillas, y quebradas las lanzas echaron mano á las espadas, sin que en ellos se conociese mejoría alguna, y desto estuvo muy maravilloso Fierabrás, y aun que estaba algo apartado del ejército, peleaban en lugar que el Emperador Carlo Magno, y los otros Caballeros los veían muy bien. Y viendo Carlo Magno el peligro en que Oliveros estaba, se entró en su retraimiento muy enojado, donde tenia un devoto Crucifixo, y abrazado con la Cruz, con abundancia de lagrimas y devoto corazon comenzó á decir: Mi Dios, cuya remembranza tengo en mis brazos, yo te ruego, quieras ser en ayuda de Oliveros, que por defender tu santa Fé está en gran peligro. Y en esto andaban los dos Caballeros muy feroces peleando de manera, que salia de las armas mucho fuego, y los yelmos abollados, y ellos, y los caballos de cansados huvieron de retirarse para descansar un poco: y vueltos á su comenzada batalla,

talla, dió Oliveros tal golpe á Fierabrás, que toda la pedreria, oro, y otras joyas de gran valor hizo bolar por el suelo. Y quando tan aturrido del golpe que perdió los estrivos, y las riendas del caballo, y por poco cayera en el suelo. Y viendo este golpe Carlo Magno, y sus Caballeros hubieron todos gran placer, y entonces D. Roldán dixo: Oliveros mi especial amigo, y compañero, pluguiese á Dios que ahora yo estuviese en tu lugar, por dar presto fin á la batalla: no porque tu no seas suficiente para mayor hecho (si sano estuvieses de tu cuerpo) mas recelome que tus llagas te acarrean la muerte, tanto como las fuerzas del Gigante; y estas palabras oyó Carlo Magno, y dixole Roldán, mejor fuera cierto, que tu sano, y rogado fueras á la batalla, que Oliveros está malamente herido: mas si muere en esta batalla, jamás olvidaré tu ingratitude; y á esto ninguna cosa, respondió Don Roldán. Tornando en si Fierabrás, y cobrando los estribos, y las riendas del caballo, echando espuma por la boca, y los ojos bueltos en sangre, y quitada la visera llamando la ayuda de sus Dioses, se fué para Oliveros, y con la espada llamada Bautizo, le dió tal golpe, que el yelmo le abolló, y cortó los lazos, é hizo bolar toda la malla por el suelo, y le hirió muy malamente el caballo, y llegandole la espada á la pierna izquier-

da, le cortó la greva, y le hirió muy mal en la pierna, y quedó la espada de Fierabrás ensangrentada, y deste golpe fue el buen Caballero Oliveros muy aturrido, y cayera del caballo, sino se abrazára con el arzon de la silla, y dixo entre si: O mi Dios Criador, que cruel golpe es este que he recibido! O Virgen, y Madre de Dios á ti me encomiendo; no permitas que muera yo en manos deste cruel Infiel, y para descansar algun poco, se quitó la visera, y quando Fierabrás le vió tan desmudado, dixole: Oliveros, noble Caballero, ya sabrás como cortan mis espadas, y el modo de pelear, toma mi consejo, y buelvate á tu posada, y haz cura de tus llagas, que si porfias en esta demanda no vivirás dos horas; yo te veo muy demudado por la sangre que has perdido, y pierdes, embiame á D. Roldán, ó á qualquier de los otros doce, que aqui lo esperaré y á ti mismo, quando bolvieres sano, y esto has de hacer antes que conozcas mas mis fuerzas. Quando Oliveros oyó esto, lleno de enojo, apretando la espada en la mano, y cubriendose del escudo, dixo: O Pagano, todo el dia me estás amenazando de darme la muerte, mas yo espero en Dios de hacer eso en ti, y en diciendo esto arremetieron el uno para el otro, y se hirieron tan poderosamente, que subian por el ayre las centelias que de las armas salian, y sin descansar

un punto, el un golpe alcanzaba al otro, y al ruido que hacian era tan grande, que parecia casa de herreria. Estaban Carlo Magno, y sus Caballeros muy maravillados de tan cruda batalla, y entrandose Carlo Magno en su retraimiento con perfeta Fé, comenzó á decir: O glorioso Dios, que por nosotros recibiste muerte, y Passion, pleguete por tu misericordia, seas en ayuda de Oliveros, porque no perezca en manos de aquel enemigo tuyo, y de tu santa Fé; y en este tiempo no cesavan los caballeros de herirse cruelmente, de manera, que Fierabrás cortó un aro de acero dorado, y labrado á maravilla que tenia Oliveros al rededor de su yelmo, y le cayó sobre los ojos, el mismo golpe le volvió las armas, y le hirió en los pechos. Oliveros malamente herido, y con grande esperanza del socorro de Dios, empezó á decir: O glorioso Dios, principio, medio, y fin de todas las cosas, el qual con tu propia mano formaste á nuestro primer Padre Adán, y por compañera le diste á Eva sacada de su costilla, y en el Paraíso Terrenal los colocastes, y un solo fruto les vedaste, y de aquel engañados del Diablo, hubieron de comer, y por aquello, perdieron el Paraíso. Y tu dolíendote de la perdicion del mundo, baxaste acá entre nosotros, y tomaste carne humana en el vientre de la Santisima Virgen Maria Señora

nuestra; y los Reyes de lexas tierras te vinieron à adorar, y te ofrecieron oro, incienso, y myrra; y despues el Rey Herodes pensando, Señor, de te matar, hizo morir muchos niños inocentes. Y despues predicaste en el mundo tus santas Doctrinas, y los Judios enbidiosos te clavaron en la Cruz, estando en ella Longinos, con una lanza abrió tu santo Costado, y dél salió sangre y agua, y cayendo en los ojos del ciego, Longinos cobró la vista que tenia perdida, y creyó en tí, y fué salvo, y tu santo Cuerpo fue puesto en un Monumento de piedra, y al tercero dia resucitaste, y sacaste las Almas de los Santos que en el Limbo estaban, y el dia de tu gloriosa Ascension á ojos de tus Discipulos subiste á los Cielos. Asi Señor, como firmemente creo todo esto sin parte alguna de incredulidad, te suplico me seas en mi ayuda, y favor contra este Infiel Gigante, porque vencido por mi sea convertido á creer en tí, y entre en la carrera de la via de salvacion. Y dicho esto con entera esperanza del podido favor, besó la Cruz de su espada, y se movió para Fierabrás, el qual con mucha atencion habia escuchado todo lo que Oliveros habia dicho, y riendose dél dixo: Por tu vida Oliveros, que me declares, la oracion que has dicho ahora con tanta devocion. Y Oliveros le dixo: Pluguiese á Dios, Firabrás, que tu creyesses lo que dixo co-

mo yo creo; que dexadas las abusiones de tus Idolos, conocieses tu verdadero Criador, y Redentor, y conociendolo recibieses su santo Bautismo, y guardases sus santos Mandamientos, mediante lo qual se alcanza la gloria del Paraiso. Deseo no me hables, dixo Fierabrás, que mis Dioses son muy piadosos, á quien los llama con devocion, y veo que Dios no te quiere ayudar en tanta necesidad, aunque lo has llamado en tus oraciones muchas veces. Por esto, te doy por consejo, que dexes tu Dios, y te buelvas Moro, que yo partiré contigo toda mi tierra, y renta. Y Oliveros, le dixo: Pagano, simplemente hablas en decir, que dexes el Criador del Cielo, y de la tierra, por adorar un Idolo de oro, ú de plata, hecho por manos de hombres; esto hacen, los que ciegos de los ojos del entendimiento, ván trás el Diablo engañados, como te traen á tí, y á los tuyos; y dexemos razones, y bolvemos á la empezada batalla. Y Fierabrás le dixo: Todavía porfias en morir á mis manos? Pues asi lo quieres, procurate defender, que ninguna piedad tendré de tí: Y Oliveros le dixo. Ni yo de ti, hasta darte muerte, ó llevarte preso delante del Emperador Carlo Magno; y arremetiendo el uno para el otro, como dos hambrientos Leones, bolvieron á su batalla, con tanta ligereza, y deseo de pelear, como

mo quando la comenzaron, y dió Fierabrás tan gran golpe á Oliveros, que descendió el golpe, é hirió al caballo en la cabeza, y se espantó, y fué corriendo por el campo gran trecho, sin que Oliveros le pudiese detener, y tirando de las riendas, las hizo pedazos. Quando Fierabrás vió que Oliveros no podia detener su caballo, dió de espuelas al suyo, y le atajó el camino, haciendole parar: y quando Oliveros le vió para sí, pensando que le seguia para herirlo, saltó ligeramente del caballo, y le dixo: Pagano, haz todo lo que pudieses, que ninguna ventaja conozco. Y Fierabrás le dixo: No creas, Oliveros, que alce mi espada para herirte, mientras estuvieres á pié, que no tienes tu la culpa de la falta de tu caballo: mas adereza las riendas, cavalga en él, y volveremos á la batalla si quieres; y si la quieres dexar para otro dia, en este Campo te esperaré. Y Oliveros le dixo: No cesará la batalla sin la muerte, ó vencimiento de uno, ó del otro. Añudadas las riendas del caballo, saltó en él muy ligeramente, y volvieron á la batalla; y despues que se huvieron dado muy grandes, y terribles golpes, rodeandose los Caballeros el uno al otro, por mejor aprovecharse de su enemigo, tropezó el cavallo de Fierabrás, y cayó en una azequia, tomando á Fierabrás debaxo, que

no podia en ninguna manera salir; y viendole Oliveros, saltó muy presto de su caballo, y tomó el de Fierabrás por el freno, desviandolo que no lo pisase; y viendo que Fierabrás no se levantaba, le tomó en sus brazos, y levantóle del suelo, y dixo que cavalgase, y volviese á la batalla; y Fierabrás cavalgó ligeramente, y dixo á Oliveros: Tu gran virtud, y nobleza me hace perder el deseo de la batalla; por ende te ruego, que la dexes, y llesves todo el prez, y la honra. Oliveros le respondió, que en ninguna manera podria él ser salvo de la batalla, sin ser forzado de sus compañeros, sino que yá que él quisiese ir con él á Carlo Magno; y no queriendo ir Fierabrás, volvieron á su fuerte batalla, y dió Fierabrás tal golpe á Oliveros, que le saltó la sangre por las narices, mas no por eso dexó la batalla. Quando Fierabrás vió á Oliveros volver con tan magnífico corazon á la batalla, le dixo: Oliveros, grandísimo es el esfuerzo de tu corazon; con tu derramada sangre has regado todo el campo; veo tu yelmo todo abollado, y el arnés despedazado, y desgarnecido; mi tajante espada, y mi brazo derecho teñido en tu propia sangre; tu caballo muy fatigado, por los golpes que oy ha recibido, y yo enojado yá de herirte, y tu fuerte corazon nunca enfriado, ni turbado, antes mucho mas

mi todo lo que tu quisieres, pues me venciste en buena guerra, y muy leal batalla; y si por falta, ó negligencia tuya yo muero Pagano, te será demandado delante de Dios; y pues mostravas que mucho deseavas de verme Christiano, pon, pues, cobro en mi vida, sino moriré delante tus ojos, y será mi alma perdida.

Hubo tanto placer Oliveros de vér á Fierabrás convertido, que le saltaron lagrimas de los ojos, y con grande amor le curó su llaga, y se la ató lo mejor que pudo. Entonces dixo Fierabrás, á Oliveros: Cumple, porque mi alma sea salva, que tomes mi consejo presto, que es este: Que cavalgues en mi caballo, y me ayudes á subir en las ancas, ó á lo menos en el cuello atravesado, y me llesves á tierra de Christianos, porque reciba el agua de el Bautismo, que si tu te detienes, he temor que no tendras poder para te valer, ni menos para me llevar, que dexé diez mil Turcos en ese montecico escondidos, que saldran todos en mi favor, viendome vencido. Quando Oliveros oyó esto, pesóle mucho de ello, tanto por el deseo de ver Christiano á Fierabrás, como por el peligro de su cuerpo, y saltó muy presto en el caballo de Fierabrás, y el tomó la espada, y la puso en el arzon de la silla, y le dixo Fierabrás: Agora tienes quatro que valen quatro Ciudades; y se llegó Oliveros

veros con el caballo, quanto pudo para ayudar á subir á Fierabrás, y con gran trabajo le atravesó en el arzon, y se pusieron en camino. Miraba siempre Oliveros ácia el monte donde estaba la gente de Fierabrás, y vió una espia, que iba á rienda suelta metiendose en él para avisarlos que en la celada estaban, y luego salió un Caballero armado de todas armas, con una gruesa lanza en la mano, y tras él los otros dando grandes gritos, y alaridos. De esto pesó mucho á Oliveros, porque no podia poner en salvo á Fierabrás: que deseaba servir á su Criador, y dixo: Señor Fierabrás, yo te ruego que me perdones, que cumple que te apees, que á mi no se escusa de aver batalla con los tuyos: ellos vienen á rienda suelta, pensando que te llevo forzado conmigo, y que no vás tu de tu grado. Y dixo Fierabrás. O noble Caballero, el mas valiente que jamás traxo armas! tu me ganaste en justa batalla, con el esfuerzo de tu magnanimo corazon, y agora me quieres dexar? Mira, que la honra se gana en bien acabar las cosas: si me dexas ahora, ninguna alabanza mereces por tu pasado trabajo. A que respondió Oliveros: Tu hablas como buen Caballero, y por eso te prometo de no dexarte mientras este mi brazo pudiera manejar la espada. Y Fierabrás le dixo: Señor Oliveros, tus armas están muy destrozadas.

zadas, apartemonos del camino un poco, y tomarás de las mias lo que faltáre á las tuyas; y desviados algun tanto del camino, puso Oliveros á Fierabrás al pié de un arbol, y tomó su yelmo, y las otras armas que le pudieron armar, y con mas lagrimas que razones, se despidió dél, y volvió al camino por donde venian los Turcos, y vió venir uno muy delantero, que primero salió del monte, y estando Oliveros sin lanza, esperó á su enemigo, que con una nueva lanza en el ristre, con la furia que el caballo podia llevar, se venia para él, pensando herirle á su salvo: desvió Oliveros el cuerpo, y pasada la lanza se fué al Caballero, y le dió tal golpe, que le quitó el sentido, y estava para caer de la silla, pero le tomó Oliveros por el brazo, y sacóle el yelmo de la cabeza, y con el pomo de la espada le hizo saltar los sesos, y tomó su escudo, y lanza, y fuese para los otros que venian en socorro de el muerto; y viniendo los doce mil para Oliveros, fueron las espias para el Almirante Baláu, Padre de Fierabrás, y le dixerón como su hijo estava en poder de los Christianos; y en poco tiempo se hallaron contra el solo Caballero, cinquenta mil Turcos, de los quales muchos perdieron las vidas; mas fué tanta la multitud de los Paganos, que fué muerto el caballo de Oliveros, y su yelmo fué muy

abollado, y todas las armas muy despedazadas.

### CAPITULO XXVI.

*Como Oliveros fué llevado preso, y tapados los ojos ante el Admirante Balán.*

**C**OMO el buen Oliveros se vió preso, y como si desarmado, y solo entre tantos Turcos como lobo rabioso, sin esperanza ya de escapar, andaba entre ellos matando, y derribando Escuderos, balleros, y peones, cortando brazos, y piernas, abollando yelmos, y desguarneciendo arneses, de tal suerte, que todos ellos estaban muy espantados de sus brazos, y golpes, mas acudió tanta multitud de Paganos, que siendo ya cansado, y en muchas partes de su cuerpo herido, le derribaron en el suelo, y atadas las manos atrás, le pusieron en una acemila. Viendose tan mal tratado, y sin algun socorro, dixo: O Carlo Magno, muy noble Emperador, donde estás ahora? Sabes por ventura la crecida necesidad en que está el desdichado, y tu leal siervo Oliveros? O noble Roldán! despierta si duermes, vengan á tus oidos mis desdichas, é infortunios; y si á tu noticia han llegado, por qué tardas tanto con el socorro? Cata que me llevan á donde sin rezelo de tu emparo me pueden dar vituperosa muer-

muerte. O Pares de Francia! Por qué olvidais á vuestro leal compañero? No seais perezosos en ayudar al que en las crueles guerras, y crecidas afrentas jamás perezoso se halló. O Christianos, los que en las crueles batallas de Oliveros hubisteis muchas veces socorro! haced vuestros pies apresados, si ingratitud no los detiene. O muy caro, y amado Padre, y quanto mejor te fuera nunca averme engendrado, pues en galardón de tus beneficios, y mercedes, te daré la muerte. O desesperada vejez! yo bien creo, que no serán mas tus dias, de quando acabes de oír la desastrada muerte de tu unico hijo Regnér, un solo consuelo te queda con esta pena, que en mi muerte recibirás, serás libre de muchas penas, y enojos que viviendo te daria. Siempre que me veias armado, te temblavan las carnes como azogado, de temor que tenias de mi muerte, especialmente quando salia para la batalla con el noble Fierabrás, mas fue gran consuelo para tu honrada vejez, que fenecieran mis dias en batalla de tan noble Caballero, y no en poder de tan vil gente, que atados pies, y manos y los ojos vendados, me llevan al degolladero. O Justo, y Misericordioso Dios! pleguete de consolar á mi viejo Padre, que oy pierde un solo hijo que tenia, y guardad á tu convertido Fierabrás: á este cuerpo dá paciencia en su vergonzosa

zosa muerte, porque el alma no pierda la gloria que á tus Fieles prometiste. El ruido de la gente fué tan grande, que los Christianos lo hubieron de sentir, y rezelandose de el peligro de Oliveros, salió Carlo Magno con poca gente, no bien apercebido, y llegados al campo, empezaron una cruel batalla, y murieron en poco tiempo tres mil Turcos; mas acudió tan grande numero de ellos, que viniendo la noche, se hallaron los Christianos cercados de ellos, y muertos muchos, asi Caballeros, como peones, y fueron presos, y maltratados quatro de los doce Pares. Quando Roldán vió, que su poca gente estaba sin ordenanza alguna, derramada entre tantos Infieles, empezó á recogerla, no sabiendo de la prision de los quatro, mas quando conoció que faltavan, puso los Christianos que quedaron en ordenanza, y él adelante, siguieron los Turcos, que yá volvian rienda, con la priesa que llevaban, y fué tanta la matanza, que corria mucha sangre por el campo, y los que seguian á Roldán no podian pasar adelante por los muertos, de manera, que dexaron el alcance; y recogida la gente, se volvieron al campo donde habian empezado la batalla, y alli no menos cansados que tristes, estuvieron hasta la mañana.

## CAPITULO XXVII.

*Como Fierabrás fué hallado en el campo, y como el Emperador Carlo Magno le hizo bautizar, y curar de sus llagas.*

**V**ENIDA la mañana, el Emperador Carlo Magno mandó, que fuesen buscados todos los Christianos, que en el campo estaban muertos, y con toda la honra que ser pudiese fuesen enterrados: y quando vió el numero dellos lloró amargamente, asi por los muertos, como por los que estaban en poder del Almirante Balán: y mandó que todos los heridos fuesen curados, y echo esto, mandó á Don Roldán, que mirase toda la gente, y los proveyese de las armas que les faltavan; y á todos los de á caballo, que estuviesen prestos, y aparejados para seguirle. Andavan los Christianos discurriendo por todo el campo, desarmando los muertos para proveer de armas á los vivos; y tomavan los caballos, que andavan sueltos por el campo, que eran muchos, y asi andauo, hubieron de hallar á Fierabrás á donde le dexára Oliveros, el qual por la frialdad de la noche, y por la mucha sangre que havia perdido, estava para espirar, y esforzandose quanto podia, decia:

cia: Jesus, consuelo de los affigidos, no dexes perder el convertido Moro. Y los Christianos con mucha piedad lo llevaron á Carlo Magno, el qual le hizo curar de sus llagas, y quando fué buuelto en sí, le dixo Carlo Magno: O Fierabrás, quanto me cuesta tu venida! por ti he perdido cinco Caballeros, que cada uno era mejor que tu; y Fierabrás le dixo: En quanto son Christianos, conozco serán mejores que yo; mas en lo otro, ninguna cosa les devo, salvo al noble Oliveros, el mejor Caballero del mundo, cuyo preso soy. Yo soy hijo del Almirante Balán, soy Rey de Alexandria, y de otras muchas Provincias, lo qual todo está por bien dexado, por ser Christiano, y servir á Dios, Hacedor de todas las cosas. De esto hubieron gran placer los Christianos, y dixo Carlo Magno: Yo huelgo mucho desto; yo y mi sobrino Roldán, y este honrado Conde, Padre de Oliveros, serémos tus Padrinos; y pues estás libre, y sin peligro de tus heridas, esperarnos has en Mormionja, que yo quiero ir adelante en busca de mis Caballeros. Fierabrás hincó la una rodilla para besarle la mano, y Carlo Magno se baxó, y con los brazos abiertos le abrazó, y levantó de el suelo, y estuvieron debatiendo un rato, y contó Fierabrás lo que le pasó con Oliveros, alabando mucho su proeza, y esfuerzo. Y quasiendo Carlo

Magno todavia ir adelante, le dixo Fierabrás: Señor no es tiempo ahora, que tienes poca gente, y muy fatigada; porque el Almirante Balán vendrá con la mayor parte de la gente de Turquia; y por esto será mejor volverte á tierra de Christianos: y proveer de gente. A todos los Caballeros pareció bueno este consejo, y bueltos á Mormionda, por mano del Arzobispo Turpin fué bautizado Fierabrás, y fueron Padrinos Carlo Magno, el Conde Regnér, y Don Roldán.

## CAPITULO XXVIII.

*Como Oliveros con sus quatro compañeros, fueron llevados delante del Almirante Balán.*

**F**UERON llevados los cinco Caballeros delante del Almirante, las manos atadas, y Oliveros los ojos tapados; y el Almirante preguntó á Brulante su Capitan que los traía, qual de ellos habia vencido á su hijo Fierabrás? y él le respondió, Señor, este á quien tapamos los ojos, venció al Rey de Alexandria tu hijo, y es entre los Caballeros Christianos tenido en mucho, y sepas que él solo antes que lo prendiesen, mató mas de tres mil hombres de los tuyos, sus fuerzas, y animosidad no tienen par en el mundo; si por acaso se soltase, bastava á poner en afren-

afrenta la mitad del Real. El Almirante preguntó á Oliveros quien era, y como se llamava? y él respondió, Señor, yo me llamo Eligies, pobre Caballero aventurero, y somos todos cinco de la Provincia de Lorena, veniamos á servir al Emperador Carlo Magno por su sueldo. O Mahoma (dixo el Almirante) como estoy engañado! Por la fé que debo á mis Dioses, que pensé que tenia cinco de los principales Caballeros de el Rey de Francia, y creía que tendria por ellos una llave del Reyno, y llamó á su Camarero Barbacas, y le dixo: Pon diligencia que estos presos sean llevados al campo desnudos en carnes, y atados á dos palos, y les sea dada cruel muerte. Y Brulante le dixo: Señor, ya es tarde para hacer justicia, tus Varones no estan en la Corte, si esperas á mañana estarán presentes todos, y les daremos otra mas vil muerte; y allende desto, debes primero tomar consejo, si será mejor embiar á Carlo Magno; si te quiere dár á tu hijo Fierabrás por estos cinco Caballeros Christianos. El Almirante Balán tuvo su consejo por bueno, é hizo llamar á Brutamonte su Carcelero, y le encomendó, so pena de muerte, los cinco Caballeros Christianos.

## CAPITULO XXIX.

*Como los cinco Caballeros fueron puestos en obscura carcel, y como les visitó Floripes, hija del Almirante, y hermana de Fierabrás; y de su grande hermosura.*

**E**L Carcelero, quando tubo los Caballeros en su poder, con temor que se le fuesen no los osó meter donde tenia los otros presos, y encarcelólos en una obscura torre, donde habia muchos sapos y culebras, y otros animales ponzoñosos, y metióles por arriba, é hizolos baxar por una escalera de manos, y despues tiró la escalera arriba, y cerró una trampa de hierro con tres candados: estava la torre cerca á un brazo de Mar, y quando crecía la maréa, entrava en ella mucha agua por los cimientos, y esa misma noche se hallaron los cinco Caballeros con el agua hasta los pechos, y recibieron gran daño en sus personas; y mas el buen Oliveros que los otros, porque estava herido en muchas partes de su cuerpo; y como el agua salada le dava tan gran dolor, con la congoxa, empezó á decir: O hombre mal afortunado! mejor te fuera nunca haber nacido, que verte tan miser-

erablemente morir: decia otras palabras de gran dolor; y dixole Gerardo de Mondier: Por Dios, Señor Oliveros, que no os congoxeis tanto; consolaos con Dios, que nunca desampara á los suyos, en el qual tengo esperanza que aun me dará lugar de vengarme desta cruel gente. Y Oliveros le dixo: Si yo pudiese salir de aqui, y alcanzase armas, asi herido como estoy, yo pondria al Almirante, y toda su gente en tal aprieto, que le pesaria de tenerme acá.

Estando los Caballeros en estas razones, estabálos escuchando Floripes, hija del Almirante Balán, y hermana de Fierabrás: era la Dama mas hermosa que en toda aquella tierra se hallava, era de edad de diez y ocho años, de muy acendrado saber, y discrecion; blanca como la leche, con moderado color en los carrillos: tenia las cejas, y sobrecejas muy negras, los ojos garzos, la nariz afilada, la boca pequeña, los labios delgados de color de brasil muy encendidos; los dientes muy blancos, menudos, y juntos; la barba tirava á redonda, con un hoyo en medio de ella, el rostro largo moderadamente, los cabellos como madexas de oro fino, los ombros derechos, y muy iguales; tenia dos peloticas muy redondas, que parecian postizas, debaxo de una rica gorguera, angosta de la cintura, de muy pulido taile: ancha de caderas, segun la  
pro-

proporcion del cuerpo. Traía vestido un brial de purpura, bordado de letras Moriscas de oro, el qual hiciera una Fxda, y tenia tal virtud, que en la casa donde estava no podia haber ponzoña, ninguna; y si la habia, perdia luego al punto su fuerza, y traía un habito á la Turquesca, abierto por los lados, todo bordado de riquísima pedreria de inestimable valor, fue hecho en la Isla de Colcos, donde Jason ganó el Bellocino de Oro, como se lee en la destruccion de Troya, y tenia este habito tan suave olor, que con solo él, podia un hombre estar sin comer, ni beber. Habiendo esta noble Dama oído las lastimosas quejas de los presos Caballeros, y movida á compasion, y no menos herida de amor del noble Guy de Borgoña, como adelante se dirá; propuso de hablar con ellos, y mandó llamar al Carcelero, y dixole: Dime Brutamonte, que hombres son aquellos que en tan estrechas prisiones encerraste? Señora, son Caballeros de Carlo Magno, los quales jamás cesavan de destruir nuestra ley, y de dár muerte á los nuestros, vituperando nuestra creencia, y menospreciando nuestros Dioses; y entre ellos ay uno de grande estima, el qual venció á Fierabrás en muy leal batalla. Entonces dixo Floripes: Abreme la puerta, que deseo mucho hablar con ellos; y Brutamonte le dixo: Señora, por dos cosas

cosas no conviene ir allá; la una por el lugar, que es muy hediondo, y en extremo abominable, la otra que vuestro Padre me ha vedado que á nadie dexase llegar á la torre. Y ella le dixo No pongas escusacion alguna, que quiero en todas maneras hablarles. Y Brutamente le dixo: Perdonarmeheis, Señora, que no consentiré que los hableis, si no estoy delante, que muchos buenos han recibido mengua, y aun la muerte, por fiarse de mugeres. Floripes encendida de muy grande enojo, y saña, le dixo: Villano, ve-te, pues, abre la puerta, y oirás si quieres, lo que les quiero decir. Ido el Carcelero, tomó Floripes un garrote, y le metió debaxo del habito, llamó un Escudero de quien ella mucho se fiava, y con él se fué para la torre donde los Christianos estaban, y el Carcelero esperandola, y luego que fué llegada vuelto de espaldas para abrir los candados, Floripes le dió con el garrote tan gran golpe, que dió con él en tierra muerto, y tomando las llaves abrió la torre, y mandó al Escudero, que echase al Carcelero muerto abaxo, y fueron dello muy maravillados los Caballeros, presos: y mandó Floripes al Escudero, que traxese una hacha encendida, y entrando por la trampa de la torre, despues de haberlos mirado, saludóles, y dixoles asi: Buenos Caballeros, ruegoos por el amor, y fidelidad, que á

vuestro Dios debeis, que no me negueis la verdad de lo que os preguntaré. Y el buen Oliveros le dixo: Señora, por las mercedes que en tu sola vista habemos recibido, te diremos la verdad de que supieremos, aunque por ello supieremos perder las vidas; y ella le dixo: Que merced es la que de mi vista habeis recibido, no sabiendo si vengo para remediar vuestra prision, ó para sentenciaros á muerte; y él le dixo: Señora, gran consuelo recibe el preso en ser visitado, y mas de persona que puede darle alivio de su pena, como vos podeis; y como la presencia sea muestra de lo que dentro en las entrañas está encerrado, esperámos que habeis piedad de nosotros. Muchas veces son engañados los que en la apariencia de las cosas se fian (dixo Floripes) que la rosa, por hermosa que sea, siempre nace cercada de espinas: y porque mi venida os podria causar mayor pena, que la que teneis, no me quiero detener mas en estas platicas. Mas tu, que tan osadamente has hablado de mi, quien eres, y tu linage, y asimismo de estos otros que contigo están, Oliveros la dixo: Yo me llamo Oliveros, hijo del Conde Regnér, y vasallo del noble Emperador Carlo Magno; y ella le dixo: Venciste tu á mi hermano Fiera-brás? Y él respondió Señora, en muy leal batalla hice dél, lo que él quisiera hacer de mi, y de-

de su propia voluntad se volvió Christiano, y estos Señores son todos de muy noble sangre, y nos suelen llamar los Doce Pares de Francia. Y ella le preguntó si estava allí Guy de Borgoña; y él respondió que no, que quedava con el Emperador Carlo Magno. Entonces le dixo Floripes; Daisme la fee todos cinco de hacer lo que os dixera, y de ayudarme á un poco que os he menester? Oliveros la dixo; Señora, por mí, y por estos Caballeros mis compañeros, te doy la fee de ayudarte, y favorecerte, en quanto á nosotros fuere posible, en todo lo que nos mandádes, con que no vamos contra nuestra Ley; y si fuere cosa en que ayamos de poner nuestras personas, mandanos proveer de armas, que para alzarte con el Reynó, y echar á tus parientes dél, no has menester mas gente que nosotros cinco, que yá deseo verme puesto en ello, por vengarme de los villanos, que aqui me traxeron. A que dixo Floripes: Como Caballeros estais en la torre, y no sabeis quando saldreis, y amenazais á los que están en libertad? Mas vale callar, que locamente hablar. Y Gerardo de Mondier le dixo; Señora, es tanto el deseo que Oliveros tiene de servirte, que no le dexa callar; y Floripes le dixo: Bien sabeis escusar á nuestro compañero, quedaos en la guarda de mis Dioses, no os congoxeis, que esta noche os sacaré de aqui.

## CAPITULO XXX.

*Como los Christianos fueron sacados de la Torre por mandado de Floripes, y los llevó á su camara.*

**L**A noche venida, Floripes con tan solamente su Escudero se fueron para la torre, y llevaron una maroma, y un palo muy bien atado en ella; y abierta la trampa echaron la maroma, con el palo por la torre abaxo: y luego á ruego de los otros, tomó la cuerda primeramente Oliveros, y le subieron arriba Floripes, y su Escudero; y desque fué subido, se puso de rodillas delante de Floripes, y le besó la mano, y ella le abrazó, y levantó del suelo, y le dixo, Sois vos el que estando en poder de vuestros enemigos los amenazais? Y Oliveros le dixo: Soy el que con esperanza de servirte, ha por bien haber venido á tus prisiones, ella le dió la maroma, y le dixo que subiese á sus compañeros; y subidos los abrazó uno á otro con tanto amor, como si de mucho tiempo los hubiese conocido; y llevandola Oliveros por la mano, y el Escudero delante, se fueron por una puerta falsa á su camara, cuya entrada era rica á maravilla; tenia tres escalones de oro fino, esmaltados, y labra-

brados á la Morisca; las puertas todas de marfil, y los clavos de oro fino, y en ellos engastadas muchas piedras de muy gran valor. En el sobrado de la camara estava pintado el Cielo de mano de un muy gran Maestro, con los Planetas, y Signos, y en medio estava la Imagen de Mahomet, maciza de oro fino, tan grande como un hombre, y tenia debaxo de sus pies el Sol, y la Luna, y en la mano derecha tenia dos dardos, como que tirava á los Christianos: las paredes todas labradas de oro fino, y azul, y en ellas pintados todos los Reyes, y Reynas pasados. Siendo entrados los Caballeros, fueron maravillados de vér tan grandes riquezas, y no se hartavan de mirar la diversidad de las labores de la sala, salvo Oliveros que todo su cuydado era mirar á Floripes, y estando desviado le preguntó Floripes, que le parecia de la camara? Y el buen Oliveros la dixo, que no la avia visto, dándole á entender, que no entendia en mirar otra cosa sino á ella, de que Floripes se mostró como que no lo sentia; y luego fué puesta una muy rica, y ostentosa mesa, y traídas diversidad de viandas: los Caballeros comieron lo que huvieron menester, y fueron servidos de cinco hermosas Damas, ricamente vestidas, y aderezadas: Floripes estava cenando con ellos, asentada á la cabezera de la mesa en una silla de marfil, y des-

despues que huvieron cenado, dieron gracias á Dios, y Floripes les preguntó, que era lo que decian. Oliveros le declaró la bendicion, diciendo, que davan gracias á Dios por los beneficios, y mercedes que cada dia les hacia; y ella dixo, que era bien hecho. Alzada la mesa, mandó Floripes traer un cofrecito de Unicornio, de inestimable valor, y sacó dél una caxita pequeña de oro, maravillosamente labrada, llena del Maná, que embió Dios á los hijos de Israel en el Desierto y con una cuchara de oro sacó un poco, y le dió á Oliveros, diciendo: Caballero, comed desto, y no habréis menester mas medicina para curar vuestras heridas. Oliveros con muy grande acatamiento le tomó, y desde que le hubo comido se sintió sano, y mas dispuesto que nunca, y dió infinitas gracias á Dios; y luego vinieron las cinco Damas con hachas encendidas, y llevaron los Caballeros cada uno á su camara, y despidióse dellos Floripes, diciendoles: Señores, perdonad, que por ahora no tengo otros Pages que os sirvan. Y Oliveros le dixo: De Dios te sean galardonadas, y de nosotros servidas las mercedes que de ti recibimos. Dexo de hablar de las grandes riquezas de las camaras, y camas, por huir prolixidad.

Venida la mañana, las cinco Damas llevaron á los Caballeros nuevos vestidos, hechos á

la Morisca muy ricos: Embió Floripes al noble Oliveros una ropa rocegante de hilo de oro, y seda texida, aforrada de purpura, y tenia todo el ruedo, y la boca de las mangas y collar bordadas de unas letras Moriscas, sacadas del Alcorán, en que se encerrava toda la secta de Mahoma. Vestidos que fueron los Caballeros entraron juntos en la camara de la hermosa Floripes, la qual los estava aguardando por verlos vestidos á la Morisca, y la saludaron con mucho acatamiento, y ella los recibió con alegria, y les dixo, que parecian bien vestidos á la Morisca. Y Oliveros le dixo: mejor parecemos bien armados. Y ella respondió: Cada cosa en su tiempo; para con los enemigos son necesarias las armas, mas ahora, que estais entre amigos, y delicadas Damas, no habeis menester armas ni ceñiros espadas. Y Oliveros la dixo: Por encarecida virtud tenemos amistad, y paz contigo, y con tus Damas, mas no la tenemos con tu Padre, y tu gente, ni la tendrás tu si á su noticia viene lo que por nosotros has hecho, por donde te suplico nos mandes proveer de armas, como nos proveiste de delicados, y ricos vestidos. Y ella le dixo, que yá tenia aparejadas las que habrian menester; y con mucha alegria, mezclada con una pequeña risa, le preguntó si sabia leer aquellas letras Moriscas, que estavan

borda-

bordadas en la ropa; y el dixo que no; y Floripes dixo: En esas letras se encierra toda la Ley de Mahoma, y por eso no sé si te llame Cristiano, ó Moro. Y Oliveros dixo: Señora el habito no hace el Monge; y Dios solamente mira la voluntad con que se hacen las cosas. Mucho se pagava Floripes, y sus Damas de las razones de Oliveros, y de sus Compañeros, y desque hubieron hablado muchas cosas de placer, tomó Floripes al noble Oliveros por la mano, y sus Damas á los otros Caballeros, y entraronlos en una Sala muy grande, que llamavan de Fierabrás, y en una parte della estaban cien arneses trezados para ginetes; tambien habia doscientas espadas, y doscientos puñales muy ricos, y de gran valor. Y Floripes dixo: Escoja cada uno las armas que mejor le vinieren; tengase las en su camara para quando fueren menester. Los Caballeros dexaron las ropas Moriscas, y con mucha diligencia se armaron el uno al otro, y armados fueron á besar la mano á Floripes, y ella los abrazó uno á uno con mucho amor. Y Oliveros vió un andamio tan alto, quanto un hombre podia alcanzar con la mano, hecho á manera de altar, con un Idolo en él, á quien se encomendavan en aquella sala, y saltó ligeramente en él, armado de todas armas, y tomaado una lanza, y corriendo con ella á

la pared la quebró en muchas piezas. Y volviendo Floripes á sus Damas, les dixo: Por cierto estos Caballeros son para grandisimos hechos, y hazañas, y no me maravillo ahora del miedo que mi Padre dellos tenia: y dió parte de su crecido placer á una vieja Dueña, Aya suya, que habia estado mucho tiempo presa en tierra de Christianos, y los conoció, y nombró á cada uno, y dixo á Floripes: Señora, haz de modo que vuelvan á la prision, sino yo no callaré tan gran traicion, que estos son enemigos de nuestros Dioses, y de tu Padre, y perseguidores de nuestra Ley. Desto pesó mucho á Floripes, y concibió gran temor en su corazon; mas disimulando con discrecion, fingió que la queria hablar en secreto, para demandarle consejo; y para eso se subieron á una azutea muy alta, y hablando con ella la hizo llegar al cabo de la azutea, y desdeque tubo oportunidad, y vió á la vieja descuydada, dió con ella en la calle, diciendo: Vete vieja maldita, y tendrás compañía con el Carcelero, pues que la mia, y la de los nobles Caballeros aborreciste; luego se baxó con alegre semblante á donde los Caballeros, y las Damas estaban, y quando la dixeron como su Aya era caida de la azutea á la calle, porque no pensasen que ella lo habia hecho, hizo un grande llanto, y sus

Damas con ella, y la hizo enterrar con mucha honra. Venida la hora de comer, fue puesta la mesa, y en ella grande abundancia de diversos manjares: y asentada Floripes en su silla de marfil, los Caballeros en sus lugares, comieron, y trataron en muchas cosas, así tocantes á los Moros, como á los Christianos, y desde que hubieron comido, fue alzada la mesa, y Floripes comenzó á hablar á los Caballeros desta manera: Muy nobles Caballeros, bien teneis en la memoria, como en la torre donde estavades me prometisteis de ayudarme en lo que os hubiese menester, y para ello me disteis vuestra fee, de la qual ninguna duda tengo; y sabreis, Señor, como habrá diez años, estando el Almirante Balán mi Padre, y mi hermano Fierabrás en Roma, y yo con ellos, que vi una vez á Guy de Borgoña en unas justas, y fueron sus hazañas tales, que sembró en mi corazon tan firme amor, que ni el tiempo, ni las afrentas, y daños que del ha recibido mi Padre, tuvieron poder paraque le olvidase; y á esta causa he desechado los mayores Reyes de Turquia; y quando venian mi Padre, y hermanos de las batallas de los Christianos, y contavan lo que habia pasado con ellos, si acaso nombravan los Doce Pares, alegravame, si oía nombrár á Guy de Borgoña, me turbava, y mudava

dava el color tanto, que temia que mi turbacion no descubriese mi secreto amor. Quando mi Padre el Almirante, y toda su Corte llorava, entonces estava yo mas alegre, si su enojo procedia de la victoria de los Christianos, con ella holgava mi cautivo corazon, el qual preso del amor de un solo Caballero Christiano, deseava el bien de ellos, dexando el amor de Padre, y de toda su tierra: porque sé que dello será servido mi Señor Guy de Borgoña, he hecho yo por vosotros lo que habeis visto; y haré mas, que tendré modo con que á vuestro salvo os volvais á vuestra tierra, porque lleveis las nuevas, y mis encomendas al Caballero, que ahora está inocente de mi pena, y le direis, que estoy aparejada para tornarme Christiana, y que le daré muchas Reliquias que tengo en mi poder, y le daré mas tesoros que ninguna Christiana le podrá dar. Esto es lo que habeis de hacer por mi, rogandole de vuestra parte me quiera recibir por su muger, certificandole, que soy suya, mas que mia. Los Caballeros hubieron gran placer de lo que les dixo Floripes, y respondió Oliveros: En verdad Señora, tu no podrás hallar mejores Mensajeros, que nosotros, por donde huelga, y descansa tu corazon, por quanto Guy de Borgoña hará todo lo que le pidiremos, y mas esto, de donde tanto bien, y

hon-

honra le procede, y á nosotros juntamente con él. Ahora dexaré de hablar de los cinco Caballeros, y de Floripes, y volveré á tratar del Emperador Carlo Magno.

## CAPITULO XXXI.

*Como Carlo Magno embió al Almirante Balán los otros siete Pares de Francia.*

**E**Stando Carlo Magno muy triste por sus Caballeros, y mas Regnér, Padre de Oliveros, temiendo que el Almirante Balán los hiciese morir, no le osava hacer guerra, y ordenó de embiarle una Embaxada, y para esto llamó luego á Don Roldán, y dixole: Sobrino, yo quisiera que fuesedes á Aguas Muertas al Almirante Balán, y le dixerais de mi parte, que me embie mis Caballeros, y las Reliquias que tiene, que sino, no cesaré hasta echarle de toda su tierra, ó hacerle morir cruelmente. Y Don Roldán le dixo: Señor, tu consejo no es bueno, pues sin duda ninguna, procurará darme muerte, y Carlo Magno le dixo: No os cumple excusar, que no podeis dexar de ir. No me escuso, dixo Roldán: Entonces dixo Guy de Borgoña: Señor, mira bien lo que haces, que no me parece acertado vaya Don Roldán de esa  
suer-

suerte al Almirante Balán; y el Emperador con gran furor le dixo: Vos habeis de ir con él; y dixo Guy de Borgoña: Señor, si iré, aunque hubiese mayor peligro. Y Ricarte le dixo: Señor, bueno será embiar la Embaxada, mas ha de ser de otra gente, y no la que quíeres embiar, porque si algun infortunio viniere, no falte quien te sirva; y Carlo Magno le dixo: Todos habeis de ir; mas juramento hago á Dios de embiar los que quedan de los doce Pares. Y el Duque de Naymes le dixo: No creas, Señor, que ninguno de nosotros vaya; mas decimos nuestro parecer; y asi mira, no te arrepientes quando no tengas lugar de enmendar lo errado. Y Carlo Magno le dixo: Aparejaos Duque para ir con ellos; y Oger de Danois le dixo: Has tus hechos con maduro consejo, y no serás reprehendido; y el dixo, que se aparejase, y mandó llamar á los otros, y les dixo que se aparejasen todos siete para ir por Embaxadores al Almirante Balán. Como ellos le vieron tan enojado, no le osaron decir nada; y venida la mañana, preguntó Roldán á Carlo Magno, en que manera los mandaba ir, si irian armados, ó sin armas; y él les dixo, que pues iban como Embaxadores, que no eran necesarias armas. Y Roldán dixo: Si tu no recibes enojo, ni pesar llevarémos nuestras armas, que rezelo las habrémos

mos menester; y Carlo Magno le respondió que hiciese como mejor le pareciese. Bue-  
tos los Caballeros á sus posadas, se armaron de todas armas, y con sendas lanzas en las manos se volvieron para Carlo Magno, y le dixo Naymes de Babiera: Muy noble Emperador, aqui estamos los siete Caballeros para cumplir tu mandado, y que nos digas lo que es tu voluntad, que digamos al Almirante Balán. Y el Emperador les dixo: Mis caros, y amados Varones, al todo Poderoso, y Misericordioso Dios encomiendo, y le suplico, que por los meritos de su Santa Pasion os quiera guardar, asi como guardó al Profeta Jonás en el vientre de la Ballena: Direis al Almirante Pagano, que me embie mis Varones, y las Santas Reliquias que tiene, y que se bántize, y tendrá las tierras, que se tiene de mi mano, pagando el tributo justo, y si esto no hace, he Jurado de cercarlo, y echarlo de toda su tierra; dandole vítuperosa muerte: Y dioxole Guy de Borgoña: Muy poderoso Emperador, nosotros llevarémos tu Embaxada, aunque perdamos las vidas; é incando las rodillas en el suelo, uno á uno le besaron la mano, y se despidieron dél; y vueltos á los Caballeros, y gente del Real que los estaban mirando, dixo el Duque Naymes: Muy nobles Señores, yá habeis sabido como el Emperador Carlo Magno nos man-

manda ir con Embaxada al Almirante Balán, y como tenemos la vuelta por dudosa, y no sabemos que será de nosotros: por tanto os rogamos á todos generalmente, que si en alguna cosa os habemos enojado en dicho, ó en hecho, que nos perdoneis: y nosotros asimismo perdonamos qualquier ofensa, ó injuria que ayamos recibido, porque nuestro Dios, y Señor por su infinita clemencia, nos perdone á nosotros, y á vosotros. Y asi se despidieron cada uno de sus amigos, y conocidos; y Caballeros en muy poderosos caballos, y encomendándose á Jesu-Christo, se pusieron en camino.

### CAPITULO XXXII.

*Como el Almirante Balán embió quince Reyes á Carlo Magno, porque le diese su hijo Fierabrás; y como los siete Caballeros Christianos los mataron encontrandolos en el camino.*

**G**Ran dolor tenia el Almirante Balán en su corazon por la ausencia de su hijo Fierabrás; y esperando que el Emperador Carlo Magno se ofreciera á embiarselo en trueco de los cinco Caballeros que tenia presos, por eso no se lo habia embiado á demandar, y acordó

dó de embiar una Embaxada, y para eso mandó llamar á quince Reyes Turcos, Vasallos suyos, y les dixo, que fuesen á Mormionda, que era á donde Carlo Magno se hallava á la sazón con todo su Exército, y le dixesen de su parte, que sin dilacion alguna le embiase al Rey de Alexandria Fierabrás, su amado hijo, y le volveria los cinco Caballeros Christianos, y Vasallos suyos, que tenia presos en sus Carceles, y que entre ellos estava el Caballero, que venció á su hijo Fierabrás: y que si no se le embiava presto, le iria él á buscar con docientos mil hombres de pelea, y no cesaria hasta haberlo echado de todo su Reyno, ó hacerle morir vergonzosamente. Y Marradas uno de los Embaxadores, le dixo: Muy poderoso Señor, á nosotros no nos conviene amenazar á Carlo Magno delante de sus Varones, que son muy valientes hombres, y no sufrirán nuestras amenazas; mas solamente le diremos, te embie á tu hijo Fierabrás, y que le darás los cinco Caballeros Christianos que tienes presos; y el Almirante le dixo: Cobarde, y sin virtud, no osarás decir lo que mando? Y respondió otro Rey: Señor, eso, y aun mas le diremos; y si hallamos algunos Christianos por el camino, les harémos tan mal pasage, que los otros nos tendrán miedo, oyendo hablar de nosotros. Y

armados muy ricamente, con mucho oro, y piedras preciosas en los yelmos, y Caballeros en muy poderosos caballos, se partieron para donde estaba Carlo Magno, y pasada la Puente de Mantible, andando entre sí tratando del modo que habían de tener para dar la Embaxada al Emperador, vieron siete Caballeros Christianos, y dixeron: Estos Christianos sin duda buscaban por estos caminos algunos Turcos para cautivarlos. Dixo el uno de ellos; verémos si son Christianos, y los llevarémos presos al Almirante Balán. Los Christianos se rezelaron de ellos pensando que habia alguna celada, y dixo Roldán á los otros: Esperadme un poco, que quiero ver que gente es esta, que me parecen hombres principales; y si pudieramos pasar sin batalla la escusarémos, porque podamos hacer nuestra Embaxada; y los seis Caballeros se estuvieron quedos, y Don Roldán se adelantó, y viendole solo Marradas, puso la lanza en el ristre, haciendo señal de batalla; y Don Roldán alzó la mano, como que queria hablar con ellos, y llegando le preguntaron, quienes eran, y que buscavan por aquella tierra; y él les dixo, que eran Mensageros del Emperador Carlo Magno, que ivan con Embaxada al Almirante Balán; y Marradas le dixo; Vosotros sois ladrones, y venis espiando los caminos, y robando,

do, y ahora decis que sois Mensageros y que llevais Embaxada; conviene que dexeis las armas, y con las manos atadas á las colas de vuestros caballos, os llevarémos al Almirante, si Embaxada traeis, él os escuchará. Don Roldán le dixo; Señor, yo bien os daria mis armas; mas esos Señores no querrán daros las suyas, que son hombres de grande estimacion. Y dixo Marradas; aunque fuesedes todos los Doce Pares de Francia, habeis de dexar las armas, ó morir de mala muerte. Y Don Roldán dixo; Si os damos las armas, nos aseguraréis las vidas? y uno de ellos dixo: La vida os aseguramos por ahora, mas os habemos de llevar de la manera dicha al Almirante Balán, y él os mandará echar en una obscura torre, donde tiene otros cinco Christianos Vasallos de Carlo Magno; y Don Roldán les preguntó: Quien sois vosotros, que tan lucidas armas traeis, y tan ricas? y ellos respondieron: Nosotros somos Vasallos del poderoso Almirante Balán, y todos somos Reyes coronados. Y dixoles Don Roldán; Si vosotros fuesedes cuerdos, iriades á pedir perdon al noble Emperador Carlo Magno, y á prestarle homenaje, y os haría mercedes grandes, y colmadas, que es mas noble, y mas poderoso Señor que vuestro Señor el Almirante Balán; dexad vuestros Idolos que os traen

traen engañados; y sino quereis ir de grado, os llevaré por fuerza: y apercebios luego, que no os aprovecharán vuestras lucidas armas, ni los yelmos lucentes, y dorados. Dicho esto se cubrió con el escudo, y puso la lanza en el ristre, y luego salió Marradas, y encontrandose con toda su fuerza, Marradas quebró su lanza en el escudo de Roldán, y Roldán le cogió por la visera, y dió con él en tierra muerto, y luego se fué para el otro, y le metió la lanza por los pechos, y le pasó á la otra parte, y echó mano á la espada, y antes que llegasen los otros seis Christianos, derribó seis Turcos, y juntos empezaron cruda batalla; y dixo Guy de Borgoña; Señor Don Roldán, tened ese paso, que yo los quiero rodear de manera, que ninguno de ellos vuelva con las nuevas al Almirante Balán. Oyendo esto uno de los Reyes Moros, dexando sus compañeros volvió la espalda; mas Ricarte de Normandia, que le vió huir, dió de espuelas al caballo, y le siguió muy gran trecho. Viendo el Moro, que Ricarte le estava ya cerca, dexó el camino, y se metió por una grande montaña, y le perdió de vista; y volviendose á sus compañeros, los quales ya habian dado fin con todos los demás, y dixo Don Roldán: Ellos ya no nos harán mas guerra: pero recelome, que aquel que se vá huyendo, sera causa  
que

que nunca nosotros volvamos á ojos de nuestros amigos, que no podrémos dexar de llevar nuestra Embaxada al Almirante Balán. Y Guy de Borgoña dixo: Señores, desviamonos del camino un poco, y descansarán nuestros caballos, y mirarémos lo que habemos de hacer. Y apartados en un verde prado, echaron los caballos á pacer, y ellos se asentaron, y dixo el Duque Naymes, que era el mas anciano: Señores, á mi me parece que nos debemos volver, no nos culpará el Emperador Carlo Magno, éntandole lo que nos ha acaecido; y para mayor certidumbre, llevarémos las cabezas de los Reyes muertos. Y Don Roldán dixo: Señor Naymes, si la honra no querémos poner en olvido, no podemos dexar de ir al Almirante Balán; que aunque Carlo Magno tenga placer de lo que hicimos, no quedará satisfecho de su Embaxada; y dado caso que lo quedase, nosotros sin culpa alguna, siempre serémos culpados de los otros, y dirán, que el nos mandó hacer uno, é hicimos otro; y dirán, que adrede nos pusimos en un peligro, por evitar otro mayor: quien duda, que otros pondrán dolo en nuestra alabanza diciendo, que de nuestras solas lenguas es publicada? Y no saben si los muertos eran pocos, ó si eran muchos; si eran armados, ú desarmados; si los matamos nosotros, ó

si los hallamos muertos: y dexados todos estos inconvenientes, segun quien somos, quedarán nuestros corazones querellosos, pues partimos para llevar Embaxada al Almirante Balán, y de medio camino nos volvimos. A todos ellos parecieron bien las razones de Don Roldán, y le dixeron, que ordenase lo que se habia de hacer, que no discreparian un punto de su voluntad. Y él les dixo: Para que nuestros hechos merezcan alguna alabanza, es necesario hacer cumplidamente lo que nos fue mandado, y entonces mas dignos de alabanza serémos: por tanto queria, que llevasemos las mismas cabezas de los Reyes muertos al Almirante Balán, y le dirémos que eran salteadores, que nos quisieron robar; y así cortaron las cabezas de los Reyes Moros muertos, y cavalgando en sus caballos, se pusieron en camino.

### CAPITULO XXXIII.

*De la Puente de Mantible, y del tributo que en ella se pagava; y como los siete Caballeros Christianos mañosamente pasaron sin pagar ningun tributo, ni otra cosa.*

**L**egados los siete Caballeros á la Puente de Mantible, dixo Oger de Danois: Se-

flores, este es el paso mas dificultoso, que ay en toda esta tierra; el rio es muy caudaloso, y no se puede pasar sino por la Puente, y esta es muy fuerte, y grande, que tiene treinta arcos de marmol, y dos torres quadradas tambien de marmol blanco, muy bien labradas, y en cada una de ellas ay una puente levadiza con quatro muy gruesas cadenas de hierro; y es guardada esta Puente de un Gigante muy grande, y espantable, que siempre está armado de todas armas, y una gruesa acha de armas en las manos, y tiene cien Turcos en su compañia, que le ayudan á guardar la torre: del tributo no os hablo nada, porque no venimos en son, ni proposito de pagarlo: mas digo esto, porque miremos que manera, ó modo avemos de tener para salir con nuestra demanda. Entonces dixo Don Roldán: Desta manera ganaremos la Puente: yo iré delante, y diré, que somos Embaxadores, que llevamos una Embaxada al Almirante Balán; y si me dixeren que no podemos pasar, ó por el tributo, ó por qualquiera otra causa, le diré que me abra, y que á él mismo le diré la Embaxada, paraque haga della relacion al Almirante su Señor, y si pongo solamente el pie en el postigo, sed ciertos, que procuraré hacer lugar por donde todos podamos pasar. Y el Duque Naymes le dixo: Se-

ñor Roldán, no es cordura dár un golpe; y recibir diez: dexadme este cargo, que yo tendré modo, paraque pasemos sin tener batalla: Roldán le dixo, que hiciece lo que quisiese; y el Duque les rogó, que se estuviesen quedos; y se fue para la Puente, llamó, y el Gigante le abrió, y le preguntó quien era, y que buscaba por aquella tierra. El respondió: Somos Mensageros del Emperador Carlo Magno, y vamos al Almirante Balán con algunos presentes, que vienen aqui detrás. El Gigante le dixo: Vosotros habeis de perder las cabezas, ó pagar el tributo que se suele pagar en esta Puente. Y el Duque le dixo: Dime lo que te avemos de dár, que luego se te dará. Por el poder de mis Dioses, dixo el Gigante, que no es poco, porque yo te pido primeramente treinta pares de perros de caza, cien doncellas virgines, cien halcones mudados, y cien caballos con sus jaeces, y por cada pié de caballo un marco de oro fino; este tributo ha de pagar qualquier Christiano que por ella pase, y si no lo puede pagar, ha de dexar la cabeza en las almenas de la Puente. Y respondió Naymes, que muy cumplidamente traian todo lo que avia dicho, y esto á mas de los presentes que llevaban al Almirante, y que muy presto venian, que ellos ivan delante, por tomar posadas; y el Gigante pensando que

era así, dexólos pasar. Don Roldán, que avia oído la industria del Duque Naymes, no podia contener la risa; y andando por la Puente adelante, encontraron un Turco, que muy espantado se paró á mirarlos atentamente; y Don Roldán se apeó, y acercandose ázia él, como que le queria hablar, le tomó por el cinto, y le arrojó en el rio; y el Duque fue dello muy enojado, y le dixo: Señor Don Roldán, Dios nos quiso hacer merced, dexandonos pasar sin batalla, y no la querais recibir? Y Don Roldán le dixo: Si supiera que me abrieran como á vos, nunca yo buscara maña para pasar, antes viera si el Gigante tan feróz en los hechos, como en el gesto, que los otros que están en su compañía no durarán media hora delante de nosotros, porque es gente de poco valor, y ganada la Puente, tuvieramos la venida mas segura: y si place á Dios que volvamos, con Durandál les pagaré el tributo que nos pide.

## CAPITULO XXXIV.

*Como los siete Caballeros llegaron delante del Almirante, y dieron su Embaxada.*

**L**egados los Caballeros á Aguas Muertas, donde estava el Almirante Balán, fueron-

se hasta las puertas de su Palacio, y dixerón á los Porteros, que dixesen al Almirante, que le querian hablar de parte del muy alto Emperador Carlo Magno. Como el Almirante supo que Carlo Magno le embiava Embaxada fue muy alegre de ello, pensando que le embiava á pedir los cinco Caballeros Christianos en trueque de Fierabrás su hijo: y porque era ya tarde, mandó á su Maestresala, que les diese buena posada, y proveyese de todo lo necesario, y por la mañana los traxese á Palacio. El Maestresala les dió por posada la casa de un muy principal Caballero, el qual les dió muy buen acogimiento, y les sirvió de todo lo que huvieron menester; y despues que huvieron cenado, dieron á cada uno su camara, con una cama ricamente aderezada. A la media noche llegó el Rey, que escapó de las manos de los siete Caballeros, y entrando en el Palacio, no paró hasta la camara del Almirante Balán, que ya era acostado; despues que supo, que de los quince no volvia sino uno, fue maravillado, y mandóle entrar, y dixo: Muy poderoso Señor, tu embiaste quince Reyes Vasallos tuyos por Embaxadores á Carlo Magno, y en el camino encontramos siete Caballeros Christianos, y nos dixerón te traian Embaxada de parte de él: y creyendo ser salteadores que robaban, los quisimos traer

traidos presos á tu Corte; y ellos fueron tan valientes, que mataron en poco tiempo los catorce Reyes, sin que ninguno de ellos muriese, ni solamente cayese de su caballo; y yo con la gran ligereza del mio; me escapé del furor de sus espadas; los quales son estos siete Caballeros, que esta noche han llegado á tu Corte: por ende mira si de ellos te quieres vengar, ahora tienes ocasion, y muy legitima causa de hacerlos morir, y darles vituperosa muerte.

Quando el Almirante Balán oyó las nuevas, del grande enojo que hubo, empezó á maldedir, y á quejarse de sus Dioses. A las voces entró su Maestresala, y le dixo: Señor, no te fatigues, ni te quejexes con desmesura de tus Dioses, porque aunque por tus yerros ayan permitido que tus Reyes muriesen, á tu poder tra-xeron los que los mataron, paraque de ellos to-mases venganza, y fuese su maldad castigada, por eso sosiega, y descansa, que mañana te los traerémos con muy buen recaudo, y harás de ellos lo que quisieres. Y dixo el Rey que escapó de sus manos: Señor, pues que en tu poder están, tén modo que no sean Señores de sus armas, porque si vén que los quieres prender, no podrá con ellos toda tu Corte, porque son muy esforzados, y quizá no te pesará menos de su venida, que á mi de averlos encontrado en  
el

el campo. Y el Maestresala dixo: Señor este cargo queda por mi, que yo te los traeré mañana con buen recaudo, aunque fuesen ciento. Despedidos del Almirante, se fueron el Rey, y el Maestresala al Caballero, en cuya casa estaban los Caballeros aposentados, y le contaron el caso: el qual tubo modo de hurtar las armas á los Christianos, que sin recelo alguno, apartados el uno del otro, estaban durmiendo. A la mañana fueron armados tres mil Turcos de todas armas, y sendas achas de armas en sus manos, y uno á uno los prendieron, y ataron fuertemente las manos, y los llevaron al Almirante Balán; el qual, despues de muchas injuriosas palabras, y amenazas, les preguntó porque avian muerto los Reyes sus Embaxadores. Y Roldán le dixo: Los que matamos no eran Reyes en sus hechos, que informados como veniamos á tu Corte con Embaxada, no dexaron de acometernos para matarnos, ó cautivarnos: mas ellos fueron castigados, que los catorce quedan en el campo, y traemos sus cabezas, porque certificado de ello, asegurasedes los caminos, y el Almirante les dixo: Qual diablo os mandó entrar en mis Reynos? Y Roldán le respondió: El que nos mandó venir te echara de ellos, si no haces lo que por nosotros te ombia á decir, que es esto: El muy noble, y  
pode-

poderoso Emperador Carlo Magno te manda, que te bautices, y que le embies sus Caballeros, y las Santas Reliquias que tienes en tu poder; y si no lo haces, ha jurado de echarte de toda tu tierra, y de hacerte malamente morir. Y el Almirante dixo: Osadamente hiciste tu Embaxada, mas no volverás con la respuesta al viejo loco de Carlo Magno, que antes que coma ni beba, yo os veré á todos hechos quartos, con los otros, que tanto he guardado hasta ahora, pensando trocarlos por mi hijo Fierabrás. Y Ricarte de Normandia le dixo: Tu hijo es mas cuerdo que tu, que yá cree en Dios, Criador del Cielo, y de la Tierra, y ha dexado las abusiones de tus Idolos, y está mas contento con el Santo Bautismo que ha recibido, que lo estaba con las tierras que tenia; y por todo el mundo no vendrá aca; ni dexará á Carlo Magno su Señor. El Almirante conoció á Ricarte de Normandia, y le dixo: bien me place de tenerte aqui, porque pagues la muerte del noble Caballero Corsubél, mi hermano. Y Guy de Borgoña dixo: Muchos de tus Caballeros avemos muerto, los pocos que aqui estamos, mas no de la manera que nos amenazas de matar, sino en muy leal batalla; por tanto, si te quieres vengar de nosotros sin caer en vileza, dá-nos nuestras armas, y caballos, y dexamos salir

lir al campo, y manda apereibir todo tu Exército para contra nosotros, y entonces sin reprehension tomarás, si pudieres, venganza. Y el Almirante Balán le preguntó, como se llamava? Y él dixo: Guy de Borgoña; y el Almirante le respondió: Tambien pagarás lo que contra mi hiciste en Roma: será tu muerte escarmiento para otros Christianos, que no se atreven á tanto. Y luego mandó llamar dos Consejeros suyos, llamados Brulánte de Monmlere, y Sortibrán de Coíbres, y les preguntó, que haria de los Christianos presos; y estos le dixéron, que fuesen arrastrados en colas de Caballos, y despues hechos quartos, y puestos por los caminos, y las cabezas á las puertas de la Ciudad en escarpies, y luego cercarémós á Carlo Magno, y lo prenderémós, porque estos son los más principales de su Exército: y si matamos al Emperador, sin peligro ganarémós todo el Reyno de Francia. El Almirante les dixo, que decian bien, y les mandó, que presto traxesen los otros cinco, y se executase lo ordenado.

## CAPITULO XXXV.

*Como por industria de Floripes los siete Caballeros Christianos fueron puestos con los cinco, y como Floripes les mostró las Santas Reliquias.*

**E**Stava Floripes escuchando toda la contienda, que su Padre tenia con los Caballeros Christianos; y quando vió, que su Padre mandava traer los cinco, que pensaba estaban en la torre para darles muerte, se fue muy presto á su camara donde tenia los Caballeros, y les mandó armar, y les dió algunas achas de armas, diciendo, que de ellas se aprovecharian en el Palacio, mejor que de las lanzas, y les dixo: Muy nobles, y virtuosos Señores, ahora se me ofrece tiempo para que pagueis los beneficios recibidos, que haciendo esto guareceis vuestras vidas, las de vuestros amigos los otros siete pares de Francia, los quales, las manos atadas, gruesas cadenas á los pies, están en los Palacios de mi Padre sentenciados á muerte, y vosotros con ellos, y ahora voy á estar con el Almirante mi Padre, por vér si los podré traer aqui con vosotros: y si no pudiere, y oyeredes mis voces, no seais perezosos en venir,  
ni

ni useis de misericordia con ningun Turco. Y asi se fue Floripes para su Padre con disimulada alegria, fingiendo que tenia gran deseo de vér la muerte de los Caballeros Christianos; y le preguntó, que hombres eran aquellos que estaban atados, y encerrados. Y él respondió: Hija, son Vasallos del Emperador Carlo Magno, y son los de quien tantos daños avemos recibido, y á muchos parientes, y amigos nuestros, Caballeros de gran valor, han dado la muerte: y mando por sentencia, que estos, y los otros cinco, que ya están en la torre, sean arrastrados, y puestos en quartos. Y Floripes le dixo: Señor, esto, y mucho mas merecen; y es bien darles otra mas penosa muerte porque sea escarmiento para otros, y esto se hará despues que hayas comido, que es yá muy tarde: suplicote, que los dexes en mi guarda, hasta que los mandes sacar á morir, porque en todos ellos pueda á mi placer vengar la injuria hecha á mi hermano Fierabrás. Y el Almirante Balán la dixo, que le placía; y ella mandó á su escudero, que los llevase á la torre donde estaban los otros. Y Sortibrán dixo al Almirante su tio: Muy esclarecido, y poderoso Señor, suplicote que quieras traer á la memoria las grandes desdichas que avras oído, y visto, que á especiales hombres han incurrido, por

tener

tener confianza de mugeres, y los muy grandes daños, que por su inestabilidad, y poca firmeza han causado: cata que su mas subdito saber, en el tiempo de la mayor necesidad les falta: mira pues, que de su naturaleza son muy mudables, y livianas en creer, y subditas en la venganza; mira no te ciegue el mucho amor de la hija.

Quando Floripes hubo entendido bien las palabras maliciosas de Sortibrán, demudada en grande grado, y como tartamuda del muy crecido enojo, dixo: Tu Sortibrán; hablaste como desleal, y malo que debes ser, y por tal te juzgo en hablar semejantes palabras, porque el traidor no piensa que ay fiel alguno en el mundo; y por tus muy dañadas entrañas, juzgaste tu las ajenas; mas no quedarás sin pago de tu mentiroso, y traidor decir. Y dicho esto se fue tras el escudero, y de los presos, que estaban yá cerca de la torre donde fue puesto Oliveros y sus compañeros: porque el escudero no los osó llevar á la camara de Floripes, por causa de la mucha gente que los mirava, y Floripes llamó al escudero, y le mandó los llevase á su camara, que ella queria ser la Carcelera, y no otro ninguno; y aunque por alli avia algunos, que lo vieron, y oyeron, no sospecharon por ello mal ninguno, pensando que lo hacia por

el grande enojo que avia avido con Sortibrán. Entrados que fueron los Caballeros en la camara de Floripes, hallaron los otros cinco compañeros suyos armados de todas armas, y bien aparecidos, y fueron dello muy maravillados los unos, y los otros. Oliveros hubo muy gran lastima de Don Roldán quando le vió, que tenia una gruesa cadena al pié, y otra al cuerpo, y las manos muy reciamente atadas, y muy de presto los desató, y les quitó todas las cadenas, se abrazaron, y besaron con grandissimo amor; y Floripes les mirava uno á uno con mucho cuydado, por conocer á Guy de Borgoña, á quien ella tanto deseava conocer: y viendo esto Oliveros, dixo: Señor de Guy de Borgoña, que os parece de nuestra carcel, y de nuestro Carcelero? Y Guy de Borgoña le respondió: Digo, que aunque la carcel fuera la peor de todo el mundo, que ninguna pena sintiera, segun la grande perfeccion, y gracia del Carcelero. Y Oliveros le dixo: A vos, y á la Señora Floripes damos las gracias, porque conociendo que en esto os avia de hacer placer, nos sacó á todos del mas hediondo lugar del mundo, y de muy estrecha carcel. Y Floripes llorando del grande placer que su corazón sentia, venció el amor á la verguenza, que comunmente las doncellas tienen, y abrazó á

Guy

Guy de Borgoña, y le besó en el ombro, y Guy de Borgoña hincó las rodillas en el suelo, y quiso besarle las manos; mas ella nunca lo quiso permitir, antes le puso la una mano al ombro, y la otra en la barba, y lo levantó del suelo, y estava Guy de Borgoña muy espantado de tanto amor como la hermosa Floripes le mostrava. Y Don Roldán le dixo: Bien creo; Señor Guy de Borgoña, que no recibierades pena alguna, aunque estuviesedes mucho tiempo en esta carcel; y Guy de Borgoña le respondió: Ya recelo la salida, mas que temia la entrada, si del Carcelero me tengo de apartar. Y Floripes con muy graciosa risa dixo: Dexemos Señores esto, para quando mayor oportunidad tengamos, y ahora entendamos en lo que mucho á todos nos complace; y tomó á Guy de Borgoña por la mano, y dixo á los otros Coballeroç desarmados, que la siguiesen, y que los otros se quedasen en la sala, llevólos donde se avian armado los otros Caballeros, y les dixo: que se armasen prestamente, y ella armó á Guy de Borgoña muy graciosamente, y despues, que todos fueron armados á su placer, se volvieron á donde estaban los otros, y Floripes les hizo asentar á todos, y ella se asentó en la silla de marfil; mas allegado á Guy de Borgoña, que á los otros, y les dixo: Muy nobles, y esforzados

dos Caballeros, pues que en vuestra buena fortuna, ya mi dicha os ha traído á tiempo, que de mis pequeñas, y mugeriles fuerzas tuviesedes necesidad, por quanto tengo propuesto, y deliberado (olvidando mis Dioses; y el temor de Padre, y de los parientes, y de toda la tierra) de salvar vuestras vidas, aunque supiese por ello perder la mia, me atrevo á pedirlos á todos juntamente una merced, y á vos Don Roldán primeramente demando la Fé, y á todos vosotros Señores de ayudarme, y favorecer en lo que os hubiere menester: y Don Roldán, la dixo: Muy virtuosa, y noble Dama, nunca fuí ingrato á personas del mundo, y menos lo seré á las muchas mercedes, que de ti, he recibido; por esto mandadme qualquiera cosa que no discrepe de la Ley Christiana, y verás el deseo que tengo de servir tus crecidos beneficios; y ella se levantó en pié, le dió gracias por ello; y buelta á Guy de Borgoña, le preguntó: Y vos, Señor Guy de Borgoña? Y el la dixo: Yo y todos estos Señores decimos lo que el Señor Don Roldán dice: y así dixo ella entonces: Lo que mi corazon desea sobre todas las cosas del mundo es servir como muger legitima al Señor Guy de Borgoña; y estas son las mercedes que á él, y á vosotros, Señores, pido; y de muy buen grado me tornaré Christiana,

fiana, y os daré las Santas Reliquias, que con tanto trabajo aveis buscado, y os daré todo el tesoro del Almirante mi Padre, y otras joyas de muy grande valor. Y Guy de Borgoña le dixo: Por cierto, Señora, yo tenia propuesto no tomar muger, sino por mano de mi Tio el Emperador Carlo Magno, como lo han hecho los otros Pares de Francia; mas porque tal Dama no se halla en todas partes, no menos por las mercedes recibidas, con consentimiento de Don Roldán, y destes Señores, te tomo por legitima Esposa, en la forma que lo ordena nuestra Santa Madre Iglesia: y Don Roldán se levantó, y les hizo dar las manos, y los hizo abrazar, y besar en la boca, y les dixo, que lo demas fuese guardado hasta que Floripes fuese Christiana: y de esto hubo gran verguenza Floripes, y no osava despues mirar á Don Roldán la cara: y mandó luego á sus Damas, que pusiesen la mesa, y traxesen de comer, y dixo á los Caballeros: El Almirante mi Padre, Sortibrán, y los otros Caballeros, han ordenado de daros la muerte á todos, despues que el Almirante haya comido; mas he de deciros como le dareis mala comida, porque no vengan á efecto sus malos pensamientos, y asi armados como estavan los Caballeros, se asentaron á la mesa, y la hermosa Dama Floripes con ellos, sentada junto su muy querido, y amado Guy de Borgoña.

## CAPITULO XXXIV.

*Como un sobrino del Almirante Balán, llamado Lucafer, entró en la camara de Floripes, y como el Duque Naymes lo mató.*

**L**OS Caballeros fueron muy bien servidos y despues que huvieron comido, y fue alzada la mesa, y dadas gracias á Dios, Floripes les dixo: Señores, el Almirante Balán querrá comer, y no comerá, sin que yo esté en su compañía, porende, porque no venga nadie á llamarme, quiero ir allá, y diré, que estoy mal dispuesta, y que no quiero comer, y miraré bien en lo que se ha de hacer antes que vuelva: y primero quiero mostraros las Santas Reliquias que yo tengo, porque viendolas tengais los corazones mas contritos, y con mayor devocion podais demandar ayuda, y socorro á vuestro Dios, que lo habreis bien menester: y sacó un cofre todo dorado, y muy maravillosamente labrado, en el qual estaba parte de la Corona de nuestro Redentor Jesu-Christo, y uno de los Clavos con que fue clavado en la Cruz, y un paño en que fue embuelto, quando era niño, y un zapato de la

Virgen Maria nuestra Señora, y parte de sus Cabellos, y otras muchas Reliquias. Quando los Caballeros las vieron, hincaron las rodillas en el suelo, y llorando amargamente, pidieron perdon á Dios, suplicandole fuese servido dexarles volver en salud en presencia de Carlo Magno, y pudiesen llevar á Floripes, para que Doctrinada en la Santa Fé Catolica, mediante el Agua del Santo Bautismo, entrase en el numero de los escogidos, que tambien pudiesen llevar las Santas Reliquias á tierra de Christianos; y se maravilló mucho Floripes de las lagrimas que los Caballeros Christianos derramaron: Despues que hubieron hecho su oracion, dixo Floripes á Guy de Borgoña, que volviese las Reliquias al cofre, porque le era mas licito que á ella, por quanto no era Christiana, y él lo rogó á Don Roldán, y Roldán al Duque Naymes por quanto era mas anciano y hombre de muy buena vida; y encerradas las Reliquias en el cofre, lo volvió Floripes á su lugar.

Estando los Caballeros, y la linda Dama en esto, vino á los Palacios del Almirante un Caballero Sobrino suyo, llamado Lucafer, el qual habia vénido por vér morir á los Caballeros Christianos; y preguntando por ellos, el Almirante le dixo, como su hija Floripes los tenia en guarda hasta que él hubiese comido. Luca-

fer le reprehendió mucho dello, diciendo, que semejantes hombres no eran de fiar de muger alguna; y dixo que queria verlos, por conocer al Caballero que venció á Fierabrás: el Almirante le dixo: que fuese, y se viniese con él Floripes á comer, que despues haria juntar su gente para hacer la justicia. Llegado Lucafer á la puerta de la Camara de Floripes, y hallandola cerrada, dió un empujon á la puerta con toda su fuerza, y quebró la cerradura, y abrió la puerta de par en par. Quando vió los Caballeros armados, no quisiera haver entrado, y de su entrada pesó mucho á Floripes, y conociendo esto el Duque Naymes, entró con el Moro á razones, y preguntóle muchas cosas, y él respondia con mas miedo, que gana de estar entre ellos; y queriendose ir, alzó el Duque Naymes el puño, y dióle tan gran golpe en la cabeza, que dió con él en tierra muerto, y á Floripes le plugó mucho lo que el Duque havia hecho, y le dixo: Cierto, buen Duque Naymes, que ese golpe no es de hombre viejo. Y él la dixo: Otros mayores verás, si nos dexas salir de aquí. Y ella le dixo: No se escusa de veros presto en ello; porende Señores, quiero ir á hablar al Almirante, que estará esperando á este Caballero, que le queria mucho, y ha procurado casarle conmigo; y vosotros, Señores,

ñores, guardad la camara. Llegada Floripes delante de su Padre, le dixo que comiese, que ella se hallava indispuesta del enojo que le havia dado Sortibrán. Y el Almirante le preguntó por Lucafer; y ella le dixo, que quedava hablando con los presos, y que no le aguardasen á comer, que él asi lo dixo: y el Almirante la dixo: que queria comer, por hacer luego justicia de los presos, que la gente estava apercebida, esperando que los sacasen; y Floripes miró por la ventana, y vió gran numero de Turcos armados, asi Caballeros, como peones, y le pesó dello, y despedida de su Padre, se volvió para su camara, y dixo á los Caballeros: Señores, ved si os falta algo, que luego os lo daré, y Guy de Borgoña la dixo que no; y ella dixo: Ahora es tiempo que salgais: y salieron, siendo Roldán el delantero, y á la entrada del Palacio encontró un Rey llamado Corsubel, y le hundió la cabeza hasta el pescuezo; y Oliveros mató al Rey Coldre: y Guy de Borgoña mató siete Caballeros que halló en los corredores, y otros hizo saltar de los corredores abaxo; de manera, que no quedó hombre á vida de quantos en el Palacio estaban, salvo el Almirante, que saltó por una ventana, y fué recibido de los suyos, y queriendose salir del Palacio para dár batalla á los que

estaban fuera, Floripes no lo permitió, porque eran muchos, y llevaron la provision que hallaron á una fuerte torre, y alli se fortalecieron: El Almirante mandó cercar la torre, é hizo juramento á sus Dioses de no partirse de alli hasta que los hiciese quemar, y á Floripes con ellos, y decia á sus familiares: Aunque no quiera su Dios, ellos vendrán á mis manos, que no tienen vituallas mas que para tres dias; y á mas desto, Carlo Magno no sabe dellos para socorrerlos; y en caso que le supiese, no podrá pasar mi fuerte Puente de Mantible, y no tiene otro paso. Los que se hallaron en el cerco de la torre, fueron ciento y treinta mil hombres de pelea, y le dieron grandes combates, mas no la pudieron entrar; y pasados tres dias, acordose el Almirante de un cinto que Floripes tenia, y mandó llamar á Marpin, gran Nigromantico, y le dixo: Marpin ahora conviene que muestres tu saber, que si tu haces lo que yo te diré, serás bien galardonado; y Marpin dixo: Señor, si es cosa posible á hombre del mundo, no dudes no la haga; y el Almirante le dixo: Sabes que Floripes tiene un cinto de grandisima virtud, que mientras la tuviere, ella, ni ninguno de su compañía puede pe-  
recer de hambre, y queria se lo quitases; y mira que si lo haces serás muy bien remunerado,

y Marpin le dixo: Señor, no te congoxes, que muy presto te lo traeré. Venida la noche, al primer sueño se hizo llevar de un diablo encima de la torre, y desde alli hizo sus encantos, para hacer dormir á Floripes, y á todos los que en su compañía estaban, y aquella noche velaban la torre Guy de Borgoña, Ricarte de Normandia, y Oger de Danois, y sobre ellos no tubo poder el encantamiento: y todos los otros fueron de grave sueño adormidos. Entrando Marpin en su camara, vió á una parte á Floripes, y á sus damas; y á otra sus Caballeros durmiendo, y buscó el cinto con diligencia, y hallado, se lo ciñó, y se allegó á Floripes, que desnuda estava en su cama, y le quitó la ropa, y viendola tan hermosa, no pudo dexar de besarla muchas veces. Estando en esto la liada Floripes, soñava que un Turco la queria forzar, y que dava grandes voces á Guy de Borgoña, que la valiese, y estava en tanta congoxa, que durmiendo dava con los brazos á una parte, y á otra, como que se defendia, y por eso no osó llegar Marpin á mas de besarla, temiendo de que despertase. Salido Marpin de la camara, despertó Floripes dando voces, y á ellas acudieron las Caballeros, que velaban y toparon á Marpin, que iba huyendo para salir al texado de la torre; y dióle Guy de Bor-

goña con la espada, y le cortó la cabeza, y tomó el cuerpo, y lo echó á fuera por una ventana en la cava de la torre, que estava llena de agua, y asi se perdió el cinto, é hizo la hermosa Floripes grande llanto por él, pesó asimismo á los Caballeros quando supieron la virtud que tenia, mas no hubo remedio para cobrarlo.

### CAPITULO XXXVII.

*Como los Caballeros, Floripes, y sus Damas padecieron grande hambre, y como los Idolos del Almirante fueron derribados, y puestos en piezas.*

**V**Iendo el Almirante Balán, que Marpin Nigromantico no venia, fué enojado dello, tanto por el cinto como por él, y llamó sus Consejeros, les preguntó que se havia de hacer? y ellos le dixeron: Señor Marpin es muerto sin duda, pues no viene, manda allegar toda tu gente y darémos combate á la torre, y muy presto serás señor de tus enemigos. El Almirante mandó allegar doscientos mil hombres de pelea, y que diesen combate á la torre con muchos trabucos, y con hondas; duró el combate todo un dia, y no la pudieron ganar: los Caballeros Christianos que estavan dentro, derriba-

ron una parte de los Palacios del Almirante, y con las piedras se defendieron de manera, que los Turcos no se osavan llegar á la torre. Venida la noche mandó el Almirante que no cesase el combate, y acercada la gente empezaron á probar si podrian subir por la pared, los de dentro continuavan á echar piedra, defendiendose maravillosamente, y á la mañana hallaron mas de dos mil Turcos muertos, y otros tantos de heridos. Quando el Almirante supo la gran mortandad que los Christianos avian hecho, estava rabiando, y maldiciendo de sus Dioses; y un Caballero de los suyos le dixo: Señor, no te fatigues tanto, ni te enojas, que bien tendremos modo con que ganes la torre; manda hacer muchas escaleras largas, que lleguen á las ventanas de la torre, y manda apercibir toda la gente de armas, y armados de todas armas subirémos por ellas, y no habrémos miedo de las piedras. El Almirante tubo su consejo por bueno, y luego mandó hacer las escaleras, y truxeron presto cinquenta dellas, y los Turcos muy armados empezaron á subir por ellas. Y viendo Floripes subir seis Caballeros por la una escalera, dexólos subir hasta la ventana, y con una hacha de armas que tenia en las manos, dió tal golpe al primero, que dió con él, y con los otros en el suelo: y todo esto vió el

Almirante su padre, y por ello se mesó las barbas, maldiciendo la hora en que se engendró: y por otra escalera subian á otra ventana otros tantos Caballeros, y Ricarte de Normandía tomó un grueso canto, quanto pudo levantar, y le echó por la escalera abaxo, y derribó todos los que subian por ella en el suelo, matando á muchos, y viendo esto los otros, ninguno osó subir, y en esto pasáron algunos dias, de manera, que faltó la provision en la torre, y estuvieron dos dias sin comer pan. Viendo esto Don Roldán, dixo á los otros: Señores, pareceme que la necesidad nos forzará á hacer ahora, lo que habiamos de hacer antes: morir encerrados, ninguna honra alcanzamos, pues la vitualla nos falta, aparejemonos para ir á buscarla, que mas nos vale morir peleando en el campo con nuestros enemigos, que padecer hambre, en esta torre. A todos pareció bien lo que dixo Roldán, y acordaron de hacerlo asi; y entonces comenzaron á llorar Floripes, y sus Damas, temiendo la muerte de los Caballeros Christianos, por la multitud de los Turcos, que habia; y con abundancia de lagrimas les dixo: Por cierto Señores, muy poco hace vuestro Dios por vosotros, viendooos en tanta necesidad, que si vosotros creyesedes en mis Dioses, sin duda yá hubieran usado de mi-  
seri-

sericordia con vosotros, y os proveyeran de vituallas. Y Don Roldán; respondió, Señora, muestranos esos Dioses que tu dices, quería vér, si tendrán poder para proveernos de vituallas, ó traeremos socorro de Francia. Y ella le dixo que le placiá, y muy alegre, pensando que creeria en ellos, los llevó por una cueba baxo de tierra, y al cabo della hallaron una sala maravillosamente labrada, y en medio estaba un grande tablado muy rico, en el qual estaban quatro Idolos de la grandor de un hombre, de oro fino, y el uno se llamaba Alapin, el otro Tavalgante, el otro Margot, y el otro Jupin, olia toda la sala tan suavemente, que los Caballeros estaban maravillados. Y entonces dixo Guy de Borgoña á Floripes, Señora, quien hizo estos tus Dioses? Y respondió: Dos Plateros los mejores Maestros que en todo el mundo se pudieron hallar. Y Guy de Borgoña le dixo: Quien dió á este oro el poder que tu dices que tienen? Y ella estuvo dudando sin responderle. Y él le dixo: Los Maestros que los hicieron no eran hombres mortales, como nosotros? Y ella dixo que si. Y Guy de Borgoña le dixo: Y si quisiesemos ahora hacer otra cosa alguna, no la podriamos hacer del mismo oro? Ella le dixo: que si podrian. Y él dixo: Luego mas poder tienen los hombres, que  
tus

tus Dioses: Quieres vér como no tlenen ningún poder, sacó luego su espada, y dió al uno con ella en la cabeza, y le derribó en el suelo; y Roldán con la hacha de armas echó á tierra los otros: Y dixo á Floripes: Mira, Señora, el poder de tus Dioses. Entonces Floripes venida á conocimiento de la verdad, viendo que sus Dioses no se movian, dixo: Ahora confieso no haver otro Dios, sino el de los Christianos, al qual humildemente suplico, me quiera dár lugar de recibir su Santo Bautismo, porque mi alma no sea agena de su Santa Gloria, y á vosotros quiera sacar de tanta afrenta, y desto huvieron muy gran placer los Caballeros.

### CAPITULO XXXVIII.

*Como los Caballeros Christianos salieron de la torre, y dieron batalla á los Turcos que los tenían cercados, y tomaron la provision que tenían en el Real.*

**E**Stando Floripes, y los Caballeros en estas razones, una Dama de Floripes cayó en el estrado desmayada de hambre, y no se halló en la torre bocado de pan, ni otra cosa que dárle, y desto huvieron gran lastima los Caballeros, y mas la linda Floripes, y orde-  
na-

naron de salir, y dar descuydadamente en el Real del Almirante Balán: y rogó Oliveros al Duque de Naymes, que se quedase en la torre en compañía de las Damas, para abrirles quando volviesen. Y el Duque le dixo: Señor Oliveros, aunque soy mas viejo que ninguno de vosotros, no por eso dexaré de hacer mi dever contra mis enemigos, y pidoos por merced, que no me deys tan presto oficio de Portero, y asi rogaron todos al Conde Tierri, que quisiese quedarse; y asi quedóse en guarda de la torre, y las Damas, y ellos se subieron á la camara de Fierabrás, y tomaron sendes lanzas, y cavalgaron en caballos que habian quedado del Almirante Balán, viendo que el Almirante, y su gente estaban descuydados, salieron de la torre, y acometieron á sus enemigos con tanta ferocidad, que en poco tiempo llegaron hasta la tienda del Almirante Balán, matando, y derribando Caballeros, y Peones: y el Almirante viendo esto, fue prestamente armado, y con él su sobrino el Rey Clarion, el mas esforzado, que en toda aquella tierra se hallaba, despues de Fierabrás. Y quando el bueno de Roldán los vió, buelto á sus compañeros, les dixo: Señores, ahora se nos ofrece ocasion para ganar honra, y fama: no nos desmandemos, y con la orden que hasta aqui havemos

teni-

tenido entremos en nuestros enemigos, haciendo cruel matanza en ello, hasta quitarles los bastimentos, y el uno procure ayudar al otro, que Oliveros, y yo llevaremos la delantera, y no se espante nadie de la multitud de los Turcos, con los grandes aprietos, son conocidos los buenos Soldados, y en ellos se alcanzan las crecidas honras: y si á estos delanteros vencemos, con muy poco trabajo seremos Señores de todos los otros, estos son la flor de todos los hombres de guerra, que tiene el Almirante Balán, y llevaremos de comer á la hermosa Floripes, y á sus Damas, que con muy gran deseo nos estan esperando: Y diciendo esto, llegaron los Turcos con grandes alaridos, y llevaba la delantera dellos un Rey Moro, que vino de muy lexos en ayuda del Almirante Balán, y se llamaba Rapin. Viendole venir el noble Oliveros, le salió á recibir con la lanza en el ristre, y fueron los encuentros tales, que el Turco cayó en el suelo muerto; y luego salieron dos Caballeros suyos, para vengar su muerte, y el uno encontró con la lanza á Oliveros, y se la quebró en el escudo; Oliveros echó luego mano á la espada, y de los primeros golpes que le dió, cayó el Turco en tierra muerto, y el otro compañero no le osó esperar, y dió á huír. En este tiempo Don Roldán derribó diez

y ocho Turcos á vista del Almirante Balán, el qual cobró tan gran temor, que no empezó á retirarse, por huir del furor de los esforzados Christianos: y viendo esto Guy de Borgoña, dió de espuelas al caballo, y derribando Turcos á una parte, y á otra, los siguió hasta su tienda, peleando solo con gran multitud de Turcos, que le defendian la entrada de la tienda; y los Caballeros Christianos, haciendo gran matanza en la gente del Rey Clarion, y viendo Oger de Danois que venian por un camino veinte acemillas cargadas, de vitualla, dixole á Don Roldán, y llamó á Oliveros, sin conocer la falta de Guy de Borgoña, y fueron ácia las acemillas, sin que se lo impidiesen mucho los Turcos, que yá no les osavan esperar. Venian en guarda de las acemillas docientos de á pié, y treinta de acaballo, y se pusieron á defender la vitualla, y en poco rato mataron la mayor parte dellos, quedando los Christianos dueños de las acemillas; y para conducir las á la torre, hubieron de pasar por medio del Real.

## CAPITULO XXXIX.

*Como Guy de Borgoña fué preso.*

**E**L noble Guy de Borgoña quedó solo en el campo, desamparado de sus compañeros,

y

y rodeado de toda la gente del Ejército, y peleó la mayor parte de la noche, y dió con la tienda del Almirante Balán en el suelo, y despues que le mataron el caballo, se vió entre tantos cuerpos muertos, que no podia dar un paso sin pisarlos: y no que queria amanecer, fatigado, y herido en muchas partes de su cuerpo, dió un tropezon, y cayó, y asi fue preso, y atadas las manos, y tapados los ojos, fue llevado al Almirante, que temeroso de su espada, se avia desviado de su gente. Viendose Guy de Borgoña en poder de sus enemigos, y creyendo ser yá la postrimera hora de su vida, dixo: O mi Jesus, verdadero Dios, y Hombre! No desampares, Señor, á tu convertida Floripes; porque consolada de Tí, no se desvie de su buen proposito. O Caballeros Christianos! Dios os guarde de tanta desdicha, quanto á mi, sin ventura oy ha ocurrido. Y el Rey Clarion le dixo: No procures Christiano de quexarte, pues no te ha de aprovechar, que asi te llevaremos al Almirante, y luego serás ahorcado. Y él le preguntó quien era, que asi le amenazava; y él le respondió que era el Rey Clarion: y dixole Guy de Borgona: Mucho me amenazas ahora que no tengo armas, y quando las tenia no me hablabas, ni aun esperavas que te hablase; Llegado Guy de Borgoña ante el Almirante, todo demuda-

mudado, y descolorido asi por haver estado dos dias sin comer, como por el gran trabajo de la batalla, mandó al Almirante que fuese desarmado de todas sus armas; y porque para desarmarlo era necesario quitarle las ataduras de las manos, fue primeramente desarmado de las piernas, poniendole á cada pié una cadena gruesa, y con ella le ataron á un poste, y despues le soltaron las manos; y le quitaron todas las armas; y estava tal, que el Almirante no le conocia, y le preguntó quien era; y él respondió: No te negaré la verdad: sepas que á mi me llaman Guy de Borgoña; soy sobrino del muy poderoso Emperador Carlo Magno, y primo del muy noble, y esforzado Don Roldán. Y el Almirante le dixo: Mucho tiempo ha que te conozco, y grandes males me has hecho, y por tus amores mi hija Floripes dió mi fortaleza á mis enemigos, y á mi me entregára en tu poder, si mis piadosos Dioses no me guardáran, los quales te han traído á mis manos, paraque toma entera venganza de ti. Y dime quienes son los compañeros que en la torre quedan, que tan grande guerra me haveis dado? Y le dixo: Los que estan en la torre son todos hombres de noble sangre, y muy amados amigos, y Vasallos del poderoso Emperador Carlo Magno: por tanto no dudes, que

esos agravios que les haces, te serán bien demandados. Y viendo un Turco, que el Almirante habia recibido enojo desto, quiso dár á Guy de Borgoña una puñada en la cara, el reparó con el brazo izquierdo, y con la mano derecha le asió de los cabellos y le traxo á sus pies, y le puso el pié sobre el pescuezo, y antes que le pudiesen valer le ahogó. Y el Almirante dixo Creo que esta gente es endiablada, ved que ha hecho delante de mi. Y Guy de Borgoña le dixo: Si yerro alguno aqui ha avido, tu hombre lo ha causado, que no le era licito en tu presencia herirme sin tu mandado; mas pareceme, que bien ha recibido la pena de su yerro, que nunca mas pasará á tu mandado. Y asi atado al poste, sin comer cosa alguna, le tubieron hasta otro dia.

Ahora quiero volver á Don Roldán, y á los otros Caballeros, que quedaron en la torre muy tristes, y no menos la hermosa Floripes y sus Damas, por faltar Guy de Borgoña, á quien estimava mucho. No conocieron Roldán, y sus compañeros si se quedaba Guy de Borgoña hasta que entraron en la torre con la bitualla; y quando vieron que no venia, como hombres desesperados, olvidando la hambre que tenian, salieron todos once sin esperar el uno al otro, y entraron con tanta ferozidad en sus enemigos,

gos, que yá no se recelaron dellos, y en poco tiempo mataron dos mil, y alli murió Basin de Gonovois, un principal Caballero, y de su muerte pesó mucho à los Christianos: y por la grande obscuridad de la noche, temiendo que buscando à Guy de Borgoña, se podrian perder, fueron forzados à acogerse à la torre, donde con lastimosos llantos, y gritos que à los Cielos subian de la triste Floripes, fueron recibidos; la qual tirando cruelmente de sus cabellos, y con sus uñas rasgando su hermoso rostro, tendida à los pies de Don Roldán, besandolos muchas veces, le decia: O Caballero noble, duelete de tu muy leal compañero, y pariente de Guy de Borgoña, mi Esposo. Y Don Roldán con un ñudo en la garganta, que casi no le dexava hablar, ni resollar, la levantó del suelo; y buelta à Oliveros, le dixo: Quanto mas mejor me fuera, Señor Oliveros, que el dia que maté al Carcelero por sacaros de la carcel, me mandára mi padre matar à mi, porque no me viera en tanta congoxa, y una sola pena sintiera mi alma al apartarse de las carnes, y no haver conocido á Guy de Borgoña? Ahogada estoy de mil congoxas rodeada, y de mil pensamientos combatida, viendo que por darme à mi vida, fue el noble Caballero à tomar la muerte, murierame yo de hambre delante de

sus ojos, y no me viere yo sin él. O Padre mio! Si supiste que cosa es querer, no me culpes de lo que hice contra tí: cata, que el corazon que engendraste es del Caballero que preso tienes, desde el dia que en Roma lo ví: pues que suyo era, no podria huir de lo que á su servicio cumplia; ni pienses que me arrepiento de haverle amado, antes tendria en poco perder la vida, y diera de buena gana, por sacarle de pena; y si algun paternal amor te ha quedado, duelete de tu apasionada hija; y si por ventura tu quieres vengar de la injuria recibida, tén modo que justamente te vengues; mira que yo sola fui la que maté al Carcelero, por sacar á los Chistianos de la torre; y á la vieja matrona, Aya mia, eché de la azutea abaxo, porque no te dixese lo que hacia por aquellos nobles Caballeros: finalmente los armé, porque de tu saña, y furor se pudiesen defender; y tu torre, tesoros, y tus Dioses de oro los entregué; pues cosa conocida es, que no erraron en tomar los servicios, que con tanto amor les hacia, y ellos tanto menester havian, que lo mismo hicieras tu, si en su lugar te halláras: y pues que en mi sola se halla el exceso, y sola yo fabriqué, y cometí el error, suplicote que no lo pague el inocente Caballero. O Bendita Madre de Dios, en quien mi Señor Guy de Borgoña tiene gran-

devocion! Poned en el corazon del Almirante Balán mi Padre la creencia que en mis entrañas tengo ingerida, porque convertido á tu Benditísimo Hijo Dios, y Hombre, no maltrate tu Caballero. Y dicho esto, y otras cosas con grande dolor, sollozos, y suspiros, que las entrañas le sacavan, cayó en el suelo mas muerta que viva; y Don Roldán la alzó muy presto, y desde que fué tornada en sí, con mas lágrimas que palabras, la comenzó á consolar, diciendola: Señora, por Dios tened paciencia, que vuestro Esposo no es muerto; sed cierta, que antes que mañana anochezca, le traeremos aquí, ó todos perderémos la vida: y mandó traer la provision que havian ganado, y quitado á los Moros, y hallaron muchas viandas cocidas, y asadas, y muchos guisados á uso de Turquía, y comieron todos de aquello, aunque no con el gusto que comerian, sino quedára cautivo Guy de Borgoña

## CAPITULO XL.

*Como los Paganos querian ahorcar á Guy de Borgoña, y como los Caballeros Christianos se le quitaron.*

VEnida la mañana, el Almirante Balán mandó llamar á todos sus Consejeros, y

les preguntó, que se haria de Guy de Borgoña; y ellos le dixeron: Señor, paraque los otros Caballeros escarmienten, manda poner una alta horca en lugar que la puedan vér los que están en la torre, y en ella mandarás ahorcar al Caballero preso, y quedarás vengado de las injurias, que dél has recibido, y mandarás asimismo poner diez mil hombres en celada, porque creemos que sus compañeros no dexarán de venir en su socorro, y los tomarán en medio, y serán todos muertos, ó presos, paraque hagas dellos à tu voluntad. Este consejo aprobó el Almirante, y lo tubo por bueno, y luego mandó alzar la horca, y en un montesico que cerca estava, mandó esconder los diez mil Turcos, y al Rey Clarion que los rigiese, y estuviese atento, para salir quando fuese menester, y mandó asar las manos á Guy de Borgoña, y taparonle los ojos, porque no viese á donde le llevavan, y mandó que tres mil hombres de pelea lo llevasen á la horca, y desque le tubieron en su poder, algunos que en las peleas havian conocido los fieros golpes de su espada, le davan muy grandes palos, y otros puñadas, pensando que en aquello eran vengados. Puesto el noble Caballero Guy de Borgoña en tanta angustia, esperando su postrimera hora, dixo: O Redentor del mundo mi Dios, y mi Criador, por cuyo

nombre voy à recibir deshonradamente la muerte! Por los meritos de tu Santa Pasion te suplico, que recibas mi alma, pues que el cuerpo vá á tomar fin: y asi como tu vés que la he menester, embiame paciencia, porque sea esta muerte en remision de mis pecados. O nobles Caballeros de Francia: Nunca mas me vereis; aunque no dudo, que si esto viene á vuestra noticia, salgais en mi socorro. O noble primo Don Roldán, que malas nuevas llevaréis al Emperador vuestro Tio. O nobles compañeros! encomiendoo la triste Floripes, que no tendrá yá deseo de vivir, sabiendo las tristes nuevas, ni habrá quien la consuele, si de vosotros es olvidada. A este tiempo estava Floripes con los Caballeros Christianos à las ventamas de la torre, mirando como alzavan la horca, no sabiendo para quien era; y quando vieron los tres mil hombres, sospecharon que seria para Guy de Borgoña, aunque no lo podian vér; y Floripes lo conoció, la primera, en los grandes alaridos que los Turcos hacian; y puesta de rodillas delante de los Caballeros; les dixo: O nobles Caballeros, no sean vuestros corazones tan sin virtud, que delante de vuestros ojos consintais, que vuestro leal amigo, y pariente sea ahorcado. O noble Roldán, cuyas grandes hazanas por todo el mun-

mundo son tan conocidas, y cuya lanza, y espada en toda Turquía es temida! Por aquel Dios en quien crees, y adoras, te suplico no desampares á la triste doncella, que á ti se encomienda; no olvides, tu primero el noble Guy de Borgoña, en tanta afrenta metido. Y Roldán la dixo: Señora, tén esperanza en aquella Bendita Virgen, y Madre de Dios, y ruegala que quiera ser en nuestro favor, porque le traygamos con salud delante tus ojos, y mediante su gracia podamos volver á tierra de Christianos y de salir en su favor, no lo dudes, que no dexaremos de poner todas nuestras fuerzas para sacarle de peligro, aunque todo el mundo fuese contra nosotros. Y Floripes derramando infinitas lágrimas por su amoroso rostro, los abrazó á todos, uno á uno, y les dixo que mientras los caballos se ensillasen, se subiesen á la camara de Fierabrás, y se proveyesen de las armas que havian menester. Y armados que fueron los Caballeros, y proveidos de gruesas lanzas, cavalgaron en sus muy vizarros caballos, y antes que saliesen de la torre habló Don Roldán desta manera: Señores, en este dia se nos ofrece tiempo para ganar honra, y ayudar á nuestro amigo, que está para recibir la muerte en manos de nuestros enemigos; si nosotros nos desmandamos, es imposible salir de tan gran-

grande multitud de Turcos, por tanto vos ruego, que no os engañen vuestros esforzados corazones, que por codicia de matar veinte, ó treinta enemigos, no salgais de orden, pues veis que desta manera se perdió nuestro compañero Guy de Borgoña; sino que juntos entremos á la batalla, y que el uno sea de los otros socorridos, y si esto hacemos, aunque seamos pocos en numero, serémos muchos en fortaleza. Antes que saliesen de la torre traxo Floripes el cofre donde estaban las Santas Reliquias, y se humillaron todos con grande devocion, y pusieron el cofre encima de sus cabezas, y encomendose á las Santissima Trinidad, salieron, y vieron los que llevaban á Guy de Borgoña, y que estaban yá cerca de la horca, y dixo el noble Oliveros: Señores, bien es que tomemos la delantera, porque mientras peleamos con los que ván detrás, no reciba muerte de los delanteros. Quando los Turcos los vieron venir, un Capitan llamado Cornifer puso los Turcos en buen orden, y mandó á diez mil peones, que llevasen á Guy de Borgoña á la horca, mientras él iba á dár batalla á los Christianos; y con una gruesa lanza tomó la delantera, y fué á recibir á los Caballeros Christianos: y quando Oliveros le vió, dixo: Señor Don Roldán, perdonadme, que quiero  
fa-

salir à recibir à este Turco, que tan sobervio viene, y le recibió de tal suerte, que dió con él en tierra, y echando mano á la espada, se metió por medio dellos, como lobo carnívero en medio del ganado, y asi se trabó una muy cruda batalla, con esto fueron detenidos buen rato los Christianos, que no pudieron pasar adelante. Y alzado Don Roldán sobre los estrivos, vió la escalera en la horca, y que subian al buen Caballero por ella, para ahorcarle; entonces dixo á los otros: Señores, no nos tardemos mucho, y cada uno de vosotros procure seguirme, que Guy de Borgoña está en la escalera de la horca. Entonces todos los Caballeros, olvidando todo el temor de morir, y puestos en buen orden, entraron por medio de los enemigos, guiandolos Don Roldán, que yá era tan temido de los Turcos, que ninguno se osava poner delante, y á su lado hiva Ricarte de Normandía derribando Caballeros, y peones: al otro lado hiva Oliveros desguarneciendo arneses, y cortando brazos, y piernas, sin dar golpe en vago; y Oger de Danois traia todas las armas teñidas en sangre de sus enemigos. Llegados al pié de la escalera, tuvieron gran lastima de el buen Caballero, que tenia una soga de esparto en el cuello, y mientras los otros peleaban, saltó Ricarte de Norman-

dia del cavallo, y se la quitó, y soltó las manos, abrazandole muchas veces. A este tiempo salieron los diez mil, que estaban en celada, y como Oliveros los vió, tomó por la rienda un poderoso caballo, que entre ellos andava suelto, y lo llevó con presteza á Ricarte de Normandía, y le dixo: Procurad de armar luego á Guy de Borgoña, y que cavalgue presto en este cavallo, y venga al punto á la batalla, porque vienen diez mil Turcos de refresco. Dicho esto, volvió para sus compañeros, y vió á Gerardo, de Mondier á pié, cercado de mas de cien Turcos, que trabajaban mucho por darle la muerte; y arremetió con tanto denuedo, haciendo tales hechos con su espada, que muy presto llegó donde estaba Gerardo de Mondier, y se le puso delante, porque no le hiriesen; peleando los dos compañeros, arrimandose quanto podian á los otros; vió Gerardo como un noble Moro volvia la rienda, por no encontrar con Oliveros, y ofreciendosele tiempo, dió una remetida, y saltó en las anca del caballo, dió con el Moro en el suelo, y asi fueron todavia peleando, hasta que se juntaron con los otros, y dixo Oliveros: Señores detengamonos, y esperemos á Ricarte de Normandía, y Guy de Borgoña, porque nos topen juntos, para acometer á los que vienen

nen de refresco; mas no pudieron esperar tanto, que vieron los Turcos que estavan en la celada; y los Caballeros, que estaban sin lanza, recelaron los primeros encuentros, é ivan Roldán, y Oliveros delante amparando los otros, embarazados los escudos; y las espadas en las manos, y á los primeros encuentros mataron el caballo de Roldán, y un Turco le dió un gran golpe en el yelmo, y despues vió alzar la espada á Roldán para herirle, quiso huír, mas no le dió lugar, porque le alcanzó con Durandál en el hombro, y le partió hasta los pechos; deste golpe sus enemigos cobraron gran temor, y en poco tiempo derribó Roldán quince Turcos: y viendo uno del daño que Roldán hacia, queriendole herir à su salvo le tiró la lanza, y Roldán desvió el cuerpo, y se fué muy presto à él, y tomándole por el brazo, le derribó en el suelo, y saltó ligeramente en el caballo, del qual havia derrivado al Turco, y tomando la lanza, empezó à discurrir por una, y otra parte derribando quantos se le ponian delante, sin tener, ni guardar orden ninguna: y rogó à sus compañeros, que no se saliesen della, y que esperasen à Guy de Borgogna, y à Ricarte de Normandía, mientras el andava por el campo mirando à donde estaban los Capitanes, y los mas principales del Real;

ÿ fueron sus recios golpes tan conocidos, que así ivan huyendo dél sus enemigos viendole como huye el ganado del lobo. Y luego que fué armado Guy de Borgoña, cavalgó en un poderoso caballo, y dixo à Ricarte de Normandía. Mirad Señor Ricarte lo que hace Roldán, que lo que el solo hace, havia por cien buenos Caballeros no veis como huyan dél los Turcos? Vamos nosotros por aqui, y atajaremos à los que ván huyendo, y vengarme he de ellos; y tomando la delantera, hizo Guy de Borgoña tan gran matanza, que Don Roldán estava espantado, y muchas veces olvidava el pelear, por vér quan bien jugaba de las armas; de manera que los Turcos que huían de Don Roldán venian à dár en manos de Guy de Borgoña, y de Ricarte de Normandía; y los que destos se escapavan, los recibia Roldán: y llegado Roldán à donde estava Guy de Borgoña, le abrazó con mucho amor, y le dixo: Mucho me place primo, que os hayais vengado de vuestros enemigos. Mayor venganza hiciste vos en ellos, dixo Guy de Borgoña; y estando en esto llegaron los otros nueve Caballeros, y Guy de Borgoña los abrazó á todos, dandoles muchas gracias del trabajo que por él havian recibido. Viendose los Caballeros libres de sus enemigos, dieron infinitas gracias à

Dios,

Dios, y mirando el campo, fueron muy maravillados del gran numero de muertos que vieron; y dixo Roldán, Alabado sea Dios, que hubo piedad de nosotros; y dixo Oliveros: Señores vamos á consolar á Floripes, y á las Damas, que están con pesadumbre de vuestro mal; y Guy de Borgoña le respondió. Que harémos en la Torre sin vituallas? Mas nos vale morir en el campo peleando, que en la torre de hambre, sigamos nuestros enemigos, y les tomarémos la provision que tienen; y todos fueron deste acuerdo. Viendo la hermosa Floripes desde un ventana que iban adelante, á grandes voces llamó á Guy de Borgoña, y el noble Caballero con los otros, se arrinó al pié de la torre, y hablaron á Floripes, que estava muy alegre, y la dixeron, les era forzoso seguir sus enemigos, por tomarles la provision; y asi se despidieron della.

### CAPITULO XLI.

*Como los Caballeros Christianos tomaron todas las provisiones que hallaron en el Real, y como la torre fue combatida.*

**P**Usieronse los Caballeros en orden, y fueron en busca de sus enemigos, los quales  
pen-

pensando descansar, muchos dellos havian dexado las armas, y viendo el Almirante los Christianos, dió grandes voces á los suyos, diciendoles, que se armasen presto, y defendiesen las vituallas. Y se allegaron todos á unas tiendas adonde tenian toda la provision de todo el Real. Y conociendo esto los Caballeros Christianos les dieron cruda guerra, y mataron muchos dellos, y duró la batalla hasta la noche: y quando pensaron los Turcos que los Christianos se recogerian, entonces les hicieron mucha mayor guerra. Y como ellos no osavan huir por miedo del Almirante Balán, murieron tantos, que los Christianos estaban todos teñidos en sangre, y cansados de herirlos, entrando en las tiendas llevaron doce caballos cargados de pan, y carne, caza, y otros muchas provisiones, y volviendose con ellas para la torre, hallaron el cuerpo de Basia de Beuevoys su compañero, y lo llevaron á la torre, donde fueron con grande alegria recibidos de las Damas, especialmente Guy de Borgoña de su muy amada Floripes, la qual le tenia en sus brazos, que no lo creía, tenia tanto placer de verlo, que no se podia hartar de mirarlo, y dexandolo á él, se puso á los pies de Roldán, queriendoselos besar, y los abrazó á todos, uno á uno, dandoles muchas gracias por lo que havian

via hecho por Guy de Borgoña, y puestas las mesas, cenaron con gran placer.

No cumple dexar de decir la pena, y enojo que el Almirante Balán recibió quando supo que los Christianos estaban yá proveídos de vituallas, que siempre pensó tomarlos por hambre; y renegando de sus Dioses, y maldiciendo la hora de su nacimiento, y su mala fortuna, decia: O malaventurado viejo, olvidado de sus Dioses. y de toda su gente! No puedo creer, que mi gente ose pelear contra estos Christianos, ó ellos estan encantados, que tan gran destroza han hecho en los míos. O ingrato Corlo Magno! Como puedes olvidar los nobles Caballeros? Por cierto ninguna razon tienes de olvidarlos, pues que tu Corte es por sus grandes proezas muy honrada. Con estos doce podrias dár guerra à todo el mundo; y yo con docientos mil no oso estar en el Campo. O quanta merced me harian mis Dioses, si estos Caballeros quisiesen vivir conmigo! Yo les perdonaria todo mi mal, y les haría muy mayores mercedes de las que les hace Carlo Magno: y estaba tan enojado, que ninguno de los suyos osava parar delante del, y estuvo toda la noche en estas queexas, paseandose por su sienda. Venida la mañana, mandó llamar à sus Consejeros, y les pregunto, que les parecia

cia que se avia de hacer; y ellos dixeron, que hiciese apereibir toda su gente, y diese combate à la torre, que no tendrian los Christianos cosa alguna con que defenderse; y luego fué hecho: mas los Christianos se defendieron varonilmente, tirandoles piedras, ladrillos, y texas. Floripes, y sus Damas estaban á las ventanas tirando osadamente à sus enemigos, y desto tenia gran enojo el Almirante Balán, y de que vió que el combate no le havia aprovechado, antes havia perdido de los suyos, y estaban muchos descalabrados, tornó á maldecir nuevamente su fortuna, quexandose de sus Dioses; y dixole un Caballero: Señor creo que quando los Christianos entraron en tu torre, perdieron tus Dioses todo su poder, pues en ninguna cosa te ayudan. El Almirante le dixo, que callase, y no dixese tales razones, que creía que sus Dioses, aun le traerían los Christianos, y su hija Floripes en su poder.

## CAPITULO XLII.

*Como la torre en que estaban los Caballeros fue minada, y cayó una parte della: y como se pusieron á punto para salir á la batalla.*

**E**Staba muy enojado el Almirante Balán con los Caballeros Christianos, y no me-

nos con su hija, y buscando todos los modos posibles para vengarse dellos, mandó llamar á un gran encantador, que en su tierra estava; y viniendo, le dixo si sabia dar algun modo para ganar la torre, él le dixo que sí, y al otro dia por la mañana mandase apercebir su gente para resistir á las Caballeros Christianos, si de la torre saliesen, que en breve tiempo la haria arder toda. Venida la mañana, el encantador, que se llamaba Mabron, hizo subitamente encender las quatro esquinas de la torre: y quando los Christianos la vieron arder, armaronse muy prestamente para salir, y Floripes les dixo, que se estuviesen quedos, que ella sabia como se hacia aquel fuego; y diciendo ciertas palabras, lo hizo morir. Bien conoció el Almirante que aquello lo havia hecho Floripes, y juró á sus Dioses de hacerla quemar; y mandó á su encantador, y á otros hombres ingeniosos, que buscasen otros ingenios para combatir la torre, y mandaron hacer grandes reparos con mucha madera, y puestos sobre unas ruedas los llevaron al pié de la torre para guardarse de las piedras, y dieron otro combate: y como los Caballeros no tuviesen que tirarles, consertaron de salir á sus enemigos; mas Floripes les dixo, que esperasen un poco, y baxó á un sotano donde estava

tava el tesoro de su Padre, y traxo muchas piezas de oro, y plata, y dixo á los Cavalleros, que tirasen con ellas, que tambien matarian á quien tocasen como las piedras: y despues les traxo todos los Idolos, y Dioses, y otras muchas piezas de batalla, que eran todas de oro fino, y plata, y los cortaron todos en piezas, y con ellas tiraban á sus enemigos. Quando los Turcos vieron tanto oro, y plata, olvidaron el combate por cogerlo, y sobre ello hubo grande matanza entre ellos; y mandó el Almirante cesar el combate, y recoger la gente, diciendo, que de aquellos se seguian dos daños, que moria su gente, y perdia sus tesoros; y recogida la gente, mandó curar los heridos, y dixo á los otros que descansasen aquella noche, y á la mañana volviesen al combate, y con los ingenios, y reparos fuese minada la Torre. Venida la mañana, se puso luego por obra, y con la mina hicieron caer una esquina de la Torre. Viendo esto Floripes, tomó otra vez de los tesoros, y con ellos tiraba por las ventanas, y sobre coger de ellos, hubo tambien gran contienda entre los Turcos; y entrando el Almirante caballero en un caballo, los metió en paz, y mandó pregonar, que só pena de muerte, ningano fuese osado de baxar á coger de ellos por mas que

tirasen, y les mandó, que descansasen todo el dia, y que la noche minasen la otra esquina de la torre, y el Almirante se fué á cenar; y estando en lo mejor de la cena, acordaron de salir todos muy bien armados en sus caballos, dieron con los enemigos, que estaban muy descuydados de su venida, y viendolos se pusieron en defensa algunos, y otros se fueron huyendo hasta la mesa del Almirante, que estava con el Rey Explorante su sobrino, que nuevamente era venido de allende con mucha gente en favor suyo; el qual fué prestamente armado de un muy lucido arnés, y un yelmo muy rico, y cavalgó en un poderoso caballo, con una gruesa lanza en la mano, y él delante de todos los suyos, y salió á dár batalla á los Christianos, y topó primeramente con Don Roldán, y cobró la lanza en su escudo, y luego echó mano á la espada; mas Don Roldán le dió tal golpe en la cabeza, que le pasó hasta la carne, y cayó del caballo; y uno de los suyos dió grandes voces, diciendo, Socorro, Caballeros, que el Rey Explorante es derribado del caballo. Y oyendo esto Don Roldán, le tomó por un brazo, arrastrandole hasta la torre, y los otros le siguieron, pensando que llevaban al Almirante Balán.

## CAPITULO XLIII.

*Como los doce Pares de Francia ordenaron, que uno de ellos fuese á hacer saber á Carlo-Magno el peligro en que estaban.*

**A** Viendo estado los Caballeros tanto tiempo en la torre sin socorro alguno, desconfiados yá del socorro de Carlo Magno, estaban muy tristes, y dixo el Duque Naymes: Señores, el Emperador Carlo Magno no debe saber á donde estamos, y no dudo que no tenga tanta congoja de nuestra necesidad; y si de uno de nosotros no es informado, jamás oirá nuevas de nos; que este lugar es muy desviador, y por él nunca pasan los Christianos; y allende de esto el Almirante Balán habrá mandado guardar todos los pasos, porque nadie lleve las nuevas á los Christianos: por tanto me parecia de mi consejo, que uno de vosotros se partiese secretamente para el Emperador Carlo Magno, que sin duda, si él supiese donde estamos, él vendria con todo su poder á buscarnos. Y Guy de Bargaña le respondió: Señor Duque Naymes, por demás es hablar en esto, que es imposible pasar hombre alguno, sino que fuese bolando; vos veis toda la

tierra cubierta de Turcos, y sabeis que no puede nadie pasar á tierra de Christianos, sino por la Puente de Mantible, y sabeis las fuerzas, y las guardas que en ella hay; ved pues, como pasará un hombre solo, ni aun muchos, sin grande peligro. Y viendoles Floripes que estaban muy tristes con estas razones, les dixo: Señores, es de pensar que Carlo Magno sabe á donde estais, aunque no sabrá de la necesidad que teneis, que bien supo como los cinco fueron presos, quando Oliveros venció á Fierabrás mi hermano, vosotros venisteis por su mandado con Embaxada al Almirante, y con otros negocios, y por falta de gente no habrá podido venir á vuestro socorro, mas no creais que os tenga olvidados: por tanto no os fatigueis, y esperad aun algunos dias, y si no viene socorro, qualquiera partido hará el Almirante con vosotros, por rescatar este Rey que teneis preso, que le quiere mucho; y es hijo de una hermana súa, y es Señor de grandissima renta: Les pareció muy bien á todos lo que Floripes dixo, y esperando algunos dias, y viendo Roldán, que la vitualia se les acababa, y que socorro no les venia, dixo que queria ir á Carlo Magno, con la ayuda de Dios, él traería muy presto socorro; y el Duque Naymes le dixo: Señor Roldán, mas vale que qualquiera de nosotros  
vaya,

vaya, que no vos, que sois nuestra guia, y nuestro Capitan; que si los Turcos supiesen que no estavades con nosotros, nos darian mayor guerra de la que nos han dado, y podriamos peligrar; por esto, si vos quereis, yo iré de buen grado. Y asi cada uno con muy sanas entrañas se ofrecia á tan grande peligro, por traer socorro á sus compañeros, rogando todos, que en ninguna manera fuese Don Roldán. Y no sabiendo determinadamente á quien havian de embiar, dixo Ricarte de Normandía: Señores, yo tengo un hijo, como sabeis, que yá trae armas, y segun sus principios, será buen Caballero; y si por ventura yo muriere, ó fuere preso en este camino, tengo quien me venga: porende me es mas conveniente la ida, que á ninguno de vosotros; y si os pareciese, me pondré luego en camino, porque antes que os falte la provision, pueda traer socorro; y asi concluyeron que fuese, aunque á todos pesaba, por el gran peligro á que se ponía: y dixo Ricarte de Normandía, á la noche calladamente se saldría de la torre, y tomaria su camino para la Puente de Manible. Y Don Roldán le dixo: Señor Ricarte no creais esten los Turcos sin velas: por esto en amaneciendo saldremos todos juntos y los acometeremos, y despues que los vieredes metidos en la batalla, os desviareis, y tomareis

vuestro camino, que yo les daré tanto que hacer, que no tendrán lugar de seguirlos. Levantaronse los Caballeros dos horas antes que amaneciese, y despues de bien armados, abrazaron todos á Ricarte de Normandía con grande amor encomendandole á Dios, que le quisiese guardar de todo peligro; y fué el buen Caballero Ricarte de Normandía á despedirse de Floripes, y ella con abundancia de lagrimas, le abrazó muchas veces, y sacó el cofre, y le mostró las Santas Reliquias, y se humilló devotamente, y derramando infinitas lagrimas, se encomendó á su Criador, y se despidió de Floripes, y de las demas Damas, baxó donde los otros Caballeros le estaban esperando, y cavalgando en sus caballos, salieron de la Torre, y hallaron toda la gente del Rey Esplorante aguardando á la salida de la Torre, y se comenzó una muy cruda batalla; é hicieron tanto los Christianos, que los retiraron á las Tiendas donde estaba el Almirante, mas no sin gran trabajo; y tanto se metió Ricarte de Normandía por el Ejército adentro, que quando quiso salir no pudo, y no cesando de herir en sus enemigos, dió un gran grito porque supiesen sus compañeros donde estaba; y oyendolo Oliveros, se metió como ferosisimo Leon entre los Turcos, y en breve tiempo le hizo camino por donde pasase.

Y viendo Ricarte de Normandía, que yá quería amanecer, y tenia lugar oportuno, se puso en camino para tierra de Christianos.

## CAPITULO XLIV.

*Como el Rey Clarion siguió á Ricarte de Normandía, y como Ricarte le mató, y tomó su caballo.*

**P**uesto en camino Ricarte de Normandía, hubo de meterse por un monte, desviandose de todo camino, por la multitud de los Turcos que venian al Real del Almirante, y como subiese por un recuesto, siendo ya de dia claro, fué visto de ellos. Y sabiendo el Rey Clarion, mandó presto apercibir su gente para seguirle. Y quando Ricarte de Normandía estuvo encima del recuesto, no sabiendo que nadie le siguiese, apeóse del caballo, que estava cansado, y quitóle el freno paraque paciese. Y estando arrimado á un arbol con crecida congoxa, asi por el peligro que esperaba en pasar la Puente de Mantible, como por dexar á sus leales compañeros, cercados de tanta multitud de Turcos, vió al Rey Clarion, caballeros en un poderoso caballo, mirando á todas partes si le veria. Y sintiendo el caballo de Ricarte de Norman-

mandía las pisadas del caballo del Pagano, se fué muy presto á donde estaba su Señor, para que cavalgase, y Ricarte le enfrenó, y cavalgó en él; venia el Rey muy lexos de los suyos, y quando vió á Ricarte de Normandía, le dixo: Juramento hago, á mis Dioses, Christianos, de volverte al Almirante, antes que tengan tus compañeros espacio de socorrerte, como hicieron al otro que llevamos á la horca. Y Ricarte le dixo: Con toda tu gente no me pudiste prender, ni hacer daño, y ahora tu solo te piensas llevarme al Almirante? Y el Rey Clarion le dixo: Al pié del puesto dexé quatro mil hombres de pelea, que muy presto serán aqui: por tanto, dexa las armas, y vente conmigo, que imposible te es escapar de nuestras manos, y Ricarte de Normandía le dixo: Mientras los Turcos vienen, piensa de ser buen Caballero. Y abaxadas las lanzas, se encontraron con grandisimas fuerzas, y corazon, y de los encuentros, el caballo de Ricarte de Normandía, que muy cansado estaba, cayó en el suelo, mas luego fué el Caballero en pié con la espada en la mano, y dió tal golpe al Rey Clarion, que de su escudo hizo dos partes. Y sintiendo Ricarte las pisadas de la gente del Rey Clarion, dióle tan grande golpe en el brazo derecho, que la espada le hizo saltar de la mano, y asíole del bra-

zo, y le sacó de la silla, y cortóle la cabeza, y saltó en su caballo, que mas descansado estaba que el suyo. Era este caballo maravillosamente bueno, y era de la cabeza hasta medio cuerpo muy blanco, con unas pecas vermejas, y del medio cuerpo atrás era vayo, con unas pecas negras, y tenia el pelo largo como el dedo, y la cabeza pequeña, y tenia los ojos grandes, y blancos, y las orejas muy cortas, y redondas; las narices muy romas, y las ventanas muy abiertas, y de la parte de dentro muy coloradas, que parecia que echava sangre por ellas, y el pescuezo muy ancho, y corto: la silla era de marfil, muy ricamente labrada; la cola no muy larga, y las cerdas della gordas, y al cabo esparcidas, que quando corria, parecia que trahia una grande ala; era muy ligero, que por correr diez leguas á rienda suelta, jamás le vieron sudado, ni cansado. Y quando se vió Caballero en aquel caballo, quiso matar al suyo, porque no quedase en poder de los Paganos, y despues dixo; buenos servicios he recibido de ti, no es razon de darte mal galardou. Dios te lleve en poder de Christianos, mucho me pesaria, que cavalgase en ti Moro alguno, que pocos caballos hay en el mundo mejores que tu: sintiendo el ruido que trahian los del Rey Clarion, sin seguir camino alguno, comen-

zó de caminar ácia la Puente de Mantible, y su cavallo se volvió por donde havia venido: y quando la gente del Rey Clarion le vieron, pensaron que Ricarte de Normandia, era muerto, y quisieronlo tomar, mas no pudieron, y pasó por el Real de los Paganos, sin que le pudiesen tomar, ni osasen llegar á él; y quando el Almirante le vió dixo: O muy noble Rey Clarion, mi sobrino muy amado, en grande merced te tengo lo que oy has hecho por mi. Mataste al Mensajero de los Christianos, del qual nos podia venir gran daño, si á Carlo Magno llevara las nuevas de sus Varones. Y el caballo no paró hasta la puerta de la torre, y quando los Caballeros lo vieron, con grande congoxa baxaron á abrirle, y luego entró, y dixo el Duque Naymes con tanto dolor, que casi no podia pronunciar las palabras. O noble Ricarte de Normandia, nuestro especial amigo, mucho me pesa de tu partida, mucho mas de las malas nuevas que tu caballo nos traxo. Dios por su piedad quiera recibir tu anima en su santa gloria. Y Roldán dixo: O mi leal amigo, mucha culpa tengo en tu muerte por haver consentido en tu partida, habiendo tan grande peligro en ella, mucho mejor nos fuera esperar el socorro de Dios, pues el de Carlo Magno no venia. Mas de una cosa eres bien seguro, que tu muerte será

será bien vengada. No volveré jamas en la torre, ni Durandal meteré en la bayna; hasta que al viejo Almirante corte la cabeza, y á los demas que quisieren estorvarme la venganza del agravio, que de su gente ha recibido nuestro amigo Ricarte de Normandía, segun me lo asegura la vuelta de su caballo; y asi dixo á los demas, que se aparejasen, que no era bien dexar á los Moros sin castigo, y darles bien á conocer quanto estimavan á su buen compañero; y dicho esto partieron todos con mucho animo.

## CAPITULO XLV.

*Como la gente del Rey Clarion halló á su Señor muerto en el campo, y como le llevaron al Real del Almirante Balán*

**C**Orriendo la gente del Rey Clarion trás de Ricarte de Normandía, hallaron á su Señor muerto en el campo, é hicieron gran llanto por él; y asi llorando amargamente su muerte, lo llevaron al Real, y dexaron de seguir á Ricarte; y ya que llegaban al Real, oyó el Almirante los alaridos que hacian, y á pie, y armado como estaba, los salió á recibir, y con gran pesar les preguntó por su primo el Rey Clarion; y le respondió un Caballero,

llero, que de su muerte tenia un gran pesar: Señor, en mala hora venimos en tu socorro, y en peor seguimos al Mensagero de los Christianos; tu perdiste un especial Capitan en el Rey Clarion, y nosotros perdimos á nuestro natural Señor.

Antes que el Tarco acabase de hablar, cayó el Almirante de su estado amortecido, y estuvo muy gran rato mas muerto, que vivo: por lo qual se hizo muy doloroso llanto por todo el Real; y oyendo los Caballeros Christianos que estaban en la torre, los grandes gritos que davan los del Real, salieron á las ventanas para saber que cosa era; y Floripes entendió luego, que el Rey Clarion era muerto, y con el grande placer que dello tenia, lo dixo á Guy de Borgoña, y á los otros Caballeros, y dieron todos gracias á Dios por ello, y fueron muy alegres, y con esperanza de socorro; y buuelto en si el Almirante, tirando con rabia de sus cabellos, y barbas blancas, maldiciendo á sus Dioses, y amenazando á los Christianos, mandó llamar un Correo Oragés, y dixole; Yá sabes como el que mató al Rey Clarion es ido con Mensage al Emperador Carlo Magno, para informarle de la necesidad en que están sus Varones; y segun el poder de Carlo Magno, gran daño nos puede venir desto: por tan-

to te mando, que muy presto lleyes mis cartas á Galafre, guarda de la mi Puente de Mantible, y decirle, que estoy muy enojado con él, porque dexó pasar los siete Caballeros de Carlo Magno, que tan grande daño nos han hecho, y que se guarde bien de dexar pasar al Mensagero, que oy se partió de aqui; y si no, que le haré ahorcar de una ventana de la torre, y tu has de ir muy presto, porque llegues á la Puente antes que el Mensagero de los Christianos: Señor, dixo Orages, de eso pierde cuidado, que yo llegaré antes que él, aunque lleve buen caballo. Y llegado Orages á la Puente de Mantible, dixo á Galafre, yo soy Mensagero del muy poderoso, y muy temido Señor el Almirante Balán, el qual te manda, só pena de perder la vida, no dexes pasar un Christiano, que ha de venir por aqui, que lleva Cartas para el Emperador Carlo Magno de unos Caballeros suyos, que estan cercados: y á mas desto está muy mal contento de ti, porque dexaste pasar el otro dia ciertos Caballeros Christianos, que le han hecho grandes daños. Quando Galafre oyó el Mensagero, y leyó las Cartas del Almirante, subió encima de la torre, y tañó una vocina, y en muy poco tiempo se juntaron á la Puente de Mantible tres mil Turcos armados, Caballeros, y peones, y salió

con ellos por todos los caminos, buscando al Mensagero de los Christianos.

## CAPITULO XLVI.

*Como Ricarte de Normandía pasó el rio de Flagot milagrosamente, mediante un Cier-vo blanco, que le guió.*

**R**icarte de Normandía, Mensagero de los Christianos que quedaron en la Torre, estaba muy deseoso de llevar socorro á sus compañeros, y por eso temia mucho la pasada de la Puente, y estando de diversos pensamientos combatido, andando todavia adelante; sintió pisadas de caballos, y grande bullicio de gente, y mirando á una parte, y á otra, vió grande numero de la gente de Galafre, y con crecida congoja se desvió de ellos, diciendo: O Jesus, Rey de la Gloria! En esta hora te suplico seas en mi guarda, porque mediante tu gracia, pueda llevar socorro á tus Caballeros, que de tantas angustias dexé cercados: el Rio es muy crecido, y las guardas de la Puente son muchas; por donde conozco, que sin tu ayuda, ni á mis compañeros llevaré socorro, ni podré evitar la muerte. Diciendo esto, vió delante de sí diez Caballeros armados, que con gran-

grandes voces le amenazaban de darle muerte, diciendo, que no le aprovecharia el ligero caballo del Rey Clarion: queriendo escusar la batalla, pensó Ricarte de huir confiando en la ligereza de su caballo, mas considerando que la Puente no la podia pasar, ni el Rio menos; y el volver atrás no le era honroso, con animoso corazon, cubierto del escudo, apretando la espada en el puño, arremetió para ellos, encontróle un Cavallero con una gruesa lanza, y la quebró en su escudo, sin que Ricarte hiciese ninguna mudanza en la silla, y su caballo hiva con tal velocidad, que se juntó con el del Turco, y dió con el Caballero en el suelo, y vuelto para los otros, dió á uno tan gran golpe en la cabeza, que le endió el yelmo, y la cabeza hasta los dientes; y deste golpe fueron muy espantados los otros, y Ricarte los dexó, y guió para la Puente de Mantible, y vió de lexos como la entrada de la Puente estava guardada de mas de quatro mil Turcos, y sin que ellos lo viesen se metió en una Isla, que estava á la orilla del Rio pensando que modo tendría para pasar: mas nuestro Señor Dios, que jamás olvida los suyos, ni dexa desconsolados á los que con sanas entrañas le piden consuelo, le embió un Ciervo blanco, que delante dél se metió en el Rio, y pasó á la otra parte, y despues se

volvió á mirar á Ricarte de Normandía, viendo que no se osava meter en el Rio, volvió otra vez á la otra parte, y se llegó al Caballo, y paso á paso se metió otra vez en el Rio. Ricarte se encomendó á Dios de muy devoto corazon, y se metió en el Rio, y siguiendo al Ciervo, sin peligro alguno pasó á la otra parte. Quando los Paganos, que estaban en la torre le vieron pasar, dieron grandes voces á Galafre, y quando le vió á la otra parte del Rio, fue muy triste por ello, y mandó abrir las puertas, y que le siguiesen hasta, que le alcanzasen, que si entrava en tierra de Christianos, no parecia jamás delante del Almirante Balán. Mas quando Ricarte se vió de la otra parte del Rio, dando muchas gracias á Dios, guió para tierra de Christianos sin ningun miedo de los Paganos. Ahora dexaré de hablar de Ricarte, de sus compañeros, del Almirante Balán, y hablaré de Carlo Magno, y de su gente, que todavia estava en Mormionda.

### CAPITULO XLVII.

*Como Carlo Magno quiso verber para Francia, por consejo de Ganalon, y de sus parientes.*

**C**arlo Magno estando en Mormionda en gran tristeza, porque no sabia nueva al-

guna de sus Varones, mandó llamar á Ganalon, á Geofre Alta Hoja, Alberto de Micaire, y otros muchos; y entre ellos vino el Duque Regnér, Padre del buen Oliveros, á los cuales dixo: Señores, y amigos míos, yo estoy en grande congoxa metido, y es menester deciros la causa: verdaderamente si yo no sé de mis Varones, yo propongo de dexar la Corona Imperial, y todo el gobierno, hombre que tan desdichadamente perdió tales Caballeros, no merece reynar. Porende os ruego, que cada uno me diga su parecer, y el modo que se ha de tener para saber de los Caballeros, y desto plugo mucho á Ganalon, aunque mostrava que le pesava, y dixo: Señor Emperador, si me dás licencia, yo diré mi parecer; y Carlo Magno le dixo, que dixese; y él respondió: Señor, de mi consejo no pasarás mas adelante, antes harás llevar todas las Tiendas de Campaña, que tienes en el Real, y cargadas en sus acemillas, las embiarás delante con buena guarda; despues nos irémos nosotros, poco á poco, y por las almas de tus Caballeros harás decir Misas, que los cuerpos no creas sean vivos; y bueltos á tierra de Christianos, allegarás mas gente, y despues volverémos á vengar la muerte del muy noble Don Roldán, y de los otros Caballeros; y has de creer, que el Almirante

Balán tendrá la mayor parte de toda la Turquía allegada, para vengarse de ti por vencimiento de su amado hijo Fierabrás; esta es mi opinion, y creo que te doy sano consejo. Quando el Emperador oyó las razones de Ganalon, puesta la mano al carrillo, y arrimada la cabeza á ella, estuvo muy gran rato sin poder hablar palabra, y despues esforzandose quanto podia, decia entre si: O desdichado Rey! Que harás si te vuelves sin vengar la muerte de tus Varones? Serás para siempre deshonorado, y dirá la gente, que mejor supiste embiarlos donde perdieron las vidas, que no vengar sus muertes. Si sin tomar venganza del Almirante Balán me vuelvo á tierra de Christianos, qual será el Caballero, que tendrá deseo de servirme? Quien se querrá meter en peligro alguno por mi, pues que los que no tuvieron en nada perder las vidas por servirme, son tan presto olvidados? Ni yo tendré razon para mandarlos cosa alguna de peligro, ni ellos serán culpados, aunque dexen de hacerlo. Como osaré hablar á los parientes, y amigos de los Caballeros muertos, que con tanto placer me tornaron á recibir? Qué dirán, sino que los embié donde perdiesen las vidas, y despues de muertos di luego la buelta, buscando mi guarda? O viejo sin ventura! como no consintió la fortuna que

tomases la muerte con ellos, porque con mengua, y deshonra no viviéses estos pocos dias que te quedan? O mis leales Caballeros, quanta razon tengo de llorar! Qué á mas de lo que pierdo en perderos, cada uno de vosotros era mas digno de la Corona Imperial, que yo. Por vosotros tenia Corona, y honra, y tambien por vosotros era temido de Christianos, Judios, y Paganos. Vosotros erades los firmes pilares, que tenian en pié todo el Imperio; y vuestras espadas, y vigorosos brazos, las fortalezas de todos mis Reynos: en perderos, perdí todo mi consejo, y favor; no se con quien comunique la crecida pena que siento, no teniendo á quien pedir consejo este desconsolado viejo. Con vosotros tenia todos los bienes del Mundo; y en perderos, perdí la esperanza, y alegria que tenia, y solo me quedé desamparado de todo el mundo, salvo de tristeza, á la qual ruego ahincadamente acorte mis tristes dias, pues no veo razon para querer vivir sin vuestra compañía. O Paganos, si supieredes quanto ganasteis en la muerte de los Caballeros! En aquel dia cesaron todos vuestros temores; aquellos, cuyos solos nombres os espantavan, y hacian volver la rienda en la mejor priesa de la batalla, yá no irán á sacaros de vuestras fortalezas. De mi grande pérdida re-

dundará á todos los Infieles descanso, y muy grande seguridad en sus vidas, y estando mis nobles, y leales Caballeros en mi Corte, sonavan los muchos, y grandes golpes de sus tajantes espadas en el corazon de toda Turquía.

Despues que hubo razonado esto entre si, esforzandose quanto pudo levantar la cabeza, y arrimado á la silla, dixo á los Caballeros que presentes estaban: Señores, yá haveis oído el consejo, que me dió Ganalon, y me parece no lo devo tomar que es contra mi honra, y queria que vosotros me dixesedes el vuestro, porque oídas vuestras voluntades, se tomase el mas sano consejo, y que menos detrimento traxese á nuestras honras. Entonces un Caballero llamado Macario, y Aburin Geofre, y otros muchos Caballeros del linage de Ganalon, y conformes á su condicion, le dixeron: Señor muy poderoso, y temido Emperador, Ganalon ha hablado muy cuerdamente, y te dá muy buen consejo: y de pasar adelante no hagas cuenta, que en tu compañía están mas de diez mil hombres, que despues que han sabido de la muerte del muy noble Don Roldán, que era su Capitan, y guía en las grandes hazañas, han hecho juramento de no pasar de aqui, aunque tu se lo mandes. Cado Magno dió un muy grande

suspiro, diciendo: O verdadero Dios, en quien creo! y siempre hallé remedio de mis grandes tribulaciones, no desampares al triste viejo, de tantas angustias rodeado; el consejo de estos Caballeros no me parece bueno. Entonces Regnér, Padre de Oliveros, dixo: Señor, los que este consejo te dán no te quieren bien, ni desean tu honra; y si alguno dexáre de seguirte, será del linage de los Consejeros malos, que los que desean el ensalzamiento de tu Imperial Corona, no te darán tal consejo ni dexarán de seguirte. Y Aburin, pariente muy cercano de Ganalon, le dixo Regnér, si no estuviésemos delante del Emperador, haria que os costase bien caro lo que decís que vos mentisteis en ello. Y el Duque Regnér le dió tan gan golpe con el puño, que dió con él en el suelo; y hubiera grande mal entre ellos, si el Emperador no se metiere en medio que se hallaron del linage de Ganalon mas de mil y seis cientos hombres armados. Y Fiera-brás, que estava presente, echó mano á la espada, y dixo: Juramento hago al Santo Bautismo, que he recibido, que si se mueve alguno para enojar al Duque Regnér, que le mostraré como corta mi espada. El Emperador mandó que se estuviesen quedos, só pena de perder la vida, y dixoles: Yá siento la falta de  
mis

mis Caballeros; que como veis vosotros que estoy sin ellos, me teneis en poco, y no me guardéis honra alguna, y os atreveis á hacer demasía delante de mis ojos. Y Fierabrás le dixo: Suplicoté, que esto que ha pasado les sea perdonado; mas de aqui adelante ten tu gente en justicia, y castiga los que erraren, que á mi me tendrás mientras viviere por firme pilar de tu honra: Carlo Magno le preguntó que le parecia, si se volveria, ó si iria adelante; y él le respondió: El volver es bueno para que descansen tu persona, mas no para acrecentar tu honra. Entonces dió Carlo Magno un muy grande suspiro, y dixo: Al todo poderoso, y alto Dios encomiendo mis hechos, al qual prometo de jamás volver á tierra de Christianos, hasta que sepa nuevas ciertas de mis leales Varones: y habiendo su consejo, fue ordenado que fuesen algunos Caballeros al Reyno de Francia con sus cartas, para allargar mas gente; y mandó al Duque Regné, que tomase la compañía que quisiere, y dispusiese la partida.

## CAPITULO XLVIII.

*Como Ricarte de Normandía llegó al ejército del Emperador Carlo Magno.*

**C**arlo Magno, queriendo embiar á tierra de Christianos por mas gente, y estando el Duque Regnér Padre de Oliveros con su compañía á punto para la partida, llegóse un Caballero á Carlo Magno, y le dixo como venia á muy gran priesa un Caballero de tierra de Moros; y que creía traía Embaxada del Almirante Balán. Y Carlo Magno salió muy prestamente al camino, y el Duque Regnér con él, y vieron de lexos á Ricarte de Normandía armado de todas armas, Caballero en el caballo del Rey Clarion; y el Duque Regnér dixo: Este que viene es Christiano, que los Turcos no cavalgan desá manera, y allegandose mas Ricarte de Normandía, dixo Carlo Magno: Este parece en su ayre á Ricarte de Normandía. Y llegado el Caballero delante del Emperador, saltó muy presto del caballo, é hizo acatamiento á su Señor; y Carlo Magno le dixo: Mi Caballero, y mi amigo, vos seais bien venido; que es de Roldán, y Oliveros, y de los otros vuestros compañeros? Como venis solo? Son muertos,

ó estan en vida? Y Ricarte de Normandía le dixo: Señor da gracias á Dios, que de infinitos peligros nos ha librado, y están vivos, y sanos, no muy lexos de Aguas Muertas en una fuerte torre, cercados de mas de cien mil Paganos, y está con ellos la muy virtuosa Dama Floripes, hija del Almirante Balán, mediante la qual somos vivos. que sería muy largo de contar, lo que por nosotros ha hecho, y tiene las Reliquias que tu buscas tanto tiempo ha, todas en su poder, y otros infinitos tesoros; y te suplica, así ella, como los Caballeros les des socorro: y está Floripes con grande deseo de recibir el Santo Bautismo, y si tu ganas à Aguas Muertas y aquella torre, podrás en poco tiempo ganar la mayor parte de aquella tierra. Gran consuelo recibió Carlo Magno con estas nuevas, y dixo que Ganalon, y sus parientes eran traidores, que porque muriesen los Caballeros, trabajavan de hacerlo volver, y dixo: Dime Ricarte, tienen mis Caballeros provision alguna en la torre, podránse pasar cinco, ó seis dias? Y él dixo, que tendrían vitualla para seis, y no mas; y la provision que ellos tienen, tomamos en el mismo aposentamiento del Almirante, à pesar de todo su Real, y si pasamos trabajos tu lo puedes pensar; y Carlo Magno le preguntó, que hombre era el Almirante; y el

le

le dixo: El Almirante Balán es muy ferós de hecho, y de gesto, y valiente por su persona, muy enemigo de los Christianos, y es muy temido y obedecido de los suyos; la gente es mucha à maravilla, y no diestra en las armas; y para pasar à Aguas Muertas, hay un paso muy malo, y muy peligroso, y se llama la Puente de Mantible, el rio es muy crecido à maravilla, y se llama flagót, la Puente es muy fuerte, con dos torres de marmol, y sus puentes levadizos, y tiene la guarda de la Puente un Gigante muy espantable, que en su compañía tiene tres mil Paganos para guardar la Puente; de manera, que por fuerza no pasará todo el resto del mundo, mas usarémos de sutileza. Y el Emperador Carlo Magno le dixo: Que industria tendrás para pasar? Y Ricarte de Normandía le dixo: Señor, irémos delante cinquenta de nosotros bien armados, y encima las armas sendas capas largas, como Mercaderes, y llevarémos quarenta acemillas cargadas de fardeles, que parezcan de mercadería; y tu estarás con la otra gente en el Monte que está cerca de la Puente, y pensando las guardas que llevamos mercadería, abrirán la primera puerta, y pedirán sus derechos, y entonces dexarémos caer las capas, y les darémos batalla; y con una señal que harémos, vendrás luego con tus Caballeros, y con el

la ayuda de Dios Nuestro Señor ganaremos la Puente, y daremos socorro á tus Caballeros, que lo están esperando. Este consejo, y aviso pareció muy bien al Emperador Carlo Magno, y á los otros Caballeros; y el Duque Regnér abrazó á Ricarte de Normandía con grande amor, y Ricarte le contó lo que á su hijo Oliveros havia pasado en la torre, y los grandes beneficios que de Floripes, hija del Almirante Balán, habian recibido. Y mandó el Emperador Carlo Magno á todos sus Caballeros, que hiciesen aderezar sus armas: asimismo á los Peones, y Capitanes, que proveyesen de armas á los que no las tienen; y mandó asimismo alzar todas las tiendas, y que todos estuviesen apercebidos para la partida: y dixo á Ricarte de Normandía, que hiciese lo que havia ordenado, y Ricarte en la misma hora hizo hacer muchas balas del fardage Real, y las hizo atar como balas de mercadería, y cargó quarenta açemillas, y rogó al Duque Regnér, y á Hoél de Nantes, que quisiesen tomar setenta Caballeros escogidos, y el Duque fué muy contento de ello; y armados los Caballeros, dióles Carlo Magno sendas capas para cubrir sus armas, y pusieronse en camino para la Puente de Mantible, é iban delante el Duque Regnér, y Ricarte de Normandia, y luego las

acemillas con alguna gente de á pié, y despues toda la otra gente: y el Emperador mandó alzar todas sus Vanderas, y Estandartes, y puesta la gente en órden, se puso en camino.

## CAPITULO XLIX.

*Como por industria de Ricarte de Normandía fué ganada la Puente de Mantible; y del Gigante Galafre, tenia el cargo de guardar la Puente.*

**T**Ubo el Emperador tal modo, que se metió en el Monte de noche, porque no lo viesen de las torres de la Puente de Mantible; y Ricarte de Normandía y Hoel de Nantes, y el Duque Regnér, se fueron con las acemillas cargadas para la Puente; y quando los compañeros de Ricarte vieron las fuerzas de la Puente, y la grandeza del Rio, fueron muy maravillados, que por fuerza no la tomára todo el poder de los Christianos, y Ricarte de Normandía dixo: Dios nos quiere ayudar que nos cumple oy haver batalla con el mas espantable Gigante del mundo, y con tres mil Paganos, que no se apartan jamás de su compañía para guardar esta Puente. Y el Duque le preguntó, como la pasaron quando ivan con

Roldán, y los otros á llevar la Embaxada al Almirante? Y Ricarte le contó el modo, que el Duque Naymes avia tenido; y riendose todos de la maña, y llegados yá á la Puente, dixo Ricarte de Normandía: Señores, yo seré el primero, con vuestra licencia, y abriendo la guarda la primera puerta, entrareis vosotros, y quando me vieredes echar la capa, ruegoos que no seais perezosos de echar las vuestras; y procurad todos de ser buenos Caballeros, que nos será bien menester; y ellos le dixeron, que ningun recelo tuviese de eso, ni tampoco de ser Señor de la Puente, si una vez ellos estaban en ella: y luego vino Galafre el Gigante, y abrió un postigo muy pequeño de la puerta, y tenia en su mano derecha una acha de armas muy gruesa, y muy aguda, y muy grande, y fornida á maravilla; los ojos muy grandes, y muy salidos, y bueltos en sangre; las narizes anchas, y romas; la boca muy grande, los labios muy gruesos, y muy negro, que mas parecia Diablo, que no criatura humana; tenia las piernas muy gruesas, y los pies fuertes, y alcanzava grandes fuerzas; y estava dia, y noche siempre armado, era muy querido del Almirante, Balán, y de él se fiava mucho, y era Condestable de aquella tierra; era muy cruel, especialmente con los Christianos; y abierto el

postigo, dixo á Ricarte de Normandía: Dime hombre que buscas por esta tierra, ó que es lo que llevas allí? Ricarte mudó el language, porque no le tuviese por Frances, y dixole: Señor, somos Mercaderes, que venimos de Tarascón, y traemos muchos paños de todas suertes, y queríamos llegar á Aguas Muertas, para vender algunos de ellos, y traemos otras joyas para presentar el Almirante Balán; y si vos nos mostrasedes el camino, os daremos de nuestra mercadería, que nosotros no sabemos los pasos desta tierra; porque ninguno de nosotros ha pasado otra vez por aquí. Y Galafre le respondió: Sabed que yo tengo cargo de guardar esta Puente, y todos los otros pasos desta tierra, y no ha mucho tiempo, que siete traydores, Vasallos de Carlo Magno, me burlaron malamente, diciendo que llevaban Embaxada al Almirante Balán, y me dieron á entender, que traían el tributo que se avia de pagar, y les dexé pasar, y han hecho gran daño, y enojo al Almirante Balán; mas ellos estan en parte, que pagaran lo que han hecho, que están cercados en una torre de mas de cien mil Turcos, y antes de ayer se escapó uno, que creo que tenia el diablo en el cuerpo, que mató al Rey Clarion mi sobrino, que le seguia con diez mil Turcos, y le tomó su caballo, el

mejor que avian en todo el mundo, y como vi-  
do las guardas desta Puente, se lanzó con él en  
el Rio, y pasó á mano, lo que otro hombre  
nunca hizo, y fué á llevar las nuevas á Carlo  
Magno, de los Christianos que están cercados  
en la torre, para que les diese socorro; y á es-  
ta causa me ha mandado el Almirante Balán,  
que só pena de muerte, no deve pasar persona  
alguna nacida, sin primero saber á donde vá,  
y de donde viene, y quien es, porende quiero  
saber esto, que no pareceis vosotros Mercade-  
res. Entonces Ricarte de Normandía le dixo:  
Bien nos place que lo sepais, y mirareis nuestra  
mercaderia; y diciendo esto entró el primero  
en el postigo, y luego le siguieron el Duque  
Regnér, y Hoét de Nantes, y Riól, y quando  
Galafre los vió dentro no le plugo dello, y  
cerró presto el postigo, porque no entrasen los  
otros, y dixoles, que se quitasen las capas,  
porque queria vér lo que llevaban; y Ricarte  
se desvió un poco, y dexando caer la capa, pu-  
so su mano á la espada, y lo mismo hicieron los  
otros, y Ricarte le dió un gran golpe en la ca-  
beza, mas tenia en ella una calavera de serpiente,  
mas dura que ninguna de azero, y resvaló  
la espada, y le cortó parte de una oreja; y los  
otros asimismo procuraron de herirlo reclama-  
mente, mas nó aprovechava, porque dár en él era  
dár

dár en una peña, que sobre las armas traía el cuero de la serpiente, mucho mas duro que las armas, y Galafre alzó la acha de armas, que en las manos tenia, por herir á Ricarte de Normandía, y como vió venir el golpe, desvió el cuerpo, y dió en una piedra de marmol, y entró la acha en ella mas de un palmo; y quando vió que fué en vacío: dió un gran grito, que lo oyeron los Paganos que estaban en la otra torre, á la otra parte de la puente, y vinieron muchos dellos en su socorro: y viendolos Ricarte de Normandía, abrió prestamente la puerta, y entraron los Christianos, y hubo gran mortaldad entre ellos, asi de una parte, como de otra; y haciendo los Christianos muchas señas á Carlo Magno, y su gente, llegaron muy presto á la Puente; y Ganalon; que despues fué traydor (como diré en el tercero libro) hizo señaladas cosas aquel dia, mas duró poco su lealtad, y la de sus parientes.

## CAPITULO L.

*Como Carlo Magno ganó la Puente de Mantible, y como Alór pariente de Ganalon quiso hacer traicion.*

**L**A multitud de los Paganos, que en socorro de la Puente venian era tanta, que cubri-

brian dos leguas de tierra, y el Emperador Carlo Magno viendo que los Christianos se comenzavan á retraer, cubrióse muy bien de su escudo, y puso delante los suyos, y empezó á derribar Paganos á una parte y á otra, que era cosa de vér, y Ganalon á su lado, peleando asi maravillosamente. Y siguiendo su batalla, vió á Galafre con una hacha en las manos haciendo gran daño en los Christianos, y tenia delante de sí mas de cien Christianos muertos, y viendo que no aprovechava herirle de espada, por la fortaleza de las armas, pidió una lanza, y con ella le dió tales encuentros, que lo derribó, y Ricarte de Normandía le cortó la cabeza, quando se vió en el suelo dió tan grande grito, que le oyeron de tres leguas de alli, y conocieron los Paganos que Galafre tenia necesidad de socorro, por donde fué causa que acudió mucha mas gente para defender la Puente, y entre ellos vino un Gigante llamado Ampeon, y le seguia una muger llamada Amiota, con dos niños en los brazos de quatro meses, y eran de cinco pies de largo, y bien fornidos segun la grandor, y puso este Gigante en la puerta de la Puente, por donde avian de salir los Christianos con una grande vara de hierro en las manos; empezó á decir á grandes voces, donde estava el viejo loco de Carlo Mag-

no, que quiere llevar las Reliquias, ó si quiere pasar á dár socorro á sus Caballeros, venga que la puerta está abierta; y fueron los Christianos maravillados de su grandor, y Carlo Magno se cubrió de su escudo para acometerle; mas Fierabrás le suplicó, le dexase á él aquella batalla, que conocia mejor aquella gente, y el modo de su pelear, que es gente de grandisimas fuerzas, y no tiene maña, ni destreza alguna en las armas, cubrióse Fierabrás de su escudo, y llegóse al Gigante quanto le pareció que le podía alcanzar con la vara, y el Gigante alzó la vara con entrambas manos, y Fierabrás hizo semblante de esperar el golpe, mas viendole venir en el ayre, Fierabrás desvió el cuerpo, y dió el golpe el Gigante en el suelo, el qual fué con grandisima fuerza, que hizo estremecer toda la Puente, y antes que alzase la vara otra vez, le cortó Fierabrás los brazos entrambos de un golpe, y le dió otro golpe en la cabeza, que le cortó el yelmo, y la cabeza hasta las dientes; y asi ganaron los Christianos la puerta; mas era tanta la multitud de los Turcos, que no los dexaban salir, y les hicieron retraer hasta el medio de la Puente, muriendo muchos de la una parte, y de la otra; y estaban siempre al lado de Carlo Magno Fierabrás, y el Duque Ragner Padre de Oliveros, y Ricarte de Normandía,

dia, y Hoél de Nantes, guardando su Persona, mas que sus vidas mismas. Y viendo Carlo Magno que no podia ir adelante, antes le era forzado retraerse perdiendo siempre gente, empezó á suspirar muy reciamente, diciendo que yá era perdida la esperanza de jamás ver á sus Caballeros, y muy leales Varones, pues que aquel paso no podia ganar. Y Fierabrás le dixo: Señor, no nos cumple ahora llorar los que estan ausentes, sino á nosotros mismos, que si no ganamos esta Puente, será muy grande maravilla escapar de las manos de nuestros enemigos, por la gran muchedumbre de gente que acudirá. Y entonces Carlo Magno dixo á grandes voces: Aqui Caballeros, que ahora es tiempo de emplear vuestras fuerzas, y diciendo esto se adelantó de los suyos, y empezó á hacer tales cosas, que á todos hacia estar espantados, asi sus Caballeros, como sus enemigos; y puesto á su lado Fierabrás, Ricarte de Normandía, y el Duque Regnér; dieron tanta priesa á los Paganos, que les fué forzado meterse en la Villa, y pensaron de alzar una puente levadiza, mas Fierabrás la tuvo, que no la pudieron alzar, y dixo á los otros que entrasen en la Villa con buena ordenanza, sin dexar de herir varonilmente á sus enemigos. Y en la entrada hubo gran mortaldad de los Christianos, que de las ven-

tanas, y de las torres los matavan á pedradas; y viendose Carlo Magno en tan grande afrenta, dió una voz, diciendo: Socorred Caballeros, y entonces llegó Ganalon, y sus parientes con mil y setecientos hombres muy bien apercebidos, é hizo alli grandes proezas, aunque despues fué traydor. Y duró el combate de la puerta quatro horas, y con muy poca gente entró Carlo Magno en la Villa; y despues de entrada, un Caballero del linage de Ganalon, llamado Alór, dixo á Ganalon; Señor Ganalon, Carlo Magno está en la Villa con muy poca gente, y será maravilla si jamás sale de ella, que los Turcos tienen gran numero de gente en ella, y toda muy bien apercebida, y placeme que ninguno de nuestros amigos no quede con él, y ahora nos veremos vengados dél, y de los otros nuestros enemigos, y si vos quereis, volvernòs hemos para Francia, y nos alzarémos con las fortalezas, y poco á poco seremos Señores de todo el Reyno, pues que allá no queda ninguno que nos ose contradecir. Y Ganalon le respondió, Señor, verdaderamente yo tengo muy grande enojo del Duque Regnér, que malamente nos injurió el otro dia delante de Carlo Magno y no menos de Carlos, porque se le mostró muy favorable: mas no me parece podernos vengar de la manera quo decís, sin de-

trimento de nuestras honras, dexandole en tanta, y tan grande necesidad en poder de Paganos; y allende de esto podria ser que no saliesemos con nuestra intencion, que bien nos podrian los parientes de los que quedáren, hacernos harto daño, que sentirian muy presto la traicion. Y Alór le respondió: Señor Ganalon, no seais simple, ni corto en lo que tanto os cumple; si vos no tomais venganza de vuestros enemigos, ahora que teneis tiempo para ello, quando os quisieredes vengar, no tendreis lugar, y os arrepentireis dello; y sobre esto se encendió gran enojo entre ellos. Estando en esta contienda sobrevino Fierabrás, y preguntando por Carlo Magno, Alór le respondió: Creo, que nunca le vereis, que está en la Villa entre gran numero de Paganos. Y Fierabrás le dixo: Y vosotros que haceis aqui, que no le dais socorro? Bien podeis ser acusados de traydores, pues que en tan grande afrenta olvidais á vuestro Señor: y diciendo esto tomó una acha de armas en sus manos, y se fué para la Puente, dando voces: Caballeros, Caballeros socorred á vuestro Señor; y llegando á la Puente, halló à Ganalon à su lado con alguna gente suya, y viendo que Carlo Magno con la poca gente que tenia, se retraía ázia la puerta peleando quanto podia, y perdiendo todavia de los suyos, se metió entre los Christianos po-

co á poco, hasta que llegó á la delantera, y Gagnalon con él hicieron tan gran matanza los dos, que corrian los arroyos de la sangre por medio de la villa, y no tuvieron otro remedio los Paganos, sino dando grandes alaridos, y echar á huír el que mas podia, y salieron algunos por una puerta falsa, y fueron á contar su desventura, y la perdicion de la puente, y de la Villa, en la qual hallaron grandes riquezas.

## CAPITULO LI.

*Como Amiota, de la qual hablé arriba, mató muchos Christianos; y como el Almirante supo que Mantible era ganada por Carlo Magno.*

**C**ON muy grande trabajo, y perdicion de gente, ganó Carlo Magno la Puente de Mantible, y venida la noche tomaron los Christianos sus posadas pacíficamente, y se desarmaron para descansar, porque estaban muy fatigados de la batalla. Y Amiota, que era muger del Gigante, viendo á su marido muerto, como sintió que los Christianos estaban muy descuydados, rabiosa por la muerte de Ampheon su marido, tomó una visarma, á manera de una hoz muy grande, y aguda, y saliendo

do de una cueba, donde estava con sus hijos, entró en la Villa con mucho furor, y á quantos topava por las calles á todos dava la muerte; y quando no hallava gente por las calles, se entrava por las casas, y como los hallava desarmados, asi sin mucho trabajo matava muchos; de tal manera, que se alborotó gran parte de la gente, y se armaron contra ella. Quando Carlo Magno sintió el gran alboroto de la gente, pensando que serian Turcos que nuevamente venian en socorro de la Puente, fué muy presto armado, y Fierabrás, y los otros Caballeros con él; y salidos de sus aposentos le dixeron, que una sola muger hacia tan gran alboroto, y que havia muerto gran numero de Christianos; y Carlo Magno dixo que queria vér la tal muger; y llegados donde estava, fueron espantados de cosa tan fiera, que llegava con la cabeza por los texados; relucian sus ojos como hachas encendidas; la espuma que le salia de la boca, le corria por los pechos hasta los pies; daba á ratos un gemido, que se oía media legua; solo el peso de la hoz que traía en la mano, basta para derribar una fuerte torre; por sola su ayrada vista, ningun Christiano se le parava delante. Viendola Carlo Magno, se cubrió de su escudo, y con la espada en la mano quiso ir para ella; y Fierabrás le dixo

Señor, no es honesto que ensucies tu espada con una muger, ni te seria cordura esperar sus golpes; mas he de decirte en el modo, y forma que se ha de tener, y mandó llamar unos peones, que sabia traían honda, al modo de Turquía, y ordenó que le tirasen; y tiraronla muchos tiros sin que la hiciesen daño. Viendo esto Fierabrás, tomó una honda, y dixo: Feo me parece matar una muger, mas no puedo vér delante de mi este diablo, y la tiró una piedra con tanta fuerza, que la mano derecha, con la muñeca, la quitó del brazo, y dexó caer la hoz dando tan grande grito, que la mayor parte de la Villa hizo estremecer, y luego la acabaron de matar los peones, y mandó Fierabrás que se velace la puente, y la Villa toda la noche.

Venida, pues, la mañana, mandó el Emperador Carlo Magno repartir las grandes riquezas que havian hallado en la Villa, entre su gente, porque cada uno llevase su parte segun su estado; y así quedaron todos muy contentos, y satisfechos de los trabajos pasados. Fueron muchos, y grandes los tesoros, y riquezas, que por ser el lugar tan fuerte, tenia en él el Almirante Balán gran parte de sus tesoros, y no quiso Carlo Magno cosa alguna para sí: é yendo mirandola cerca de la Villa, vió una cueba muy grande, y dentro della estaban dos-

niños llorando, hijos de la Giganta Amiota, que los avia parido de una vez, y eran tan grandes de quatro meses, como un hombre de los de ahora, y los hizo bautizar Carlo Magno, y que les pudiesen por nombres al uno Roldán, y al otro Oliveros: mas no vivieron sino tres dias, de lo qual pesó mucho al Emperador; y queriendo pasar adelante, mandó, que todos los muertos fuesen enterrados, y los heridos curados: y llamando al Duque Regnér, y á Ricarte de Normandía á parte, les dixo, que queria ir luego adelante, y dexar gente en la Villa, paraque guardasen la Puente; y el Duque Regnér le dixo: Señor necesariamente has de dexar aqui gente, porque los paganos no nos tomen este paso, mas se ha de mirar, que todos los que aqui quedáren, no carezcan de fidelidad, que esta es la llave por donde nos avemos de salvar, y no todos los que vienen en tu compañía son fieles. Y despues de averlo bien mirado, ordenaron, que dos nobles Caballeros, llamados Hoél de Nantes y Riól de Man, con diez mil Christianos quedasen á la vista para guardar el paso, y Carlo Magno con toda la otra gente salió de la Villa, é hizo della quatro batallas, la una dió á Fierabrás, la otra al Duque Regnér, la otra al noble Ricarte de Normandía, y la otra recibió en su guarda,

y dió à Fierabrás la delantera, porque sabia mejor la tierra, y la retaguardia dió à Ricarte de Normandía: y asi puestos en muy buena ordenanza, se pusieron en camino, y despues que huvieron subido una cuesta muy alta, paróse el Emperador à mirar su gente, y viendo la toda tan lucida, y tan bien aderezada, tubo gran placer de verla, y mas porque los vió muy ganosos, y en buen proposito de pelear, y dió infinitas gracias à Dios por ello. En este intermedio, aviendo sabido el Almirante Balán como la Puente de Mantible era ganada de Christianos, y los Gigantes muertos, cayó en el suelo, amortecido, y desde que fué buuelto en sí, dixo: O Mahoma, y como te han faltado las fuerzas! Ahora conozco tu poco poder, y tengo yo por mengua, y de poco saber al que en tí confia. Nunca hombre tanto te honró como yo, ni en ninguna parte del Mundo son las Mezquitas tan ricas, ni tan servidas, como las que en mi tierra estan, y muy gran parte de mis tesoros he gastado en hacer muchas Imagenes de oro, y de plata à tu semejanza, porque fueses adorado del Pueblo como Dios: y tu, como ingrato desconocido, en tanta necesidad olvidaste mi servicio. A ti solo haveis encomendado mi torre, y los tesoros que en ella estavan; en ti solo tenia muy grande espe-

ranza que guardases á mi fuerte Puente de Mantible, y descuydandome en tu guarda, no puso tanto recaudo en ella, quanto era razon; en las cosas de poca importancia me mostraste tus alhagos, porque en las arduas mas facilmente me pudieses derribar. Dicho esto, tomó una hacha de armas, y con ella despedazó todos sus Dioses, y los Idolos. Sortibrán de Coímbres, que vió al Almirante tan desconsolado, trabajó de consolarle quanto pudo, reprehendiendole de la injuria que á su Dios Mahoma havia hecho, diciendole, que le pidiese perdon, porque no le castigase con saña. Y él dixo: No le podré yo obedecer, ni querer, pues que tan desconocido me ha sido en dexar tomar mis fortalezas á los Christianos. Y Sortibrán le dixo: no digais, Señor, tales palabras, y demanda perdon á tu Dios, pues lo has menester mas que nunca, ordena de embiar espías, para saber si es cierta la venida de Carlo Magno, y que gente trae, y le daremos batalla campal, y si cae en nuestras manos, lo haremos quemar, y á tu hijo Fierabrás con él, que en su favor viene. Y el Almirante Balán le dixo: Por hacerse placer quiero hacerlo, pues que tanto me ruegas; mas bien veo que Mahoma me es enemigo sin razon alguna, mas yo tengo en nada su poder,

## CAPITULO LII.

*Como los Caballeros que en la torre estaban  
tuvieron un gran combate, y la torre fué  
casi derribada.*

**R**Ogó Sortibrán tanto al Almirante, que le hizo demandar perdón á Mahoma delante algunos Caballeros suyos, y por mejor satisfaccion le prometió de hacer su imagen, y de añadir en ella cien libras de oro, y hacerla adornar de muchas piedras preciosas, porque le diese victoria contra Carlo Magno, y embió secretamente espías para saber de su Ejército. Bueltas las espías, le dixeron, que Carlo Magno era partido de Manjible, y que venia apriesa para dar socorro á sus Caballeros, que en la torre estaban, y que traía poca gente, mas bien armada, y apercebida Sabida esta noticia, y el Almirante Balán mandó apercebir toda su gente, y combatir la torre, antes que llegase el socorro, y mientras que se ordenaba el combate, embió por gente por todos sus Reynos; y empezado el combate, dieron tal priesa, que derribaron otra esquina de la torre, y aunque morian muchos, no se osaban apartar del combate, de miedo del Almirante Balán,

lán que muy grandes voces les daba, que trabajasen en derribar la Torre. Tenia hecho un ahugero bien grande para entrar, mas no osaba ninguno entrar por él, por mucho que el Almirante Balán les mandaba que entrasen. Quando los Caballeros vieron la esquina derribada, y el ahugero abierto, tuvieron algun temor de sus enemigos, mas por las Damas, que por ellos, que por ellas no osavan salir á la batalla, ni apartarse de la torre, diciendo, que mientras ellos peleaban, se podría perder la torre, y Don Roldán dixo á los otros: Señores, cumple que salgamos à nuestros enemigos, porque no tengan poder de derribar la torre; mas no nos havemos de apartar mucho della, sino quanto tengamos lugar de tapar el ahugero que está hecho; y ahora nos cumple ser buenos Caballeros, que la gente es mucha, y el furor del Almirante Balán grande: por ende, nobles Caballeros, os ruego con encarecimiento, que tengamos muy buen consierto en el pelear, que no nos apartemos el uno del otro, porque si uno cayere, tenga quien le ayude à levantar; sed ciertos que tendreis, en mi buen favor, que si Durandál no me falta, yo haré que al Almirante, y à su gente pese del combate que oy nos dieron. Y dixeron todos, que era bien dicho, y asi ordenaron de salir, y à Flo-

ripes

ripes le pesó en grandisimo grado, mas viendo que no lo podian escusar, bañada en lagrimas, les dixo: Señores, antes que salgades, os ruego, que veais las Santas Reliquias, porque con mas contrito corazon rogueis á nuestro Dios, que él por su piedad os saque de tanta afrenta; y puestos los Caballeros de rodillas delante de las Santas Reliquias, con abundancia de lagrimas, rogaron á nuestro Señor Dios, que por su santa misericordia, y piedad los guardase de sus enemigos. Y estando ellos en aquesto, las Damas de Floripes dieron muy grandes voces, diciendo que subian los Turcos por la torre, y llegaban á las ventanas; y teniendo Floripes el cofre en sus manos, se puso asomada á la ventana, y plugó á N. Señor Jesu-Christo de mostrar alli un grande milagro, que los que subian á la torre, viendo el cofre, que tenia Floripes en sus manos, cayeron subitamente en el suelo, los que al rededor estaban, sin ser apremiados, se alexaron un gran tiro de batalla. Y viendo esto los Caballeros, dieron muchas gracias á N. Señor Jesu-Christo, y Floripes volvió las Santas Reliquias á su lugar, y luego se volvió á las ventanas donde estaban los Caballeros; y viendola el Almirante Balán su Padre con ellos, la dixo: O Floripes mi querida hija! gran fué tu luxuria, quando por ella

dexaste tus Dioses, y vendiste á tu amado Padre, y á todos tus parientes; mas soy cierto que presto te haré dexar el amor del Christiano, que tanto quieres, que ellos, y tu sereis quemados oy en este dia. Y ella dixo: por cierto, Padre, tu no dices lo cierto, que nunca conocí hombre en esta parte, antes me encaminó Nuestro Señor Dios en el camino de la verdad, como á mi hermano Fierabrás; y este camino queria que tomases tu, porque tu alma no fuese perdida; y á esta causa he suplicado á los Caballeros, que no te maten; mas, si los persigues mas, no tendrá tu gente poder de librarte de sus manos, que Dios está con ellos, como lo pudes vér en el destrozo que en tu gente han hecho, no siendo mas de diez Caballeros. Y desto hubo tanto enojo el Almirante Balán, que cayó en tierra amortecido, y Sortibrán, y los otros Caballeros trabajaron mucho en consolarlo; y tornando en si el Almirante Balán, dixo: O Mahoma, como me has olvidado, y quan poco es tu poder, y el mio, que á diez solos Caballeros no podemos resistir! Y Sortibrán le dixo: Señor muy simplemente has hablado contra tu Dios; tu no vés con quanta abundancia nos dá continuamente los bienes temporales? Y esto que ahora padeces, por tus pecados lo permite; mas pidele perdon, porque

te sea favorable contra Carlo Magno: y traxeronle luego una imagen de oro fino á semejan-  
ta de Mahoma, en cuya cabeza estava el diablo  
encantado, que hablava, y respondia á todo lo  
que le preguntava tres dias en la semana; y di-  
xeron: Señor pide perdon á Mahoma tu Dios,  
que tienes delante, y él te ayudará en tus ad-  
versidades. Y puesto de rodillas, á ruego de los  
suyos, dixo: O Mahoma, suplicote quanto á mi  
es posible de suplicarte, que no mires á las feas  
palabras, que este atribulado viejo dixo contra  
tí, pues están en proposito de hacer enmien-  
da de sus pasados yerros. Yo haré acrecentar tu  
imagen con doscientas libras de oro fino, y se-  
ran todas tus Mezquitas muy reparadas, porque  
con tu favor, y ayuda tomes venganza de los  
Christianos enemigos. Y el Demonio, que esta-  
ba en la imagen, le respondió: Almirante Balán,  
tus yerros son perdonados, por el grandisimo  
arrepentimiento que de ellos tienes, y no me-  
nos porque sé que erraste con sobrada angustia  
de corazon: mas manda apercibir tu gente, y  
dén otro combate á la Torre, que sin duda se-  
rás Señor de tus enemigos.

El Almirante, hizo hacer grandes alegrías  
por todo el Real, tañendo añafiles, vocinas, y  
otros instrumentos, en señal de la victoria que  
esperaban; y apercibida su gente con esperan-

za de la victoria, dieron el combate con tanto denuedo, que dieron con parte de la principal pared de la Torre en el suelo. Entonces dixo Ogér de Danois: Señores, forzado nos será buscar otra morada; salgamos pues, á buscarla, que Dios es servido que dexemos esta; y vamos yá, que mejor resistiremos á los golpes de nuestros enemigos que la caída de la torre; y si Dios es servido que perdamos las vidas en poder de aquestos Infieles, tenga cada uno de nosotros modo de vengar su muerte, antes que la reciba. Salgamos yá, pues que Dios nuestro Señor lo quiere, contra su voluntad no queremos hacer cosa, y con la fidelidad, que siempre avemos tenido el uno al otro, acometamos á nuestros enemigos. Estando los Caballeros apercebidos yá para salir, puesta Floripes á los pies de su muy amado Guy de Borgoña, con lagrimas, y sollozos le dixo: Señor, por aquel Dios, y Señor en quien crees, y confiesas ser Uno, y Tri-no, te ruego que sean tus hechos segun la generosidad de tu sangre: cata que la torre está abierta por muchas partes, y mis fuerzas son pequeñas, y la crueldad de mi Padre muy grande; no creas que menor venganza tome de mi, que tomaría de tí, si en su poder te tuviese; y con gran razon, pues en tanto grado, por servirte, le he deservido. Y abrazandola el noble Guy  
de

de Borgoña la dixo: Señora, no pienses que sea tan pequeño el amor que te tengo, que no reciba mayor fatiga de tu pena, que de la mia misma, yá ves que la salida no se escusa, mas no será de manera que tu, ni tus Damas quedeis desamparadas mientras que nosotros tuvieremos vida, ni nos apartemos de la torre mas de quanto hagamos apartar los Turcos, porque no acaben de derribarla; y si della eres servida, dos de nosotros quedarán en tu compañía, aunque yo en ninguna manera podré quedar. Viendo Floripes el amor de Guy de Borgoña, y su fidelidad, le dixo: Señor tu te ofreces de dexar parte de tus compañeros en mi guarda; yo recibo mortal dolor en pensar que con tan poca compañía sales á dar la batalla. á tanta multitud de Turcos: por ende te suplico, que nos armes á mi, y á mis Damas, y con sendas achas de armas, con solo el amparo de vosotros, irémos en guarda de tu persona. Oyendo Roldán las razones de Floripes, se puso á reir, y dixo á Guy de Borgoña: Grande es el amor desta Dama; mas no sería honrosa ni provechosa su salida: Por ende Señora te ruego, que no te fatigues tanto; cesa yá de llorar, y tén esperanza en aquel verdadero Dios, y Hombre, que como nos ha sacado de otros peligros, no nos olvidará ahora: y así se despidieron de ella, y de las Damas, y

salieron de la torre, y empezaron cruda batalla con sus enemigos, é hicieron tanto, que en poco rato los desviaron gran trecho de la torre, y á su salvo se volvieron á ella, y hallaron á Floripes, y á sus Damas armadas de todas armas, con sendas achas de armas en las manos, puestas donde estava derribada la torre.

### CAPITULO LIII.

*Como los Caballeros supieron la venida de Carlo Magno, y Asimismo el Almirante Balán, y como Ganaton fué embiado con Embaxada al Almirante.*

**L**OS Caballeros pasaron aquella noche en gran placer, hablando de Floripes, y de sus Damas, que con varonil corazon se havian armado para defender la torre; y dixo Guy de Borgoña: Señores, con mayor esfuerzo saldremos de aqui adelante á la batalla, pues que tales valedores tenemos para guardar la torre; y Oliveros dixo: Señora, mañana saldremos á la batalla, si te parece, saldras con tus Damas, y con nosotros, porque demos fin á estos descreídos; y no dudo que haga Guy de Borgoña quanto quisiere, teniendote en su compañía. Y ella dixo: Cierto, Señor Oliveros, haced vos con  
mi

mi Señor Guy de Borgoña, que me dexé salir con vosotros á la batalla, y vereis, como á donde estuviere, no haré mengua á mi hermano Fierabrás, y desto huvieron todos muy gran placer.

Venida la mañana, Ogér de Danois subió á la torre por vér el Real de sus enemigos, y vió de muy lexos muchas Vanderas desplegadas, y mucha gente armada: y conoció eran de Christianos: baxó presto donde estaban sus compañeros, y les dixo: Señores, y leales amigos míos, y vosotros, Señoras, pidoos por merced, que todos deis gracias á Dios, que tan piadosamente se ha avido con nosotros, que muy gran compañía de Christianos muy bien armados, nos vienen ayudar, y en nuestro socorro. Y corriendo todos á abrazarle con muy gran placer, subieron prestamente á la torre, y Floripes, y sus Damas con ellos, y se les dobló el placer quando conocieron el Estandarte, y las Armas de Carlo Magno. Supo asimismo el Almirante Balán, que estava cerca de su Real, y el Rey Cosdro le aconsejó, que hiciese apercebir toda su gente, y antes que llegase á un valle por donde havian de pasar los Christianos, que les diesen batalla. Aprobó el Almirante Balán su consejo por bueno, y mandó luego apercebir su gente, y apercebida, y encomendada á los Capitanes, hallaron ciento y ochenta mil hom-

bres de pelea. El Emperador Carlo Magno llegó aquel día á la entrada del valle, y tomóle allí la noche, y se quedaron sin tienda alguna, que las habia dexado en Mantible; y venida la mañana, mandó el Emperador armar toda su gente, y se hallaron cinquenta mil Christianos. Viendo Fierabrás toda la gente apercebida para dar batalla al Almirante su Padre, dixo al Emperador Carlo Magno: Muy noble, y poderoso Señor, por los servicios, que te entiendo de hacer, te suplico me otorgues una merced: Y Carlo Magno le dixo, que pidiese lo que quisiere, que ninguna cosa le seria negada. Y Fierabrás le dixo: Ya sabes, muy magnifico Señor, quanto deben los hijos á sus Padres, aunque mi Padre es Turco, y yo Christiano, no por eso he perdido el amor que le debo; antes queria trabajar que dexase sus Dioses, y engañosos Idolos, y meterle en el verdadero camino de la salvacion; y sobre esto querria que le embiases de tu parte, y mia un Mensagero, que le amonestase de ello, diciendole, que si se buelve Christiano, le harás toda cortasía; y sino, que le tratarás como enemigo mortal, sin aver de él, ni de los suyos piedad alguna. Y Carlo Magno le dixo: Mucho me place de esto, Señor Fierabrás, vaya luego el Mansegero, que para ello os pareciere suficiente: y por el mucho

amor que os tengo, quiero hacerle este partido Que de toda su tierra, y hacienda no le tomaré nada, solamente que de ellas pague un pequeño tributo; y Fierabrás le besó la mano por ello. Preguntó el Emperador á sus Consejeros, quien les parecia que se embiase al Almirante Balán; y acordaron embiar á Ganalon, porque era muy sagaz, y eloquente. Mandóle llamar Carlo Magno, y le dixo delante de Fierabrás, y de los otros Caballeros: Mi amigo Ganalon, nosotros os havemos escogido para que lleveis Embaxada al Almirante Balán; y Ganalon le dixo, que de grado lo haria. Direis al Almirante, que yo, y su hijo Fierabrás le rogamos, que se vuelva Christiano él, y toda su gente, y que me embie mis Caballeros: y si esto hace no pasaremos adelante, y le dexaré toda su tierra, pagando un muy pequeño tributo de ella: y si esto no hace, que sin ninguna piedad le perseguirémos hasta darle la muerte, ó echarle de todas sus tierras. Ganalon, armado de todas armas, cavalgó en un poderoso caballo, y con una muy gruesa lanza en la mano, se fué para el Real del Almirante Balán, que estava apercebido con toda su gente para dar batalla á Carlo Magno, y llegado Ganalon á las primeras guardas lo quisieron prender, y quando supieron que era Mensagero, le dexaron pasar. Llegado á la tien-  
da

da del Almirante Balán, dixo que era Mensajero del Emperador Carlo Magno, y traía una Embaxada al Almirante Balán; y sabiendolo el Almirante, salió de su tienda armado de todas armas, con una acha de armas en la mano, y le preguntó, que era lo que buscaba en su Real. Y arrimado Ganalon á su lanza, sin hacerle mucho acatamiento, le dixo: El muy poderoso, noble, y temido Emperador Carlo Magno, y el muy valeroso Caballero Fierabrás tu hijo, doliendose de la perdicion de tu alma, me embiaron á ti para que te dixese que dexases á tus Dioses, Mahoma, y Tavalgante, y los otros que te tienen engañado, y que recibas el Bautismo, como hizo tu hijo, y creyeres en Nuestro Señor Dios verdadero, Hacedor del Cielo, y de la tierra; y que embies al Emperador Carlo Magno sus Caballeros, que tienes presos, y las Santas Reliquias que en tu poder tienes: y si esto haces, á ruego de tu hijo, es contento el Emperador de dexarte todas tus tierras, y riquezas, pagandole algun tributo por ellas: y si esto no haces, te hará morir mala muerte, ó te echará vergonzosamente de toda vuestra tierra. Hubo tanto enojo el Almirante Balán de esto, que por poco perdiera el seso; y con mucha ira dixo á Ganalon, amenazandole con la acha que en las manos tenia. Osa-

damen-

damente hiciste tu Embaxada, y me amenazas-  
te en mi Real: y porque eres embiado, no te  
mando dar el castigo que mereces; y puedes  
conocer el poco querer que el Emperador tu  
Señor contigo tiene, en embiarte á donde lici-  
tamente se te pueda dar la muerte: mas mira  
que no vuelvas otra vez con tal Embaxada, sí  
no tuvieres deseo de poco vivir. Y Ganalon le  
dixo: No creas, Almirante Balán, que tan po-  
co amor tengamos al Emperador Carlo Mag-  
no, que por ningun peligro de este Mundo de-  
xemos de hacer su mandado; y mira, que lo que  
te dixe, te importa mucho, y dame la respues-  
ta, que bien té pareciere, porque se detenga la  
gente, que ya está puesta en orden, y muy de-  
seosos de darte la batalla, no venga presto á dár  
fin á tí, y á tu gente. Viendo un Caballero el  
enojo del Almirante, dixo á Ganalon: Porque  
otro no se atreva á hablar demasiado, es razon  
que tu seas castigado: y diciendo esto, alzó una  
maza de hierro con dos manos para herirle con  
ella, y Ganalon que lo vió, tomó presto su lan-  
za, y le dió con ella en los pechos, que le pasó  
á la otra parte, y cayó muerto á los pies del  
Almirante Balán, el qual dió muy grandes vo-  
ces, á su gente que prendiesen á Ganalon, y él  
se puso en huída por el camino por donde avia  
venido, y fué seguido de mas de veinte mil Pa-  
ganos;

ganos: mas llevaba un caballo muy ligero, y no le pudieron alcanzar. Y el noble Don Roldán, y los otros Caballeros que estaban en la torre, lo vieron salir del Real á rienda suelta, y conociendo que era Christiano, dixo el Duque Naymes: Este parece en sus armas á Ganalon, y avrá venido con Embaxada al Almirante Balán; plegue á nuestro Señor Dios de librarle de tal peligro; y Ganalon corrió sin parar, hasta que subió una cuesta, no muy apartada del Real; y quando se vió en cima de la cuesta, se volvió á mirar los que le seguian, y vió un Turco muy grande de cuerpo, y armado de muy lucidas armas, y con él venia Tenebre, hermano del Rey Sortibrán, y venian buen trecho delante de todos los otros, y con magnanimo corazon los esperó, y encontró el uno con la lanza de manera, que dió con él, y con su cavallo en tierra; y volviendose para el otro, le dió tan fuerte golpe en la cabeza con la espada, que le cortó el yelmo, y la cabeza hasta los ojos; y viendo la gran multitud de enemigos que le seguian, volvió la rienda al caballo para donde estaban los demás Christianos esperandole. Todo esto vieron los de la torre, y fueron muy maravillados de vér hacer tales cosas á Ganalon; y siguieronle los Paganos hasta que vieron el ejército de Carlo Magno,

no, que viendole, dieron prestamente la vuelta, y contaron al Almirante, y al Rey Sortibrán lo que les havia sucedido. Quando Sortibrán supo que su hermano era muerto, hizo gran llanto, amenazando á Carlo Magno, y á su gente, y de esto plugó al Almirante, porque con mayor esfuerzo saliese á la batalla contra los Christianos.

## CAPITULO LIV.

*Como el Emperador Carlo Magno hizo tres batallas de su gente, y como acometieron á todo el poder del Almirante Balán, y de las grandes valentias que hizo el Emperador.*

**L**egado Ganalon delante de Carlo Magno le dixo: Muy poderoso Emperador, el Almirante Balán no quiere ser Christiano, ni quiere oír hablar dello, ni tiene en nada tu poder, ni tu noble Exército; yá tiene apercebida toda su gente con deseo de darle batalla, y tubo gran enojo de lo que le dixo: un Caballero de los suyos alzó una maza de hierro para darme con ella, delante de él le meti la lanza por los pechos, y dí con él muerto á sus pies, y me siguieron diez mil de acaballo para prenderme,

y á los dos que delante venien derribé en el suelo, y vine huyendo, por escapar de los otros. Entonces mandó el Emperador á Fierabrás, al Duque Regnér, y á Ricarte de Normandía ordenasen sus batallas, y fué muy bien repartida la gente en tres batallas: la primera dió á Ricarte de Normandía, la segunda, al Duque Regnér; y la tercera guiaron él, y Fierabrás, y puestos todos en orden, mandó tañer sus trompetas, y tabales, y huvieron dello gran placer los Cavalleros de la torre, y sin salir de orden los Christianos marcharon azia el Real del Almirante Balán. Quando el Rey Brulante, Sortibrán, y Tenebre, que tenian cargo de guiar los Exércitos del Almirante, supieron que el Emperador Carlo Magno venia, ordenaron asimismo sus batallas, y pusieron su gente en ordenanza, y suplicó el Rey Brulante al Almirante, que le dexase la primera batalla, y él se la dexó, y le dixo: Si topáres con Carlo Magno, ó en Fierabrás, no los mates, que quiero hacerles quemar con Floripes, y con los que están en la torre. Estando ellos en esto vieron asomar al noble Emperador con su gente, y Brulante, les salió á recibir con cien mil Paganos, y adelantandose gran trecho de su gente, á grandes voces empezó á decir: O noble Emperador Carlo Magno, á donde estás? Apartate

de tu gente, como yo de la mia, empezemos los dos viejos esta batalla; vénte seguramentè para mi, que mi gente no se moverá hasta que vean el fin de nuestra batalla; no serás digno de alabanza, sino participas de las afrentas que esperas, no consientas que los mancebos ganen toda la honra, y mira que de tu misma gente serás temido un poco si de la gran batalla de un Rey solo, te desvias, y no menos viejo que tu. Oyendo Carlo Magno las voces del Pagano, tomó luego una muy gruesa lanza para salir á la batalla; y viendo esto Fierabrás, saltó del caballo, y se puso de rodillas delante dél, suplicandole, que en ninguna manera saliese á la batalla, ofreciendose salir á ella, diciendole, que en su vida se encerraba la honra de toda su gente, y que á mas de eso, el Pagano era muy buen Caballero, y muy diestro en las armas; y lo mismo rogaron Ricarte de Normandía, y el Duque Regnér, y los otros Caballeros, y el les dixo: Señores, en mucha merced os tenga vuestra buena voluntad, mas no hallo razon alguna para dexar esta muy cruda batalla, que aunque uno de vosotros supla por mi persona, no suplirá por mi honra: como tendrán los mios deseo de pelear, si vén que yo me aparto de la pelea? No solamente los Caballeros han de ser diligentes en ordenar sus gentes, mas osados  
para

para llevar la delantera en los mayores peligros así, propongo de comenzar esta batalla, porque vosotros con mayor esfuerzo, entreis en ella, y me parece que soy digno de reprehension, por detenerme tanto. Y mandó á su gente, que ninguno se atreviese á salir en su favor hasta vér el fin de la batalla, y salió al campo con el Pagano que le estaba esperando, y él le preguntó, si era el Emperador Carlo Magno. Y desde que fué cierto dello; tomaron del campo á su placer, y se encontraron con toda la fuerza que los caballeros pudieron llevar, y cayeron entrambos de sus caballos, sin que en ninguno se conociese ventaja, y con grande esfuerzo echaron mano á sus espadas, y se dieron tales golpes, que los mancebos que los miraban les tenían embidia. Viendo el Emperador Carlo Magno, que por la fuerza de las armas no se podian herir, confiando en la mucha destreza que tenia en juego de lucha, queriendole tirar el Pagano un gran tajo, se metió con él, y dexó la espada, y le abrazó por el cuerpo, y dió con él en el suelo, y con el puñal le cortó los lazos del yelmo, y la cabeza, y buelto para los suyos, fue servido luego de caballo, y de lanza, y mandó que la gente fuese delante con buena orden, y lo mismo hicieron los Paganos; y llegados los unos con los otros, hubo tan gran matanza,

tanza, que los muertos cerravan el paso á los vivos, é hizo Carlo Magno tales hechos, que los suyos estaban admirados, y los enemigos atemorizados: y entre los Turcos avia un Rey llamado Tenebre, el qual hacia gran daño en los Christianos, y á muchos quitó la vida; y viendole un Caballero Christiano, que se llamava Juan de Pontoysa, fué para él con una lanza, y el Pagano le esperó osadamente, y del encuentro cayó Juan de Pontoysa en el suelo, y luego fué muerto, y el Pagano puso mano á la espada, y mató otro Caballero anciano, que se llamava Hageo de Guarnier, y andava por el campo llamando á grandes voces al noble Emperador Carlo Magno, y á Fierabrás, amenezandolos de darles la muerte. Y oyendo esto Ricarte de Normandía, se fué para él, y le dió tan grande golpe con la espada, que el escudo le cortó en dos piezas; y el Pagano le dió tal golpe encima del yelmo, que le hizo caer de pechos sobre el arzon de la silla; y queriendole dár otro, tiró Ricarte de Normandía un revés con toda su fuerza, que le cortó la mano derecha por la muñeca, y queriendo volver rienda para huír, Ricarte de Normandía le dió otro golpe encima del yelmo, y resbalando la espada, le cortó la cabeza al caballo, y luego un peon le cortó la cabeza al Caballero, y de la otra parte es-

tava

tava Carlo Magno, y Fierabrás haciendo tanta matanza en sus enemigos, que grandes arroyos de sangre corrian por el campo, traían las armas todas ensangrentadas, y fué forzoso á los Paganos retraerse hasta donde estava el Almirante en compañía de sus Reyes, y de cien mil hombres, que no avian aun salido á la batalla, y quando supo que Brulante su querido hermano era muerto llorando, y mesando sus barbas, y cabellos, llamó un sobrino suyo, llamado Tempeste, y à Sartibrán de Coimbres su Secretario, y les dixo estas razones: Señores, y mis muy especiales amigos, sabed como mis Dioses me son contrarios en todo, yo no sé si les faltó el poder, ó si acaso tienen hechas paces con los Christianos: yo veo muy cercana mi muerte; si me pudiese vér vengado solamente de Carlo Magno, alegremente la recibiria. Por tanto, pues, os ruego, y encargo, que mireis con diligencia por el campo si lo podeis ver, porque me pueda vengar en su persona: y ellos llorando amargamente de lastima, que dél tenían, le prometieron de hacerlo.

## CAPITULO LV.

*Como Sortibrán de Coimbre fué muerto á manos del Duque Regnér, y de las correrias que el Almirante hizo contra los Christianos.*

**M**Andó el Almirante Balán, que la gente que en su compañía avia quedado, fuesen compartida en dos Esquadrones: y él, y Tempeste su sobrino guiaron el uno, y Sortibrán el otro, y tañendo añafles, y vocinas, puestos en buen orden, empezaron á dár cruda batalla á los Christianos. Y Sortibrán de Coimbres acometió con gran denuedo en la batalla al Duque Regnér, y viendo quan feroz andava entre toda su gente, tomó una gruesa lanza, y se fué para él, y desde que Sortibrán le vido, pidió una gruesa lanza á los suyos y con grande esfuerzo le salió al encuentro y rompieron las lanzas en muchas piezas, y echaron prestamente mano á las espadas, y se dieron tan recios golpes, que en poco rato entrambos escudos cayeron en el suelo hechos pedazos, y dandose con las espadas, el Duque Regnér le cortó las guardas de su espada, y la manopla, y los dedos de la mano, y le dió luego otro recio golpe encima

cima del yelmo, que le derribó del caballo aturdido, y allí le acabaron los peones, y pasó el Duque Regnér adelante derribando muchos de sus enemigos, así Caballeros, como peones.

Quando el Almirante Balán supo que Sortibrán era muerto, como desesperado, y fuera de todo sentido, echando espuma por la boca, y grande abundancia de lagrimas por los ojos, decia: O Sortibrán mi especial amigo, y leal Secretario! Porque me dexaste en tiempo de tanta necesidad? Mas no me maravillo que me dexases, y huyeses de mi compañía, pues viste que mi hijo huyó della, y en compañía de mis enemigos me haze cruel guerra, y mi hija no solamente me aborrece, mas como mortal enemigo, en pago de mis beneficios, entrego mi fortaleza, y mi mesma persona á mis enemigos, y lo mas que me aflige, que mis Dioses, á quien tantos servicios he hecho, y he gastado tantos tesoros por honrarles son mis contrarios, y favorables á mis enemigos. Pues como podrás tu tener firmeza conmigo, pues no me tubo lealtad mi propria sangre? Mas soy cierto, que si tu pudieras no me dexáras, y me fueras mas leal que mis propios hijos, y por esto te seguiré luego, por estar en tu compañía; y si algun tanto me detengo, no me culpes, que no será mi tardanza sino quando vengue tu muer-

muerte, y no creas que para ello me falten las fuerzas, que aunque la edad me las haya enflaquecido, me las han acrecentado el dolor de tu muerte, y la ingratitud de mis hijos, y diciendo esto, pidió una gruesa lanza, y como un leon hambriento entró entre los Christianos, y encontró luego con un Caballero con tanta fuerza, que con él, y con el caballo dió en el suelo; y encontró otro, y lo sacó de la silla, y con el pedazo de la lanza encontró otro, que sin lanza estaba, y le derribó, y echó mano á la espada, llamando á grandes voces al Emperador Carlo Magno. O Carlo Magno, donde estás? Pues en la Turquía entraste en busca mia, porqué huyes ahora de mi? Solo por topar contigo, y vengarme de tu persona, entré en esta batalla; grande honra seria á tu Imperial Corona, si con tus propias manos me dieses la muerte; y gran consuelo llevaria mi alma, si primero bañáre mi espada en tu sangre. Vente, pues, para este viejo cano, que tantas veces has amenazado, no ayas piedad de quien de los tuyos no la tiene, ni menos la tendrá de ti. Y diciendo esto, y otras muchas cosas, se cubrió del escudo, y apretó la espada en el puño, y como desesperado se metió en los Christianos, y en poco tiempo derribó treinta Caballeros, y atropelló mas de doscientos peones; y mirando

su espada, y sus armas, que muy teñidas estaban en sangre de los Christianos, empezó de nuevo á llamar al Emperador Carlo Magno, y desde que vido que no le podia hallar, entró con gran denuedo en los Christianos, haziendo gran matanza entre ellos. Todo esto estuvo mirando Fierabrás, y maravillado de las asañas de su viejo Padre estava puesto en confusion; pesavale de la muerte de los Christianos, y le temblavan las carnes quando pensava de poner las manos en su Padre: tenia verguenza, porque no servia lealmente á su Señor el Emperador Carlo Magno; y queriendo evitar el daño que el Almirante hazia en los Christianos, y el amor de Padre se volvia del camino; y quando veía la muerte de los Christianos, de su mesma lealtad era combatido; y el Almirante jamás descansava, derribando Caballeros, y peones; y viendo un Caballero, que se llamava el Conde Milón, armado de muy lucidas armas, y traía el yelmo muy dorado, y conociendo que era hombre principal, se fué para él con muy grande esfuerzo, y el Conde Milón le esperó valerosamente, y se dieron muy grandes golpes, y el Conde quebró su espada por junto á la empuñadura, y el Almirante le dió á su salvo tan gran golpe, que le hizo doblar el cuerpo, y juntar la boca en las ancas del caballo, y le tomó

en los brazos, y lo atravesó en el pescuezo del caballo, y dió vuelta para su gente, pensando que por él le haría algun partido el Emperador Carlo Magno. Viendo esto Fierabrás, forzado de lealtad, y del mucho amor que yá con los Christianos, tenia, arremetió á rienda suelta para quitarselo, y queriendoselo estorvar Tempeste, Rubion, y otros Caballeros, echó mano á la espada, y mató luego á Tempeste, y otros seis Caballeros que venian con el Almirante Balán, y se llegó á su Padre, y le tomó el caballo sin hazerle mal alguno, y el Almirante le quiso conocer asi en la cortesia, que con él usava, como en el grandór del cuerpo, y le dixo: Eres tú Fierabrás mi hijo? Y él le dixo que si. Entonces viendo el Almirante que mató delante de sus ojos á Tempeste su sobrino, y los otros Caballeros, aunque quisiera vengarse, no tubo mucho esfuerzo para herirle, ni aliento para hablarle, y desmayado cayó sobre el arzon delantero, y se abrazó con él, por no caer del caballo, y un Cabellero Christiano le quiso herir, mas Fierabrás se puso delante, y no lo consintió, y no se apartó de él hasta que tornó en sí; y quando fue tornado en sí, le dixo Fierabrás: Quanto bien me haria Dios, padre mio, si dexases los Idolos, y conocieses al verdadero Dios que te crió! Y el Almirante le dixo: Ma-

yor merced me hicieran mis Dioses, si tu no nacieras; y viendo Fierabrás una multitud de Turcos sobre el Estandarte de Carlo Magno dexó el Padre, y se fue para ellos con tal denuedo, que en poco rato los desbarató, y derribó.

## CAPITULO LVI.

*Como los diez Caballeros salieron de la torre, y entraron en la batalla; y como el Almirante fue preso.*

**E**RA tanta la multitud de los Paganos, que no se podia dar fin á la batalla, que continuamente venian gran cantidad de Turcos de muchas partes: viendo esto los diez Caballeros que estaban en la torre, y que los que la guardavan eran idos á la batalla, salieron de ella, y sin estorvo alguno de sus enemigos, tomaron sendos caballos de los que andavan sueltos por el campo, y Caballeros en ellos, con las espadas en las manos se metieron en la batalla: y sabiendolo el Almirante, recogió gran parte de su gente, y les quiso atajar el camino, porque no se jantasen con los otros, y alli hubo muy cruda batalla, y fue tanta la matanza de los Paganos, que todo el campo estava cubierto de sangre y de cuerpos muertos. Sabiendo

do el Almirante Balán que los diez Caballeros se avian juntado con los otros, dixo: Ahora es muy cierta la perdicion mia, y de mi gente, y apartado algun tanto de los suyos, decia: O Mahoma engañador? en que te deserví, que tanta enemistad tienes conmigo? Por que me dixiste que ganaria la torre, y me prometiste el vencimiento de la batalla? Bastavate engañarme una vez, y no tantas; y si de mi tienes enojo, por que consentiste que lo pagasen mis inocentes Caballeros? Buelvate, pues, si algun poder tiene tu ira sobre mi, y no consientas que pague tanta gente los yerros que yo cometí. Diciendo esto, y otras razones de grande lastima, fueron los suyos desbaratados, de tal suerte, que el que mas huya, pensava que mejor hecho hacia. Mas no por eso quiso el Almirante volver la cara á sus enemigos, antes los esperó con grandisimo corazon, y pensando dár á un Caballero con la espada en la cabeza, cortó todo el cuello del caballo: y viendose el Caballero á pié, mató alli mesmo el caballo del Almirante, y fué luego conocido, y á ruegos de Fierabrás no lo mató, mas sin hacerle mal alguno le llevaron delante de Carlo Magno, el qual estava en grande placer con sus Caballeros, y ellos estavan contando de las desdichas que les avian acaecido, y lo que pasaron en la torre, y

los beneficios que de Floripes avian recibido.

## CAPITULO LVII.

*Como el Almirante Balán, por ruegos, ni por amenazas, nunca quiso ser Christiano, y como Floripes fue bautizada, y casada con Guy de Borgoña, y fueron coronados Reyes de toda aquella tierra.*

**L**egado el Almirante Balán á Carlo Magno no. fue del bien recibido, y le mostró mucho amor, pensando que se tornaria Christiano: y el Emperador fue con sus Caballeros á la torre donde estaban Floripes con sus Damas; y como ella supo su venida, se vistió de los mejores vestidos que tenia con muchísimas joyas de muy grande valor, asimismo sus Damas, y le salieron á recibir á la puerta de la torre, y le besaron la mano, y el besó á Floripes en el carrillo, y fué muy maravillado, asi de su hermosura, como de las riquezas de los vestidos, y se estuvieron alli en gran placer hasta otro dia. Venida la mañana, mandó Carlo Magno llamar á Fierabrás, y dixole: Queria, Señor Fierabrás, que hablasemos con el Almirante vuestro Padre, paraque queriendo ser Christiano, se le hiziese por vuestro amor  
 mucha

mucha honra, y Fierabrás le suplicó, que se lo dixese el mismo. Mandóle llamar el Emperador, y venido el Almirante le dixo: Señor Almirante, todas las criaturas racionales deben dar singular honra, y alabanza á aquel que les dió el sér, conocimiento, y vida; y es justa cosa que se dé toda honra, y reverencia al que hizo el Cielo, y la Tierra, y todo lo que en ellos está, que es superior á todas las cosas criadas; y caen en muy grande simpleza los que ponen su esperanza en las cosas que ellos hacen por sus manos, hechas de materia insensible por el qual te ruego, que por la salud de tu alma, quieras dexar tus engañosos Dioses, ó Idolos, y creas en la Santissima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, y que recibas el Santo Bautismo, como ha hecho tu hijo Fierabrás: y si esto haces, allende de salvar tu alma, librarás tu cuerpo de muerte, y no perderás tus tierras, ni tu hazienda, que por amor de tu hijo te hago merced de todas ellas. Y el Almirante le respondió, que en ninguna manera tal cosa haria. Oyendo esto Carlo Magno, sacó su espada, y dixole: Si no fuera por amor de tu hijo Fierabrás, tu respuesta, y tus dias se acabarían en un punto, mas si no te bautizas, yo te mandaré matar. Y el Almirante le dixo: Carlo Magno, no manda eso la Ley de Jesu-Christo

tu Dios, que á nadie hicieses fuerza en tal cosa, que la verdadera creencia, del corazon ha de proceder: por tanto, no procures de hacerme consentir lo que no creo, y viendo esto Fierabrás se puso de rodillas delante de su Padre, y le rogó que hiciese lo que el Emperador le decia. El Almirante hubo miedo de morir, y dixo, que le placia y Carlo Magno, y todos sus Caballeros huvieron grande placer dello, y fueron aparejadas las cosas para ello necesarias, muy cumplidamente, y con mucha honra, y estando yá el Almirante sobre la Pila donde avia de ser bautizado, le dixo un Arzobispo: Señor Almirante, negais de puro corazon todos vuestros Idolos, que tanto tiempo os han traído engañado, y creed en N. Redentor Jesu-Christo, el qual nació de la Virgen Santa Maria, Señora Nuestra, siendo Virgen antes del parto, en el parto, y despues del parto? Entonces el Almirante, temblando como azogado de muy grande enojo, y la cara encendida como desesperado, dixo que no; y escupió en la Pila, en menosprecio del Santo Bautismo, y alzó la mano, y dió al Arzobispo en la cara, y le hizo salir la sangre por la boca, y por las narices, y le tomó por los cabellos, y le ahogára en la Pila, sino se lo quitáran; y desto fueron todos maravillados, y sino fuera por Fierabrás

rabrás le matáran subitamente. Viendo esto Carlo Magno, mandó llamar á Fierabrás y le dixo: Bien haveis visto lo que hizo vuestro Padre, y no fué tan liviano su yerro, que no mereciese cruel muerte por ello; mas por vuestro amor no se le ha hecho mal alguno: por tanto, ved que quereis que se haga dél, que entre nosotros no es de consentir tal hombre. Y Fierabrás le suplicó, que por aquel dia, y aquella noche siguiente huviese paciencia, y si á otro dia no se bautizava, que hiciese dél lo que bien le estuviese; y Carlo Magno fué contento dello, y estuvo Fierabrás todo aquel dia; y aquella noche rogando á su Padre, que quisiese ser Christiano, mas no quiso venir en ello; y venida la mañana, se lo rogó el Emperador Carlo Magno nuevamente, mas ninguna cosa aprovechó. Viendo Floripes, dixo á Carlo Magno: Señor, para que gastais tanto tiempo con el Almirante, que jamás será buen Christiano? Mandale matar, y será sacarle de pena, y á ti de enojo. Y Fierabrás le respondió: En esto veo mi buena hermana, la poca virtud de las mugeres que por cumplir sus deseos, ninguna cosa dexaron de hacer: por traer efectos tus carnales placeres con Guy de Borgoña, vendiste á tu Padre, y á todo tu linage, y fuiste causa de la muerte de mas de cien mil hombres; y no contenta

tenta con esto, despues de vencido el cuerpo, quieres que se pierda el alma, rogando que le maten sin recibir el Bautismo. Y ella dixo: No creas hermano, que no me pese de la muerte de mi Padre, y de la perdicion de su alma; mas sé de cierto, que aunque por vuestros ruegos, é importunaciones reciba el Santo Bautismo; que jamás será buen Christiano. Y buelto Fierabrás á su Padre, le dixo: Suplicote, Padre mio, que creas en Dios todo Poderoso, que hizo el Cielo, y la Tirra, y te hizo á su semejanza; y en Jesu-Christo su Hijo, que murió en el Arbol de la Cruz, porque nuestras almas no fuesen perdidas. Y el dixo, que de ninguna manera tal cosa haria; y que no le hablasen mas de ello, que mas queria morir; y Fierabrás dixo á Carlo Magno, que hiciese del lo que le estuviesen bien, y mandó que se lo quitasen de delante, y los peones lo llevaron al campo, y le mataron: y Floripes hizo llamar los Caballeros que havian estado en la torre, y les dixo, que les rogava que cumpliesen lo que havian prometido; y Roldán la dixo, que tenia razon, y dixo á Guy de Borgoña: Señor, primero será bien que ordenemos, que Floripes reciba el Sto. Bautismo, y despues entenderémos en vuestros desposorios, y bodas; y Guy de Borgoña dixo que le placia, y se lo dixeron al Emperador, y

man-

mandó al Arzobispo, que hiciese aparejar las cosas necesarias; lo qual fue hecho con puntualidad, y la bautizó, sin mudarle el nombre tampoco, como á su hermano Fierabrás, y fueron Padrinos Carlo Magno, el Duque Regnér, y Tietri, Duque de Dardania, y luego fueron desposados, y otro dia se velaron, y fueron hechas las bodas, segun á tales Señores pertenecia. Embió Carlo Magno en todas las Provincias del Almirante á amonestar las gentes, que dexasen los Idolos, y creyesen en la Fé de Christo, y recibiesen el Santo Bautismo, prometiendoles hacer muchas mercedes; y sino que les haria morir á mala muerte, ó los cautiveria. En poco tiempo fueron todos bautizados, y dió el noble Carlo Magno una parte de las tierras del Almirante á Fierabrás, y la otra parte dió á Guy de Borgoña, y á su muger, y con la corona del Almirante los coronó por Reyes de aquella tierra, con que la tuviesen por el, y en su nombre; y estuvo Carlo Magno en aquella tierra dos meses en gran placer, hasta dexarla toda quieta, y pacifica.

## CAPITULO LVIII.

*Como Floripes dió las Santas Reliquias á Carlo Magno, y como hizo Dios un grande milagro delante de todo el Pueblo.*

**C**ARLO Magno quando vió toda la tierra pacífica, y que los Turcos de su grado se havian buuelto Christianos, propuso de volverse para Francia, y llamó á Floripes, y la dixo: Hija, yo me quiero volver para mi tierra, y tengo tan gran deseo de vér las Reliquias que vos teneis, y las quiero llevar á tierra de Christianos, porque sean mas bien guardadas, y veneradas, y vos quedareis en esta tierra con vuestro marido Guy de Borgoña, y con vuestro hermano Fierabrás. Ella le demandó perdon, porque antes no se las habia enseñado, y entró por el cofre, y se lo traxo, y queriendose lo dar, quedó el cofre en el ayre entre las manos del Emperador, y las de Floripes, y fué causa de desarraigar alguna incredulidad, que en su corazon habia quedado; y el Emperador, y los otros Caballeros, puestos de rodillas, y llorando con mucha contricion de sus pecados, dieron infinitas gracias á nuestro Señor por las mercedes que les hacia; y el Arzobispo  
tomó

tomó el cofre, y dixo: Verdaderamente estas son las Santas Reliquias, que tanto tiempo avemos buscado, y las sacó de una, en una, y las mostró á los que presentes estaban, y salió muy suave olór de ellas, y fué Floripes muy maravillada de ello, de que quantas veces las havia sacado, nunca avia sentido aquel olór hasta entonces, y esto causó la gran virtud del Santo Bautismo, y fué de alli adelante muy constante, y firme en la Fé de Christo, y asimismo Fierabrás su hermano; y estando Carlo Magno de rodillas delante las Santas Reliquias, dixo: Todo poderoso Dios, que me disteis victoria contra mis enemigos, y me disteis gracia que hallase tus Santas Reliquias, y las sacase del poder de los Infieles á ti doy gracias, é infinitos loores, y te suplico, que por tu santissima piedad me dés gracia que las pueda llevar á Francia, y me quieras enseñar el lugar donde eres servido que estén; y el Arzobispo los bendixo á todos con las Santas Reliquias; y queriendolas volver al cofre, vió el Emperador que estaban en un viejo cendal colorado embueltas, é hizo traer un paño de brocado, en que se envolvieron, y el cendal dobló muy bien, y se lo metió en el seno. Puestas las Stas. Reliquias en el cofre, dixo Carlo Magno á Guy de Borgoña, y á Fierabrás: Hijos, y muy nobles Caballeros,

llos, yo os ruego que tengais vuestras tierras en mucha paz, y hagais justicia, asi á los menores, como á los grandes, y que tengais vuestras fortalezas guarnecidas de pertrechos, porque os podais resistir algunos dias, si los Turcos viniesen sobre ellas; y no fatigueis ni maltrateis vuestros vasallos, antes siempre procurad de ser bien quistos dellos, y serán las principales fuerzas de vuestras tierras. Que mandeis asimismo hacer Iglesias, donde se celebren los Oficios Divinos, y se sirva, y alabe á aquel verdadero Dios, y Señor, que tantas mercedes nos ha hecho; y mandareis, guardar vuestras fronteras, porque si alguna mudanza huviere en vuestros vecinos, esteis apercebidos para guardar vuestras tierras. Haveis, asimismo de hacer instruir vuestros vasallos en la Fé de Jesu-Christo, y tendreis buenos Predicadores, y hombres de buena vida, paraque los enseñen. Procurad asimismo desechar toda la heregía, y castigad por justicia á los que herráren. Y porque tengan temor vuestros vasallos, y los tengais mas sujetos, os quiero dexar quince mil hombres de pelea, los quales os encomiendo que sean muy bien tratados. Dicho esto, se despidió dellos, y le besaron la mano, y asimismo Floripes, y sus Damas; é hizo Floripes tan gran llanto al despedirse de Roldán, y de Oliveros,

y de los que en la torre havian estado cercados, que no podía Carlo Magno, ni Guy de Borgoña su marido consolarla: y bañada en lagrimas, y sollozos, que la querian ahogar, dixo al Emperador, que no recibió tanta pena en la torre cercada de sus enemigos, quanto sentia en apartarse dellos; y viendo que no se escusava la partida, con infinitos suspiros, y lagrimas, abrazandoles uno á uno, se despidió dellos; y queriendose despedir Roldán de su primo Guy de Borgoña, se le puso un nudo en la garganta, que una sola palabra no le dexó hablar; y Guy de Borgoña con mas lagrimas, que razones, le dixo: A gran dicha tendria; Señor que otro recibiese las mercedes del Emperador Carlo Magno, y se quedase con todas las tierras del Almirante, porque no me apartase yo de vuestra compañía. Y Roldán esforzandose quanto pudo, le dixo: Gran pesar siento en la partida, mas no se puede excusar, pues Carlo Magno lo ha asi ordenado. De la despedida de Oliveros, y de Fierabrás, no escrivo por no ser causa de dolor á los que lo leyeren, mas pesó tanto al noble Fierabrás, que puesto de rodillas delante del Emperador, le suplicó, que no le dexase apartar de su compañía, diciendo, que la estimava mas, que ser Señor de gran parte del Mundo: mas no consintió Carlo Magno que

se hiciese otra cosa, sino como él lo avia ordenado, y mandó luego tañer las trompetas, y poner la gente en orden para la partida; é yendo su camino adelante, se le cayó el cendal que traía en el seno en que havian estado embuel-  
tas las Santas Reliquias, y lo vieron los suyos en el ayre, sin llegar al suelo, ni á ninguna parte, y fueron corriendo á decirlo al Emperador, que delante iba; y volvió luego el Arzobispo, y le pusieron en el cofre de las Reliquias con mucha reverencia.

### CAPITULO LIX.

*Como el Apostol San-Tiago se apareció á Carlo Magno; y como fué guiado de ciertas Estrellas hasta Galicia.*

**E**L noble Emperador Carlo M. despues de muchos trabajos recibidos por ensalzar la Fé Christiana, y despues de aver ganado muchas Provincias de Paganos, propuso de no seguir yá las guerras, y de apartarse á tener vida contemplativa, dando infinitas gracias á Dios, y alabanzas á su Criador, que tantas mercedes le avia hecho en la sujecion, y vencimiento de sus enemigos. Y estando una noche mirando al Cielo, que estava muy estrellado, vió una Es-  
tre-

trellas en grande concierto puestas, señalando de sí mismas un camino, y empezaban aquel concierto de Estrellas desde la Mar de Frisa, y pasaba por Alemania á Italia, y entre Francia, y Aquitania pasaba por Gascuña á tierra de Bascos, y Navarra, las cuales Provincias con grandes trabajos, y continuas guerras él habia atraído á la Fé de Jesu-Christo; y seguia aquel concierto de Estrellas hasta Galicia, donde estaba el cuerpo de San-Tiago, y no se sabia aun lugar cierto, y miraba cada noche aquellas Estrellas, y maravillado dellas, decia entre sí, que aquello no era sin grande misterio: y despues de haberlo mirado muchas veces, con gran deseo de saber que podia significar aquel concierto de Estrellas, se puso en oracion, y rogó á Dios, que por su santa piedad le hiciese sabidor de ello. Estando una noche en este pensamiento, vió á deshora sobre su cama un hombre muy hermoso, y de gentil presencia, y el Emperador Carlo Magno se quiso levantar para hacerle acatamiento, y él le dixo, que se estuviese quieto, y preguntole, que era lo que tanto deseava saber; y el Emperador le dixo, que deseava mucho saber, que significaba aquel concierto de Estrellas, que nuevamente parecia ser en el Cielo; y él dixo: Sepas Carlo Magno, que yo soy San-Tiago, Apostol de N. Señor Jesu-Christo,

hijo del Zebedeo, hermano de San Juan Evangelista, y embiado para decirte, que aquellas Estrellas puestas en aquel concierto te seran guia para llevarte á Galicia, al Lugar donde está mi cuerpo en poder de Paganos, y es voluntad de Dios, que ganes aquella tierra, y la convertirás á su Santísima Fé, y creencia; y despues de ganada harás un Templo en mi nombre, donde vendrán de todas las partes de la Christiandad á ganar grandes Indulgencias, y remisiones de pecados, y esto durará hasta la fin del Mundo. En esta manera que digo apareció San-Tiago tres veces al Emperador Carlo Magno, y dende á poco tiempo allegó cinquenta mil hombres de pelea, y con ellos empezó á seguir el camino que le enseñavan las estrellas; y pasó toda Francia, y Gascuña, y el primer lugar que se le reveló, fué la Ciudad de Pamplona, que era muy fuerte, y bien abastecida de todos pertrechos y havia en ella grande numero de Turcos, que salian muchas veces á escaramucear con los del Real, y estuvo tres meses sobre ella, sin hacerle mucho daño, que estava muy cercada. Viendo Carlo Magno las grandes fuerzas de la Ciudad, y que no la podia tomar, sino por gran discurso de tiempo, no supo que remedio tenerse, salvo encomendarse á Dios, y al Señor San-Tiago, por cuyo mandado se pusieron en aquel camino,

mino, diciendo desta manera: Señor Dios mio, Criador, y Redentor, pues por tu mandado vine á esta tierra paraque fuese ensalzada tu Santisima Fé: y tu Señor San-Tiago que fuiste medianero paraque me fuese dado este cargo, os suplico humildemente que me sea dada gracia, y poder para ganar esta Ciudad, y que pueda traer este Pueblo á verdadera carrera de salvacion, y desviarlos de tan grandes errores. Y diciendo esto Carlo Magno estava de rodillas delante de un devoto Crucifixo, que continuamente consigo traía, y antes que se levantase, le dixeron como gran parte de la cerca de la Ciudad se avia caído; y conociendo que convenia por la gracia de Dios le dió infinitas gracias por ello, y mandó poner su gente en ordenanza, y entró en la Ciudad. Viendo los Paganos que la cerca se avia caído sin apremio alguno, fueron muy espantados, y muchos dellos se salieron por una puerta falsa. y asi desampararon la Ciudad, y entrando Carlo M. en ella, mandó que á los que quisiesen ser Christianos, no hiciesen mal alguno, y que los otros muriesen á la espada. Y viendo los Paganos el grande milagro, que Dios mostró sobre la cerca, la mayor parte dellos se convirtieron á Dios, pidieron el Bautismo, y lo mismo hicieron las Comunidades del rededor; y Carlo Magno mandó edificar Iglesias, y Monasterios

terios, y darles renta cumplidamente, para que Dios fuese servido, y alabado. Despues siguió su camino, hasta que entró en Galicia, y en muy poco tiempo la señoreó toda. honrando siempre mucho á los que se volvian Christianos, y mantando á los que de ello se desviaban. Seguale siempre de continuo el Arzobispo Turpin, y por su propria mano bautizaba, y doctrinaba á todos los que demandaban el Santo Bautismo; y llegó hasta Finibus Terræ, que entonces se llamaba Petronum, y alli hincó la lanza en tierra, y puesto de rodillas, dió infinitas gracias á Dios nuestro Señor, y al Bienaventurado San-Tiago, por tan grandes mercedes como de él avia recibido en averle dado poder para sujetar tantos Pueblos, y tanta tierra, y tan fuerte en tan poco tiempo. Conquistó en Galicia, y en todas sus comarcas, diez y seis Lugares, y Villas, todas muy fortisimas entre las quales ganó una muy bien pertrechada, que se llamaba Betrosa, en donde se hallaban minas de plata, y otra, que se decia Centiva, donde se halló el Cuerpo de San Torqueste, que fué Discipulo de San-Tiago, en cuya sepultura habia un pie de Olivo, que cada año un día del mes de Mayo producía flores, y frutos muy abundantemente. Reduxo asimismo á la Fé de Christo muchos Pueblos en el Reyno de Portugal, algunos por fuerza de armas, y otros que

que por tantas virtudes, y buenas costumbres, que de él oían decir, espontaneamente se le entregaban. Puso su Real sobre una Ciudad, que se decia Lucerna, la qual estava en un fructifero, y deleytoso Valle, que se decia Valverde, y estuvo sobre ella quatro meses, y viendo que no lo podia ganar, antes siempre perdia de su gente, y que en toda aquella Provincia no avia otra Ciudad fuerte, que rebelde le fuese, puso-se en oracion, y rogando á Dios, y á su bendita Madre, que le diese gracia para ganarla, y reducir la á su Santissima Ley, porque no maltratasen los Pueblos Christianos, que con ella confiaban. Y Dios por su santa misericordia, y piedad oyó su oracion, y delante de sus ojos se cayó gran parte de la cerca, y hubo muy grande mortandad á la entrada, así de una parte como de otra, mas finalmente la señoreó, y no halló en toda la Ciudad una sola persona que quisiese conocer á Dios, ni recibir el Santo Bautismo, y mandóles matar á todos, salvo los niños inocentes: los quales hizo sacar de la Ciudad, y los mandó llevar á los Lugeres de los Christianos, para que fuesen bautizados, y saliendo de la Ciudad con toda su gente, la maldixo, y á vista de los que con él estaban se hundió, é hizo un lago, donde despues se hallavan peces negros como carbon; y maldixo quatro Lugares, don-

de despues nunca habitó persona alguna.

## CAPITULO LX.

*Que habla de un grandisimo Idolo; que fué hallado en una Ciudad.*

**T**Rabajando Carlo Magno de continuo en la destruicion de la heregia, y encaminar las gentes en el verdadero camino de la salvacion de sus almas, y queriendose ocupar en hacer edificar un Templo á honra, y nombre del glorioso y bienaventurado Apostol Señor San-Tiago le dixeron como en las partes de Andalucia, en una Ciudad nombrada Salcadis en lengua Arabiga, que quiere decir en nuestra lengua, el lugar del grande Dios, avia un Idolo por sutil arte hecho, y por arte magica ordenado, y decíase, que Mahoma le hizo por sus manos mismas, y havia encerrado en él. por arte magica, una legion de diablos para guardarlo; y porque el Pueblo diese mas credito á sus engaños, lo guardavan los diablos con tanta diligencia, que ningun Christiano no era osado á acercarse en el termino de media legua; y si por acaso alguna Ave se ponía en él, luego caía muerta; y quando los Paganos le ívan á adorar, les hablava, y respondia á todo lo que le preguntavan;

por

por esto ninguno osava hurtar, ñi robar, y se guardavan de hacer otros muchos males, temiendo que el Idolo los descubriese, y por esto lo tenia aquel Pueblo por verdadero Dios, y sabidor de todas las cosas y era de christal fino, tan grande como un hombre: estava puesto encima de una piedra de jaspe maravillosamente labrada, tan alta que á mala vez se podia divisar, y era la piedra en que estava de ocho esquinas, y hecha por manos de grandes Maestros, y muy gruesa por el pié, y delgada por arriba; y estava el Idolo bueltó azia en medio dia, y tenia en la mano derecha una llave, y en la otra un dardo; y sabian los Paganos por grande antigüedad, que quando el Idolo dexase caer la llave que tenia en la mano, serian destruidos, y echados de sus tierras. Y como supieron que el Emperador Carlo Magno les venia á dár guerra, juntaron muy grande multitud de gente, y bien apercebidos, y puestos en ordenanza, le salieron á esperar en el campo: y estando en esto, dexó el Idolo caer la llave que en la mano tenia; y ellos quando esto vieron, atemorizados teniendo su perdicion por muy cierta, enterraron todos sus tesoros, y riquezas de valor, y se fueron huyendo, desamparando la Ciudad, y dexando el Idolo: llegando el Emperador Carlo Magno, entró en la Ciudad sin resistencia alguna, y mandó derribar la piedra, y el

Idolo, é hizo poblar la Ciudad de Christianos.

## CAPITULO LXI.

*Como el Emperador Carlo Magno mandó edificar la Iglesia del Señor San-Tiago en Galicia.*

**D**espues que el Emperador Carlo Magno huvo ganado aquella Ciudad, y huvo destruido las heregías. y derribado aquel Idolo, que tantos Pueblos traia engañados, se volvió para Galicia, y alli hizo fundar una hermosa Iglesia, en honra, y alabanza del Bienaventurado Apostol San-Tiago, y distribuyó gran parte de sus riquezas á los pobres, y tambien hizo grandes mercedes á los nuevamente convertidos, y estuvo en aquella Provincia tres años: y viendo que la tierra estava pacifica, y las heregías del todo destruidas, se volvió para Francia, y llegando á Tolosa; mandó edificar otra Iglesia en honra, y alabanza del Apostol San-Tiago, y la abasteció de hermosas Campanas, y Calizes de oro, y de Capas riquisimas, y todas las otras cosas necesarias, y dió gran renta. Hizo asi mismo un muy rico Hospital, y le dió gran renta; y á mas de estas Iglesias, y otros Hospitales, y Monasterios, que fundó de

sus propias rentas, fundó las Iglesias siguientes: Primeramente en Aquisgran de Alemania mandó hacer una devota Iglesia de nuestra Señora, muy hermosa, y muy rica. En Viterbo, en tierra de Roma, mandó fundar una devota Iglesia en nombre del Señor San-Tiago, y la dió gran renta. En Gascuña mandó hacer otra Iglesia tambien al Apostol San-Tiago, muy devota, y asimismo la dió gran renta. En París mandó hacer otra Iglesia al Señor San-Tiago, entre la Sena, y el monte de los Martyres; y no escribo de las Iglesias pobres que repasó, ni los devotos Monasterios, y Hospitales que fundó.

## CAPITULO LXII.

*Como un Rey de Turquía pasó la Mar con gran poder, y tomó ciertos Lugares de Christianos, y como Carlo Magno los volvió á ganar.*

**C**ARLO Magno despues que fue buelto para Francia, estuvo algun tiempo sin guerra, mas no por eso estava una hora ocioso, antes mandaba visitar muy á menudo las Ciudades, y Villas de sus Reynos, para saber si eran regidos con justicia, y si los grandes agraviaban los menores; visitava asimismo todas las Iglesias

sia pobres, y los Monasterios, y Hospitales, y los mandó reparar, y proveer de todo lo que le era necesario. Estando en este exercicio, un Rey Moro llamado Aygolante, vino de Africa con cien mil hombres de pelea en tierra de Christianos, y tomó muchos Lugares, y mató muchos Christianos, y venido esto á noticia de Carlo Magno, doliendose mucho dello, mandó allegar cincuenta mil hombres de pelea, y despues de bien armados, y apercebidos, se puso en camino en busca del Rey Aygolante, y llegados dos leguas de donde estava, y certificado Aygolante de su venida, le embió sus Embaxadores diciendole, que el havia pensado de que manera no muriese mucha gente en la guerra, que con él esperaba de haver y era esto. Que le enbiase veinte de sus Caballeros, y que pelearan con ellos, que él daria otros veinte, ó cinquenta, ó cien, ó mil contra mil, y que no se moviese ninguno hasta que los unos, ú los otros fuesen vencidos. Carlo Magno no queria consentir en ello, mas sus Caballeros se lo rogaron mucho, y lo huvo de hacer, y mandó apercebir cien Caballeros, y fue ordenado el campo entre el Real de los Christianos, y de los Moros. Venido el dia, duró la batalla desde la mañana hasta la tarde, y de los Caballeros Moros no quedó mas de uno, y otro dia por la maña-

mañana embió Aygolante doscientos Caballeros muy bien armados; y Carlo Magno embió otros doscientos, y plugó á Dios que la mayor parte de sus enemigos fuesen muertos, y los otros malamente heridos; y Aygolante embió á rogar al Emperador, que embiase mil Caballeros contra otros mil suyos, y luego fueron puestos en orden mil Caballeros Christianos, y Aygolante hizo escoger entre todos los de su Real mil Caballeros Turcos; y puestos en camino, empezaron muy cruda batalla, mas finalmente murió la mayor parte de los Turcos, y los otros volvieron rienda para su Real, y los Christianos los siguieron hasta que entraron entre los suyos, y se movió todo el Real contra ellos; mas Aygolante los hizo muy prestamente volver, y pasaron tres dias sin que ninguno dellos se moviese. En estos tres dias hizo Aygolante hacer grandes experiencias á ciertos Astrologos que tenia, y le dixeron, que si el Emperador Carlo Magno prosiguiese por entonces la guerra, que perderia gran parte de su gente; y entonces embió á decir á Carlo Magno, que saliese al campo con toda su gente que él saldria con la suya; y Carlo Magno fue muy contento dello, y mandó apercibir toda su gente, y ordenar su batalla; y el dia antes de la batalla; estando los Christianos en un campo

llano, hincaron sus lanzas en el suelo, y venida la noche, las dexaron estar así hincadas, hasta el otro día de mañana, y mostró nuestro Señor un grande milagro, que las lanzas de todos aquellos que murieron en aquella batalla, se hallaron verdes, y floridas, con cortezas, y raíces; y en aquel mismo lugar estan los cuerpos de los Bienaventurados Martyres San Facundo, y San Primitivo en una Ciudad que el Emperador Carlo Magno mandó edificar, y poblar de Christianos, en honra de aquellos cuerpos, y en memoria de tan grande milagro, y cada uno tomó su lanza para salir á la batalla, y los que las hallaron verdes, las cortaron hasta el suelo, y las repararon para poder servirse dellas, sin saber lo que aquello significava, aunque veian que era grande milagro, y no lo supo ninguno, salvo el Emperador, á quien plugó á Dios fuese revelado. Y puesta la gente en ordenanza, y ordenada la batalla, de la una parte, y de la otra, se comenzó muy cruda batalla, y murieron en ella trescientos Caballeros Christianos, hombres principales, sin los otros, y sin el peonage; entre los quales murió el Duque Milón, Padre del noble Caballero Don Roldán, y mataron el caballo á Carlo Magno, y peleó á pié gran parte del dia; é hizo grandes proezas; y yá que llevaban los Paganos lo mejor de la batalla,

los caballos de los Christianos muertos entraron en la batalla, y pelearon con tanto concierto como si en ellos huviera entendimiento; y venida la noche huvieron por bien de dexar la batalla, asi los unos, como los otros, y plugó á Dios nuèstro Señor, que el dia siguiente, aperciéndose los unos, y los otros para la batalla, llegaron al Real de Carlo Magno quatro Marqueses de las partes de Italia, cada uno con quatro mil hombres de pelea, muy bien armados; y sabiendo esto Aygolante, empezó á huír secretamente ázia el Mar, y los Christianos los siguieron, y les tomaron todo el fardage, y las riquezas que traían, y el Emperador Carlo Magno lo dió todo á los Caballeros que le vinieron á ayudar, y otro dia se despidieron dél, y el Emperador, se volvió para Francia, y estuvo siete años sin guerra alguna, viviendo en vida contemplativa.

## CAPITULO LXIII.

*Como Aygolante volvió, y embió á Carlo Magno que le quisiese hablar; y como Carlo Magno en habito de Mensagero fué á hablarle.*

**C**OMO arriba dixé, quando Aygolante vió el socorro, que de Italia havia venido á Carlo

Carlo Magno se volvió para su tierra: quando supo que el Emperador se havia retraído á vida contemplativa, y que no curaba yá de guerra, pensó en sí, que entonces tendria buen aparejo para hacer guerra á los Christianos, y tomarles sus tierras. Convocó en su compañía nueve Reyes Paganos, y cada uno con toda la gente que pudo allegar, le vino á favorecer, y se hallaron en su servicio doscientos mil hombres de pelea, aunque havia muchos desarmados, y no diestros en las armas. Y con esta gente pasó á Gascuña, y tomó luego una Ciudad, que se decia Agentes, y alli hizo su asiento, y deseaba mucho conocer de vista al Emperador Carlo Magno, por vér su fisonomia, que por el valor de su persona yá lo conocia, esto hacia por conocerlo en las batallas; asi se movió la mucha diligencia que puso Carlo Magno en juntar gente, quando supo que havia aportado á Gascuña, no huyendo del gran trabajo de las guerras, ni curando del descanso, aunque su edad yá lo pedia, y por esto deseaba conocerle, y como supo que con muy lucida gente le venia á dár batalla, le embió tres dromedarios cargados de oro, y plata labrada, y piedras de grandisimo valor, y le embió á rogar que quisiese ir á cierto lugar con poca gente, que el iria asimismo con algunos de los suyos para hablarle,

blarle, y que darian alguna orden á sus guerras, ó á sus paces, porque diese yá algun descanso á sus fatigados miembros, y pudiese seguir la vida contemplativa, pues que de eso era Dios servido, mas que de las guerras. El Emperador recibió muy bien á los Mensajeros, y dixo que le placia, y mandó luego apercebir dos mil Caballeros, y con ellos fue hasta un Monte, no lexos de la Ciudad, donde estaba Aygolante, y dexando las armas, se puso en habito de Correo, y con tan solamente un Caballero, vestido de la misma manera, y sin armas, se fue para el Rey Aygolante; y llegados á la puerta de la Ciudad, fueron conducidos á Aygolante en son de presos, y Carlo Magno le dixo: El muy noble Emperador mi Señor me embia à hacerte saber, que en la parte que tu le embiaste á decir, te está esperando con tan solamente cincuenta hombres, y quando quisieres podrás ir á hablar con el; y Aygolante le dixo, que se volviese que muy prestamente seria con él. Y despedido del Rey, se fue para la Ciudad, y miró muy bien la puerta, y donde estaba menos fuerte la cerca, y asimismo su gente, de que no hizo mucha cuenta aunque era mucha: y despues que lo hubo bien mirado todo, se volvió para su gente, que estaba en el Monte: y Aygolante se partió de la

Ciudad con diez mil hombres para ir á hablar á Carlo Magno, y sabiendo el Emperador que venia con tanta gente, se fué adelante con los suyos, acia donde havia dexado los otros.

### CAPITULO LXIV,

*Como Carlo Magno tomó la Ciudad donde estaba el Rey Aygolante.*

**D**Espues que Carlo Magno huvo mirado las fuerzas de la Ciudad, y el Real de sus enemigos, no dudando en la victoria, hizo apercibir su gente, y mandó que fuesen proveidos de armas los que las huviesen menester: y puesta la gente en ordenanza, y ordenadas sus huestes se puso en camino para la Ciudad donde estaba Aygolante; y en el Monte donde se havian de hablar los dos, halló muy gran multitud de Paganos puestos en dos batallas, y huvo alli una muy cruda guerra, en que fueron los Paganos destrozados, y muertos gran parte de ellos, y los otros huyeron, pensando meterse en la Ciudad; mas por miedo de los Christianos no les osaron abrir las puertas los que dentro estaban, y estaba dentro el Rey Aygolante con algunos Principes, y Caballeros. Carlo Magno mandó se quedase alguna

na gente para guardar las puertas, porque no saliese al Rey Aygolante, y los otros siguieron el Alcançe hasta la noche, matandolos sin resistencia alguna. Buelto Carlo Magno, puso su Real en la Ciudad, y la tuvieron cercada tres meses; y viendo Aygolante que no podia tener mucho tiempo la Ciudad, por mengua de vituallas, mandó cabar debaxo de tierra, y en poco tiempo cabaron tanto, que hicieron camino por donde salieron todos, y se metieron en otra Ciudad: y viendo los Christianos que no havia gente por la cerca de la Ciudad, ni sentian boñicio alguno, derribaron una puerta, y entraron dentro, y fueron muy maravillados, quando vieron la Ciudad sola, y hallaron la cueva por donde se havian ido, y fueron prestamente tras ellos, y se pusieron sobre la Ciudad donde estava el Real, y estuvieron sobre ella sesenta dias: y el Rey Aygolante embió á decir á Carlo Magno, que si queria que ellos dos, cuerpo á cuerpo hiciesen batalla, con esta condicion, que si Carlo Magno fuese vencido, que se volviese para Francia, sin hacerle mas guerra; y que si él fuese vencido, que pasaria la Mar con la poca gente que tenia, sin jamás volver á aquellas partes. Y Carlo Magno fué contento dello, mas sus Caballeros no lo quisieron consentir en ninguna mane-

ra; y Aygolante dixo, que fuese la batalla entre doscientos Caballeros Christianos, y doscientos Paganos; y escogido el campo, y el dia de la batalla, comenzandola los Caballeros, el Rey Aygolante se fué calladamente, y no pasó hasta las Fronteras de Aragon, y de los doscientos Caballeros suyos no escapó ninguno, que no fuese muerte, ó preso.

### CAPITULO LXV.

*Como Carlo Magno se fué para Francia, y como volvió otra vez á dár batalla al Rey Aygolante, y de la compañía que traxo de Francia.*

**V**iendo Carlo Magno, que en toda Gascuña no quedava Pagano ninguno, ni havia quien hiciese guerra en aquellas partes, se volvió para Francia, y dende pocos dias despidió todo la gente de guerra, y no pasaron muchos dias, quando Aygolante allegó gran numero de Paganos, y le embió á desafiar: y huvo Carlo Magno grande enojo dello, y mandó llamar á todos sus Varones, y les rogó, que con todo el poder que cada uno pudiese, le fuesen ayudar contra Aygolante, y su gente, los quales vinieron á su mandado. Primeramente vino el

el Arzobispo Turpin, con dos mil hombres de pelea, y Don Roldán de Ceconia, sobrino de Carlo Magno, hijo de su hermana Doña Berta, y el Duque Milón, con quatro mil hombres de pelea: Oliveros Conde de Genes, hijo del Duque Regnér, con tres mil hombres. Arastragus Rey de Bretaña, con cinco mil hombres de pelea; aunque de Bretaña avia otro Rey. Eugulius Duque de Aquitania, con seis mil hombres. Gaferius Rey de Bordeloyes, con quatro mil hombres. Gaudeboys Rey de Frisa, con siete mil hombres. Baldonio hermano de Roldán, con dos mil hombres. Naymes Duque de Bebaria, con diez mil hombres. Ogér de Danois, con diez mil hombres. Senson Duque de Borgonia, con diez mil hombres. Guarin Duque de Loreyna, con seis mil hombres, y otros muchos que aqui no son nombrados. Y sin estos allegó Carlo Magno en su tierra treinta mil hombres de pelea.

## CAPITULO LXVI.

*De las treguas de Carlo Magno, y del Rey Aygolante, de la muerte de sus Caballeros, y porque el Rey Aygolante no quiso recibir el Santo Bautismo.*

**L**egado Carlo Magno con su gente á las fronteras de Aragon, Aygolante le embió

á rogar que embiase veinte Caballeros Christianos, contra veinte Paganos. Y el Emperador Carlo Magno los embió al lugar diputado, y dia señalado; y los Paganos fueron muertos, sin que ninguno escapase. Y despues fueron embiados quarenta para quarenta, y fueron asimismo muertos los Paganos. Y el Rey Aygolante embió á rogar al Emperador que quisiese embiar mil Caballeros Christianos contra mil suyos, con esta condicion, que si los suyos eran vencidos, que prometia de volverse Christiano, y dexar todos sus Idolos, y fué Carlo Magno muy contento, y llegados los Caballeros al campo de la batalla, empezaron muy cruda batalla; y los Paganos no murieron todos, mas echaron á huír; y de los Christianos no hubo sino tres muertos, y seis heridos. Quando Aygolante vió eso, dixo que verdaderamente la Ley de los Christianos era mejor que la de los Turcos, y propuso de recibir el Santo Bautismo, y pidió treguas á Carlo Magno para entrar solo seguramente en su Real; y Carlo Magno se lo otorgó, y asi el dia siguiente antes de medio dia entró Aygolante al exercito de Carlo Magno; y sabiendo que estava sentado á la mesa, quiso verle comer, por saber la manera de su servicio, y venia principalmente para recibir el Bautismo, y mirando á Carlo  
Mag-

Magno, que estava comiendo, vió que le servian muy honradamente con grande abundancia de viandas, y vió sus Varones asentados á la mesa con él, ricamente ataviados, y asimismo bien servidos; y vió á otra parte desviados de su mesa, trece pobres, asentados en el suelo, y les davan de lo que alzavan de la mesa; y esto mandava hacer todos los dias el Emperador Carlo Magno, en servicio de nuestro Señor Jesu-Christo, y de sus doce Apostoles, y Aygolante preguntó á Carlo Magno, despues que hubo comido, qué gente era aquella que estava en su sala, comieado en el suelo, tan miserablemente vestida? Y el Emperador le respondió, y dixo: Estos son pobres de Jesu-Christo, y les mando dar de comer por servicio de Dios, y en remembranza de nuestro Redentor, y de sus Apostoles. Y Aygolante dixo: como Carlo Magno, á la gente de tu Dios tratas desta manera, que los dexas morir de frio por mengua de ropas, y les das de comer en el suelo como á los perros, y les das lo que tu, y tu gente dexais sobrado? Y á tu gente tienes á tu mesa muy bien ataviada, y mejor servida? Grande injuria haces á tu Dios, quando tratas mal á su gente. Dices de tu lengua Carlo Magno que tu Ley es muy buena, y perfecta, y en tus hechos la muestras mala, y de ningun valor:

Fué

Fué tan escandalizado, que dexó su buen proposito, y buelto en su Real, embió nuevamente á desafiar á Carlo Magno.

## CAPITULO LXVII.

*De la muerte del Rey Aygolante, y de su gente, como murieron muchos Christianos por codicia de llevar las riquezas de los Moros, y de un grande milagro que mostró Dios N. Señor á los Christianos.*

**E**L Emperador Carlo Magno, quando vió á Aygolante en su Real, pensando que recibiria el Bantismo, fué muy alegre, y sabiendo que se havia ido asi escandalizado, le pesó mucho por ello, y mandó buscar todos los pobres que estaban en el Real, y los mandó vestir á todos, y mandó tambien, que los trece, que dende en adelante fuesen servidos como su misma persona; y asi se hizo en sus Palacios: mientras vivió Carlo Magno. El dia siguiente, Aygolante mandó apereibir su gente, y puestos asimismo los Christianos en ordenanza, hubo tan cruel batalla, que los cuerpos muertos, y los arroyos de sangre, que corria por el campo, cerrava los pasos á los vivos, y viendo Aygolante la muerte de su gente, deseoso ya de morir,

rir se metió tanto en los Christianos, que quedó muerto en el campo, y los suyos echaron á huir, y escaparon tres Reyes, con alguna otra gente, y quando los Christianos fueron señores del campo, entraron en la Ciudad, y mataron quantos en ella hallaron, y estuvieron en ella todo aquel dia, y aquella noche; y otro dia mandólos Carlo Magno poner en ordenanza, y salió de la Ciudad, y los peones quedaron atrás, y llevaron grandisimas riquezas que hallaron en la Ciudad, y los Reyes que havian escapado de la batalla supieron que los de caballo iban delante, y que los de á pié quedaban atrás cargados de los tesoros de la Ciudad, y fueron para ellos en buena ordenanza, y sin mucha resistencia mataron quatro mil dellos. Y como las nuevas de Aygolante, y de sus Caballeros viniesen á Furre Principe de Navarra, gran Señor, y muy valiente por su persona, embió á decir á Carlo Magno, que le esperase en el campo, y Carlo Magno tenia tanta Fé en el favor de Dios, y tanto deseo de pelear por su Santisima Ley, que hubo gran placer de ello; y asignado el campo, y el dia de la batalla, el noble Emperador se puso en oracion, y rogó á Dios, que le quisiese dar á conocer los Caballeros que en aquella batalla avian de morir. El dia siguiente, que era el de la batalla, estando toda la gente

arma-

armada, vido Carlo Magno, que todos los que avian de morir en ella, tenian una Cruz colocada en el hombro izquierdo, y dió infinitas gracias á Nuestro Señor por ello; y aviendo piedad dellos, los llamó á todos, y los encerró en cierto lugar, y les mandó que en ninguna manera saliesen á la batalla, y con la otra gente dió guerra á Furre, y en poco tiempo los desbarató, y mató la mayor parte de sus gentes, y quando se vido Señor del campo, y libre de sus enemigos, se volvió á donde havia encerrado los otros, y los halló muertos á todos, y conoció que la voluntad de Dios era dar aquel dia su Santa Gloria, y la corona del Martyrio á aquellos que tenian aquellas señales, y que avia hecho simplemente en quererlos prolongar la vida.

### CAPITULO LXVIII.

*Que habla de Ferragus maravilloso Gigante, que llevaba los Caballeros debaxo del brazo; y como Don Roldán huvo batalla con él.*

**D**Espues que el Rey Aygolante, y el Principe Furre fueron muertos, y otros muchos Reyes, y grandes Señores de Turquía, fueron las nuevas al Almirante de Babilonia, el qual

qual tenia en su tierra un Gigante, que se llamava Ferragus, y mandó apercibir treinta mil hombres de pelea, y en compañía del Gigante los embió á hacer guerra á Carlo Magno, y aportaron á una Ciudad, que se llamava Vagiere, y tomaron algunos Lugares de Christianos, y despues embió Ferragus á decir al Emperador, si queria aver batalla uno à uno; y el Emperador, que jamás huvo de ninguna peligrosa batalla por la Santa Fé de Jesu-Cristo, aceptó el desafio, y señaló el campo de la batalla. Entonces sus Varones le rogaron, que en ninguna manera tal hiciese, ofreciendose todos á salir á pelear con el Gigante por él, diciendo, que en su vida se encerrava la honra de todo su Exército, y á ruego dellos dexó de salir á la batalla, y mandó al noble Ogér de Danois, que se proveyese de muy buenas armas, y buen caballo, y otro dia por la mañana saliese á la batalla con el Gigante Ferragus; y él fué muy contento dello. Venida la mañana, Ogér de Danois armado de todas armas, Caballero en un hermoso caballo, salió al campo donde estava señalada la batalla, y luego salió Ferragus, y miró à todas partes si venia mas de un Caballero, y como vido que estava Ogér de Danois solo, se llegó á él sin hacer semblante de batalla, y le tomó debaxo del brazo, y sin ha-

hacerle mal ninguno le entró en la Ciudad, y le mandó meter en una fuerte torre. Este Gigante era tan alto como dos muy grandes hombres, la cara tenia dos palmos de largo, y otro tanto de ancho; sus brazos, y piernas parecian grandes vigas de lagar, y tenia la fuerza de quarenta hombres, y traía dos arneses vestidos uno sobre otro; su yelmo tenia tres dedos de grueso, los dedos de las manos tenian un palmo de largo: y dexando á Ogér de Danois en la torre se volvió otra vez al campo, y sabiendole el noble Emperador Carlo Magno, embió otro, que se llamava Renaldo de Abempim; y Ferragus le tomó ligeramente, y lo llevó á la torre, y volvió luego al campo. El Emperador le embió á Constantino de Roma, y llevó con los otros; y Carlo Magno le embió dos juntos, y Ferragus tomó el uno debaxo de un brazo, y al otro debaxo del otro, y tambien los llevó ligeramente á la torre con los otros. Viendo esto Carlo Magno, fué muy espantado, y no osava embiar otro, ni sabia que hacerse, porque embiarle muchos, siendo él solo, le parecia feo; y uno, ni dos no aprovechava nada, y estaba muy pensativo por ello. Roldán viendo la fuerza del Pagano, estava asimismo mal contento, que los que alli avian llevado, eran todos buenos Caballeros; y sin temor alguno de las grandes,

fuer-

fuerzas del Gigante, fué á pedir licencia á Carlo Magno para salir á la batalla, mas no se la quiso dár. Y aviendo estado Ferragus gran rato en el campo solo, embió al Emperador, que le embiase con quien pelear, que grande mengua era suya no tener en su Corte quien saliese á la batalla con un solo Caballero: esto, y otras amenazas feas le embió á decir muchas veces. Oyendo esto Roldán, le tornó á suplicar que le diese licencia para salir á la batalla con el Gigante, que mas honra le seria morir en ella, que sufrir sus amenazas; y viendo Carlo Magno la importunacion de Roldán, y las amenazas de Ferragus, huvo de darle licencia, y le dixo, que llevase otro Caballero en su compañía; y Roldán le dixo: Si á la batalla de un solo Caballero fuesemos dos, la honra seria del que solo estava, aunque muriese en el campo, y tus Caballeros, no por haciendas, ni por riquezas se han puesto á las grandes afrentas, sino por la honra, y servicio de Dios, y de tu Imperial Corona: por tanto, no me mandes ir acompañado para un solo Caballero. Y despedido de Carlo Magno, fué prestamente armado de todas armas, y cavalgó en un muy escogido caballo, y con una muy gruesa lanza salió al campo de la batalla, donde estava Ferragus esperando, y estava sin lanza, y tenia en el brazo izquierdo

erdo un escudo de acero muy grande, y en la mano derecha una espada, la qual convenia para las fuerzas, y el grandor de su cuerpo; y Roldán le dixo, que tomase la lanza, y el Gigante no le respondió nada, y se fue para él, y Roldán no quiso tener ventaja alguna en las armas, y dexando la lanza, echó mano á Durandál, y le esperó con grandisimo esfuerzo; y llegando el Gigante para llevarlo como á los otros, le dió Roldán un gran golpe en el yelmo, mas no por eso dexó de juntarse con él, y le tomó con el brazo derecho, y le sacó de la silla; y volvió la rienda para llevarle á la torre, donde tenia los otros. Viendose Roldán llevar de tal manera, estrivó con el pié en las ancas del caballo, y con entrambas manos asió del capuce del Gigante, y se transtornó del caballo, y cayeron entrambos en el suelo, y Ferragus dixo á Roldán, si queria que cavalgasen en sus caballos, y él dixo, que si, cavalgaron ambos, y volvieron á la batalla y Don Roldán dió á su enemigo tres golpes de seguida en el yelmo, y al tercero resbaló la espada, y le mató el caballo, y viendose Ferragus á pié, con grande enojo se cubrió del escudo, y alzó la espada quanto pudo, y teniendo Roldán la fuerza del Gigante, desviandose dél, tiró un reves con toda su fuerza, y le dió en la mano derecha, y le hizo caer la espada en el suelo,

suelo, y le dió con el puño en la cabeza del caballo de Roldán, que dió con el en el suelo, y á pié entrambos prosiguieron su batalla, guardándose Roldán con ligereza de los golpes del Gigante, y duró su batalla hasta que la noche los despartió sin que en ellos se conociese ventaja alguna, y concertaron, que en la mañana á pié, y sin lanza diesen fin á su batalla, y se fueron á descansar

## CAPITULO LXIX.

*De como Roldán y Ferragus, hicieron la batalla á pié, y como disputaron de la Fé, y de que manera fué muerto Ferragus.*

**V**ENIDA la mañana salieron Roldán, y Ferragus al campo de la batalla, y pelearon hasta medio dia, sin que ninguno dellos fuese herido, que Roldán se guardava de los golpes del Gigante, y él estava guardandose de los golpes de Durandál, por la fuerza de sus armas, que eran todas dobladas; y siendo muy cansados entrambos, Ferragus pidió treguas á Roldán para dormir un poco, y Roldán fué contento dello, y Ferragus se tendió en el suelo, y quando Don Roldán le vido echado, tomó un grande canto, y se lo puso debaxo de la cabe-

za, porque durmiese mas á su placer; y despues se asentó cabe él mirandole las manos, y maravillóse dellas, y del grandor de su cuerpo; y luego que fuese despertado Ferragus, se levantó, y se asentó, y Don Roldán se asentó cabe él, y le dixo: Mucho estoy maravillado, Ferragus de tus grandes fuerzas, y como puedes comportar el peso de tus armas; y Ferragus le dixo: Sepas, que tengo las fuerzas de quarenta hombres, y allende de eso, no puedo morir de herida, sino por el ombligo: y Roldán mostró que no lo avia entendido; y Ferragus le preguntó como se llamava, ú de que linage era; y él le dixo: Yo me llamo Roldán, y soy Sobrino de Carlo Magno. Y le preguntó Ferragus, que Fé tenia, y que Ley guardaba, y él le respondió: Yo soy Christiano, y la Ley de Christo tengo, y en defensa della deseo morir. Y Ferragus le dixo: Esa Ley Christiana quien la dió? Y él le respondió: Despues que el todo Poderoso Dios, que hizo el Cielo, y la Tierra, é hizo á nuestro Padre Adán, el qual fue desobediente á sus Mandamientos, fué todo el Mundo privado de la Gloria del Paraíso: y doliendose el Hijo de Dios de la perdicion de las Almas, descendió del Cielo, y tomó nuestra humanidad, y sufrió Muerte, y Pasion por librarnos de las penas del Infierno; y conversan-

do

do acá entre nos el Hijo de Dios, nos dió Doctrina, enseñamiento, mediante los quales pudiesemos alcanzar la Gloria del Paraíso. Después que Ferragus le hubo preguntado otras muchas cosas tocantes á la Ley Christiana, le dixo: Tu eres Christiano, y tienes (segun parece) la Ley de Dios muy arraygada en tus estrañas, y por ella veniste á la batalla, yo vine de Turquía por vengar la sangre de los nobles Reyes, y esforzados Caballeros, que Carlo Magno ha hecho morir en esta tierra; por tanto quiero, que en nuestra batalla aya esta condicion, que la ley del vencedor sea avida por buena, y aprobada, y la del vencido por falsa: y aunque Roldán conocia que errava en hacer aquel concierto; confiando en Dios, dixo, que le placia. Levantaronse entrambos, y empezaron su batalla; y viendo Ferragus que jamas podia alcanzar á Don Roldán, por la ligereza que tenia, sintiendose ya cansado pensó de usar de maña, y viendo que Roldán le queria dár un golpe encima del yelmo, él lo esperó osadamente, y quando le vido alzar la espada, antes que baxase el golpe, dexó caer su espada, y abrazandose con él, le derribó en el suelo, y le queria degollar con las dientes; mas Roldán sacó un puñal que traía, y se lo metió por debaxo del arnés, y la falda; y le hirió el ombligo. Quando Ferragus

se sintió herido, dió un grandísimo grito, y conocieron los suyos que estaba en grande necesidad de socorro, y salieron prestamente en su favor: y viendolos venir Roldán, tañó su cuerno, y vinieron así mismo los Christianos en su favor, y llegando al campo, empezaron cruda batalla, y fué Roldán servido de caballo, y de lanza, y viendo que unos Caballeros llevaban al Gigante á la Ciudad, fué tras ellos, y en poco tiempo derribó la mayor parte, y los otros dexaron á Ferragus, y huyendo se metieron en la Ciudad, y Roldán preguntó al Gigante, si queria ser Christiano? Y él le dixo que no, y mandó á los peones, que le cortasen la cabeza. Duró la batalla seis horas, y murió mucha gente de una parte, y otra; y no pudiendo los Paganos sufrir los duros golpes de los Christianos, quisieron acogerse en la Ciudad, mas no pudieron guardar, que no entrasen los Christianos con ellos, y fueron Señores de la Ciudad, y sacaron á los Caballeros que en la torre estaban.

### CAPITULO LXX.

*De como Carlo Magno hubo batalla con los Reyes de Sevilla, y Cordova,*

**Q**uando el Rey de Cordova, y el de Sevilla supieron la muerte de Ferragus, y de los  
 otros

otros Caballeros, huvieron gran pesar dello, y embiaron sus Embaxadores al Emperador Carlo Magno, diciendole, como los Reyes de Cordova, y Sevilla tenian gran deseo de hacer batalla con él, y que si queria ir á un campo llano muy grande con su gente de guerra, que los toparia en él con sesenta mil hombres de pelea; y el Emperador les dixo: Decid á los Reyes, que aunque no tengo tanta compañía como ellos, no dexaré por eso de ir al campo para el dia que fuere señalado, y elegido el campo, y el dia, mandó el Emperador apercibir toda su gente, y lo mismo hicieron los Reyes Moros, y mandaron hacer diez mil carantulas muy feas, algunas negras, otras coloradas, con grandes orejas, y mayores narices, y mandaron, que se las pusiesen los peones, y que cada uno tuviese un cencerro en la mano, y quando entrase Carlo Magno en el campo con su gente, y ordenase sus Esquadrones para acometerlos, se pusiesen delante los peones con las carantulas y tañendo los cencerros, espantaron los caballos en tanto grado, que á pesar de sus Señores echaron á huír, y desbarataron todos los Esquadrones; y entonces acometieron los Paganos con buena ordenanza, y mataron muchos Christianos. Viendo esto el Emperador Carlo Magno mandó recoger toda su gente, y ordenó á los de

á caballo, que cada uno pusiese un paño delante los ojos de su caballo, y que les cerrasen los oídos con algodón, y que en la mañana con buena ordenanza acometiesen á sus enemigos; y así fué hecho, y duró el combate hasta medio día, y los desbarataron á todos, salvo diez mil hombres, que tenian en guarda dos carros, con grandes reparos al rededor, y en uno destes carros estava un estandarte, y estavan juramentados estos diez mil ginetes, que por peligro, ni afrenta en que se viesen, no volverian la cara á sus enemigos, mientras el Estandarte estuviese aizado: y sabiendo esto Carlo Magno, se metió con gran furor, y denuedo en los Paganos, é hizo tanto, que quitó la Vandera, y la arrojó al suelo, y entonces echaron á huír los diez mil hombres, y los Christianos los siguieron hasta que se metieron en una buena Ciudad, que era del de Cordova, y un noble Anciano, que tenia en guarda la Ciudad, se tornó Christiano, y le bautizó el Arzobispo Turpin, y á otros muchos con él, y á los demas los mataron.

### CAPITULO LXXI.

*Como el Arzobispo Turpin consagró la Iglesia del Señor San-Tiago.*

**D**espues de las guerras, y batallas susodichas viendo Carlo Magno que toda la tierra  
esta-

estava sosegada, y pacifica ordenó de irse para Alemania, y antes que se fuese, quiso ir á Santiago en Galicia, se puso en camino con muy poca gente, y fué bien recibido de toda la gente, y anduvo toda la Provincia, visitando las Iglesias, y Monasterios que entonces havia, y les mandava reparar, y proveer de las cosas necesarias, como eran Campanas, Casullas, Capas, y otros vestimentos, Calices, y Patenas; y mandó hacer algunas Imagenes muy devotas, en honra y memoria de los Santos, y Santas: é hizo constituciones, y ordenanzas y sojuzgó, y atribuyó todas las Iglesias de aquella Provincia á la Iglesia de Santiago, y ordenó que todas las casas de Galicia tributasen cada año á la Iglesia de Santiago quatro diñeros de la moneda que entonces corria, y con este tributo eran libres de todo otro pecho, y fué ordenado, que todos los Obispos de aquella Provincia fuesen sujetos al Obispo de Santiago: y el Arzobispo Turpin acompañado de nueve Obispos, hombres de muy santa vida, á respuesta del Emperador Carlo Magno consagró, y bendixo la dicha Iglesia en el mes de Julio; y fué llamada la Iglesia de Santiago Apostolica, por quanto es la segunda Iglesia de la Christiandad, donde recurren los Christianos para hallar Indulgencias, y remision de sus pecados. Y la primera es de S. Pedro de Ro-

ma, por quando San Pedro fué muy amigo de Dios, y muy honrado entre los Apostoles; y predicó su Santissima Fé en Roma, y en ella fué martyrizado. Y despues el Señor Santiago, que tomó grandisimo trabajo por ensalzar el nombre de Dios en la Provincia de Galicia; porendo dignamente ay memoria de sus milagros, y martyrio, por todo el Mundo.

## CAPITULO LXXII.

*Como Ganalon fué embiado con embaxada á los Reyes Moros, y como propuso de vender sus compañeros, y una reprehension, del Autor.*

**E**N este tiempo estavan en la Ciudad de Zaragoza dos Reyes hermanos, el uno se llamava Marsirius, y el otro Belegandus, los quales avia embiado el Almirante de Babilonia á España, y estos Reyes en señal de amor avian embiado grandes dones, y tributos al Emperador Carlo Magno: otro tiempo deseando Carlo Magno de tornarlos Christianos propuso de les embiar un mensagero que les amonestase, y fué escogido entre todos sus Caballeros Ganalon, por ser muy eloquente, y le mandó Carlo Magno, que les dixese, que se tornasen Christianos, ó que

que le embiasen tributo, y parias en señal de vasallage. Y Ganalon armado de todas armas, se partió para Zaragoza, fué bien recibido de los Reyes Moros, y despues que hubo hecho su embaxada le preguntaron los Reyes por Carlo Magno, y por sus Caballeros, y de sus condiciones, y modo de vivir, y conocieron en sus respuestas, que no les queria bien, y conocieron asimismo en su fisonomía, que por dinero haria qualquier vileza, y por eso le osaron hablar de traición, la qual muy ligeramente consintió, y le dieron veinte caballos cargados de oro, y de plata, y de otras joyas de gran valor, y les prometió de les entregar los Caballeros, y Varones de Carlo Magno, y à él mismo si pudiese, y les dixo, que embiasen su gente al Puerto de Roncesvalles, y que tenia modo de les entregar los doce Pares, y fué ordenado entre ellos, que Ganalon llevase al Emperador treinta caballos cargados de oro, y plata, seda, y brocados; y quatrocientos caballos todos cargados de vinos muy escogidos, y dos mil Moras muy hermosas, y esto en señal de amor, y obediencia: y esta traición hizo Ganalon solamente por codicia. O maldito hombre, y en fuerte punto engendrado! Naciste de noble sangre, y fuiste provocado de avaricia à hacer tan gran traición? Eres rico de grandes rentas, y por dineros te moviste à vender à tu Sr. No po-

dias decir, que de necesidad eres constrañido, y aunque la tuvieres, no eres escusado. Entre tantos Caballeros de honra fuiste escogido para llevar aquella embaxada, fiandose el Emperador en tí tanto como en qualquier de ellos; y por dinero vendiste á él, y á todos sus Varones. Si del tenias enojo, porque vendias á tus nobles compañeros? Y si dellos tenias algun temor, porque vendias á tu natural Sr. de quien tantas mercedes havias recibido? De toda la Christiandad eran queridos, y de tí fueron vendidos. Miráras que hacias maldad á Dios de vendér sus Caballeros, y despues á tu natural Señor: y finalmente á todos los Christianos, que tenian en ella fuerte fortaleza, y cumplido socorro contra los Infieles á los quales los vendistes por dinero, siendo tus amigos, y tus continuos compañeros: O perversa avaricia, enemiga de caridad, é inconstante de toda buena virtud, de quantos males eres causadora? Por avaricia vendió Judas á Jesu-Christo, por avaricia fue Adan desobediente á su Criador, y por ella fue la Ciudad de Troya puesta en sujecion; y por avaricia vendió Ganalón los Caballeros, en quien jamás faltó virtud, y nobleza. Llevó Ganalón los presentes susodichos á su Señor Carlo Magno, el qual dió credito á sus engañosas razones, y sin sospechar mal ninguno los recibió, y repartió entre su gente; y des-

despues , por consejo de Ganalon se partió con todo su Exército para Ronces Valles, que le dió á entender, que los Reyes se querian volver Christianos, y dió la primera guarda á Roldán, y á Oliveros, y á los otros sus Principales Varones, con solos cinco mil hombres de pelea, y él se quedó atrás; marchó, y los dos Reyes Moros estaban en Ronces Valles, como les dixo Ganalon, con sesenta mil hombres de pelea, puestos en dos batallas, en la primera avia veinte mil hombres, y en la segunda quarenta mil, y estava apartada una de la otra. Llegados los Christianos á la primera batalla de los Moros, los dexaron pasar hasta que los cogieron en medio, y empezaron una cruda batalla, y fueron los Christianos apremiados á retirarse que estaban fatigados.

## CAPITULO LXXIII.

*De la muerte de los Caballeros Franceses, y del Rey Marsirius, y como Don Roldán fué herido de quatro lanzadas.*

**E**Stando los Christianos desviados de sus enemigos, vieron venir otra batalla de Moros; y entonces tañó Don Roldán su cuerno, mas no plugó á Dios que le oyese Carlo Magno, que le quiso dar su Divina Magestad aquel  
aquel

aquel dia las Coronas del Martyrio, que de grandes tiempos les tenia aparejadas, en satisfaccion de sus servicios, porque fuesen capaces de la bienaventuranza del Paraíso. Puso Don Roldán su gente en buena ordenanza para esperar sus enemigos, y les dixo, que sin recelo de morir entrasen en la batalla, pues en ello hacian servicio á Dios N. Señor, y para eso eran partidos de sus tierras, y que mayor era la gloria que esperavan, que la pena que recibirian; pero yendo los Paganos para ellos, tañó Roldán otra vez su cuerno, y encomendandose à Dios, entró en la batalla con tanto esfuerzo, que en poco rato hizo grande matanza en ellos; y él fué herido de quatro heridas mortales, y entonces llegaron cien Caballeros Christianos, que seguian à los otros, mas no porque supiesen alguna cosa de la batalla; y quando Don Roldán los vió, pensó que el Emperador era llegado con toda su gente, con este pensamiento se metió en su batalla sin ordenanza alguna, y siguieron los cien Caballeros, y fueron muertos, salvo dos, que el uno se llamava Baldoyno, y el otro Tietri. Viendo Don Roldán todos sus compañeros muertos, y el malamente herido, y que Carlo Magno no venia, conoció que havian sido vencidos, y perdida la esperanza de salir vivo de aquella batalla, y muy deseoso de ven-

garse de sus enemigos, tomó un Turco por los pechos, y pusole la espada á la garganta, diciendo, que moriria si no le mostrava al Rey Marsirius: y el Turco le prometió de mostrarsele, y le dixo: Vés aquel Caballero que trae la divisa verde sobre las armas, y el Caballo vayo? Aquel es el Rey Marsirius, y el que dió grandes riquezas á Ganalon vuestro mensagero, porque os traxese á lo que vos veis: Entonces Roldán besó la Cruz de su espada, y cubriendose de su escudo, empezó á derribar Caballeros, y peones, hasta que llegó al Rey Marsirius, y le dió tal golpe en el ombro derecho, que le hendió hasta la cinta; y Baldoyno, y Tietri, que estaban con Roldán, por huír de la muerte se metieron por el monte, y todos los otros quedaron muertos por el campo; y los Moros cobraron tanto temor de Roldán, por el gran golpe que dió al Rey Marsirius, que no se lo osavan parar delante, y tuvo lugar de salir de la batalla, y se tendió en el suelo al pié de una peña, herido de quatro heridas mortales; y desto no supo nada Carlo Magno hasta al fin, porque Ganalon por dar lugar á los Paganos, le tenia entretenido en juego de tablas, y otras cosas de placer á él, y al Arzobispo Turpin. El Rey Belagandus quando vió los Christianos muertos temiendo que vendria Carlo Magno con la otra

gente, tomó otro camino, y se volvió á Zaraga.

## CAPITULO LXXIV.

*De la muerte de Don Roldán.*

**E**Stando Roldán al pie de la peña herido de quatro llagas mortales, sin otros muchos golpes, que en el cuerpo, y en la cabeza habia recibido, no tenia menos pesar de la muerte de los otros Christianos, que de la suya mesma consolavase por morir en la defensa de la Fé de Jesu-Christo; y recibia pena de verse en su postrimera hora solo en el Monte, y desamparado de todo el Mundo; dava gracias á Dios porque el dia antes habia confesado, y recibió el poderoso Cuerpo de Jesu-Christo. que lo tenían por uso los Caballeros de Carlo Magno quando habian de entrar en batalla, ó si se resvalavan de algún peligro. Alabava asi mismo á su Criador, porque le daba lugar de pedirle de corazon, y de boca perdon de sus pecados, lo que no tuviera si muriera peleando, y esperando la muerte con mucha paciencia, empezó à decir: Señor Dios mio, Criador, y Redentor Hijo de la gloriosa Madre de Consolacion, tu sabes lo que yo he hecho, y he pasado: por los meritos de tu Sagrada Pasion te ruego, que mis hierros  
me

me sean perdonados; y no repares, Señor en mis pecados, sino por el arrepentimiento que de ellos tengo: y te suplico, que me des paciencia en mi muerte, y la recibas en descuento de mis pecados. Tu eres piadoso, y misericordioso: por tanto te ruego que me mires con ojos de piedad como miraste al buen Ladron, y me perdones como perdonaste á Maria Magdalena. Despues se puso á mirar su espada, y dixo: O espada de gran valor, la mejor que nunca fué forjada! Gran esfuerzo me davas siempre que te mirava; muchos arneses he despedezado; y muchos yelmos, he cortado; contigo he muerto grande numero de Paganos, jamás me falseaste, ni en tí nunca mella hallé; ningun arnés aprovechaba contra tu fineza. O quanto temor tenian contra tí los Paganos! Mucho temblavan solamente en verte en mis manos. Con razon me pesa dexarte, pues que contigo he derramada mucha sangre de infieles, ensalzando el nombre de mi Criador, al que suplico, que dé su gracia de hallar algun buen Caballero Christiano, que conozca tu bondad, y valor. Gran dolor siento en dexarte, y mucho mayor si pensase que quedavas en poder de Paganos; mas no por sacar mi alma de cuydado quiero hacer que no te goce Moro, ni Judio, ni Christiano; y entonces se levantó con gran traba-

trabajo, y la tomó con entrambas manos, y dió con ella en la peña tantos golpes, que la hendió hasta el suelo sin que en la espada hiciese mella, ni señal alguna; y viendo que no le podía quebrar, tomó su cuerno para hacer señal á algun Christiano, si en el Monte se huviese escondido, y tañó dos veces, y á la segunda vez se abrió todo de cabo á cabo, y se le abrieron las llagas, y las venas de su cuerpo; y llegó aquella voz á oídos del Emperador, que estaba dos leguas de allá jugando con Ganalón, y conoció que era Roldán, que tañía; y Ganalón le dixo: Señor, Roldán ha ido á caza, y avrá muerto oso, ó puerco, y de placer tañe su cuerno, que asi lo suele hacer; y Carlo Magno creyó que seria asi, y se estuvo jugando. Estando Roldán yá al fin de sus dias, llegó á él su hermano Baldoyno, y con muchas lagrimas, sin poderle hablar, le abrazó, y besó muchas veces; y Roldán le dixo: Hermano, primero me matará la sed que las heridas; y Baldoyno anduvo gran parte del Monte en busca de agua, y nunca pudo hallarla, y buelto halló á Don Roldán mas muerto que vivo, y cavalgó en un caballo que halló suelto por el monte, y fuese para donde estaba Carlo Magno; y luego llegó Tietri Duque de Dardania, y hubo gran lastima de Don Roldán: y que-  
rien-

riendole hablar, nunca pudo echar palabra de la boca, que se pudiese entender. Quando Roldán le vió para sí, recibió algun consuelo; y dixole: A quien mirais, Tietri? No es este Roldán vuestro compañero? No es este el Capitan de Christianos? No es este el que vencia los ferozes Gigantes? No es este el que en las crudas batallas acaudillava los Christianos? No es este el enemigo de los Infieles? No es este el que por ensalzar la Fé de su Criador, no temia en nada los peligros deste mundo? No es este el que à Carlo Magno, y à sus amigos sacava de los peligros, y afrentas? Este es un hombre mal hablado, y aborrecido de todo el mando; y fué tanta la desdicha, que no solamente le privó de la compañía de sus amigos, mas en su postrimera hora le desterró en estas asperas peñas à fenecer sus dias entre los animales brutos. No son estos los brazos que quebravan las gruesas lanzas? No son estas las manos que davan los grandes golpes, y despedazavan los finos arneses, é yelmos? Y tomando su espada en la mano, dixo: Mas niego que esta sea Durandál la buena espada, en la qual puso Dios grande virtud; y abrazado con ella, juntada la boca con la Cruz, se amorteció. Y el Duque Tietri, hechos los ojos fuentes, le empezó á desarmar, por afloxarle la boca del estomago, y le halló las

armas

armas llenas en sangre, y no osó desarmar, porque no se desangrase. Buelto en sí Roldán juntó sus manos, y pidió à Dios perdon de lo que havia hablado, y dixo á Tietri que le oyese de confesion, y confesó con él con grande contricion de corazon, y despues de confesado puso sus manos en Cruz, y alzó sus ojos al Cielo, diciendo: *Et in carne mea videbo Deum salvatorem meum.* Y puestas las manos en los ojos dixo: *Et oculi mei conspecturi sunt.* Y abrazado con la Cruz de su espada dixo: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum.* Y dió el alma à su Chriador á 26. dias del mes de Junio, año del Señor de ochocientos y diez.

### CAPITULO LXXV,

*De una vision que hubo el Arzobispo Turpin, y de la muerte de Roldán, y del sentimiento de Carlo Magno.*

**E**L Arzobispo Turpin era hombre de santa vida, y havia sabido grandes secretos de Dios por revelacion; y diciendo Misa, estando en el Memento oyó gran melodia de Angeles, y rogó á Dios nuestro Señor, que le hiciese sabidor, porque tenian aquellos Angeles tanta alegria, y porque havian baxado acá; y oyó una voz, que le dixo: Nosotros llevamos el Alma de Don Roldán, Varon de Dios, al Paraíso.

Aca-

Acabada la Misa, fué el Arzobispo Turpin á contar lo que havia oído al Emperador Carlo Magno, y estando contando esto, entró Baldoy-no mesando sus cabellos sin ninguna piedad, diciendo á grandes voces, que Roldán estava herido de muerte, y los Christianos que con el avian ido eran todos muertos, y que avian sido vendidos. Quando los del Real oyeron esto: empezaron todos á llorar, y se pusieron en camino, y el primero fué el noble Emperador Carlo Magno á quien mas tocava que á ninguno de los otros, y llegó donde estava Roldán, y como lo vió muerto, cayó sobre el amortecido, y despues que fué buelto en si, empezó á tirar de sus barbas, y atormentar su cuerpo con mucha crueldad, y llorando amargamente, decia: O Roldán! consuelo de mi vejez, honra de los Franceses, espada de justicia, lanza que no se doblava, yelmo de salud, semejante á Judas Macabéo en proéza, y Sansón en fuerza, y Absalón en beldad. O mi caro, y amada sobrino! Principe de batallas, y destruidor de Paganos, defensor de Christianos, pilar de Clerencia, arrimo de Viudas, y Huerfanas, amparo de la Iglesia, lengua verdadera, boca sin mentira, justo en todo juício, y guia de los amigos de nuestro Sr. Dios, ensalzador de la Fé de Jesu-Christo, amador de todos los buenos. Ay desdichado de mi!

mi! Por que te traxe á morir en estraña tierra? Por que no morí contigo? O D. Roldán mi especial Caballera? Porque me dexaste solo? Ay triste! Que haré? Ay mezquino! A donde iré? A Dios suplico te quiera recibir en su Santa Gloria; á los Angeles ruego que te reciban en su compañía; á los Martyres llamo devotamente que te quieran allegar en su numero. Los dias que viviere en esta vida gasteré en continuo llorar, y sentir tu ausencia, que tanto sintió David la ausencia de Natán, y Absalon. O noble Roldán mi verdadero amigo! Tu estás en la Sta. Gloria perdurable, y me dexas en continuo dolor. Tu estás en los Cielos en gran consolacion, y yo quedo en mortal lloro, y tribulacion. Todos los Christianos están tristes por tu muerte, y los Angeles están muy gozosos con tu alma. Y estuvo diciendo estas, y otras razones de grande dolor hasta la noche, é hizo asentar sus tiendas, y hacer grandes hogueras por velar el cuerpo de Roldán aquella noche, y en la mañana fué el cuerpo embalsamado, y guardado con mucha honra.

### CAPITULO LXXVI.

*Como Oliveros fué hallado desollado, y de la muerte de los Paganos, y de Ganalon.*

**V**Enida la mañana, fué Carlo Magno con su gente al campo de la batalla, y huvieron gran-

grande lastima de la multitud de los Christianos que estaban en el campo muertos, aunque havia muchos mas Turcos; y hallaron al noble Caballero Oliveros, atado en dos palos, y puesto á manera de Cruz, y de los dedos de las manos, hasta los de los pies, estava desollado, y tenia doce dardos metidos en el cuerpo, que le pasaban de una parte á otra. Entonces se les renovó el lloro, y los mortales gritos por todo el Real; y Carlo Magno hubo tanta lastima de Oliveros, que hizo juramento de nunca cesar, aunque supiese perder la vida, hasta tanto que hallase á los Moros de Zaragoza, y supo en el camino como estaban en la orilla de Ebro en unos verdes prados descansando, y curando los heridos. El Emperador Carlo Magno puso su gente en muy buena ordenanza, y los acometió con tal impetu, y denuedo que en poco rato murieron mas de seis mil, y muchos que se ahogaron en el Rio Ebro, por quererse salvar las vidas. Viendo Carlo Magno que tenia poca gente para seguirlos, se volvió para Roncesvalles, é hizo embalsamar el cuerpo de Oliveros, y tambien el de su sobrino Don Roldán, y luego hizo pesquisa entre toda su gente, y por saber lo cierto de la traicion, aunque habia oido de muchos, que Ganelon los habia vendido, y especialmente se supo del Duque Tietri, que lo oyera del Moro que

lo dixo á Roldán, quando le mostró el Rey Marsirius, y acusó á Ganalon publicamente de traydor, y le desafió sobre ello. Sabido la verdad, mandó Carlo Magno, que Ganalon fuese atado á quatro feroces caballos, á cada brazo uno, y á cada pié otro, y despues de bien atado, cavalgaron quatro hombres en los quatro cavallos, é hiriendolos de las espuelas, tiraron unos á una parte, y otros á otra, y cada uno solió con su quarto.

### CAPITULO LXXVII.

*Como el Emperador Carlo Magno se volvió á Francia, y de las grandes limosnas que hizo por las almas de los Christianos que murieron por la Fé de Jesu-Christo.*

**D**espues que Carlo Magno hubo hecho justicia del traydor de Ganalon, fueron los Christianos al campo de la batalla, y los unos buscaron á sus Señores, y los otros á sus amigos, y algunos fueron enterrados en el mismo sitio, y otros fueron embalsamados, y otros salados, para embiarlos á sus tierras, haciendo cada uno lo mejor que podia.

Tenia el Emperador Carlo Magno dos Cementerios expresamente señalados para los que en su compañía andavan y morian por la Santa Fé de Jesu-Christo: el uno estava en la Ciudad nombrada Arles, y el otro en la Ciudad de Bordeaux;

deaux; y fueron consagrados, y benditos estos dos Cementerios destes Stos. y bienaventurados hombres S. Maximo de Aquisgran, S. Turpín de Arles, S. Pablo de Narbona, S. Saturnino de Tolosa, S. Faustino de Portiera, S. Marcial de Limoges, y S. Eutropis de Xantes; y en estos Cementerios fueron enterrados los mas de los Christianos que murieron en Roncesvalles. El Emperador hizo llevar el cuerpo del noble Don Roldán con mucha honra en unas andas cubiertas de terciopelo negro hasta Blaves, en la Iglesia de S. Ramon, la qual él hizo edificar, y mandó poner encima de su sepultura su espada, y á sus pies su cuerpo de marfil, y despues fue llevado su cuerpo á Roncesvalles en una muy devota Iglesia que alli se fundó en servicio de N. Sr. Dios, en memoria de aquella cruel batalla, y se hizo junto á ella un rico Hospital, donde se hace continuamente muy grandes limosnas por todas las Almas de los Christianos que en ella murieron, como parece oy en dia. En Bordeaux fueron enterrados el buen Oliveros, Guadebois Rey de Frisa, Ogér de Danois, Christéu Rey de Bretaña, Guarin Duque de Lorena, Cafetes Rey Bordeaux, Eugerius Rey de Aquitania, Lanberto Rey de Borges, Galerius, y Regnaldo, con cinco mil hombres. Distribuyó el noble Emperador grandes tesoros, y riquezas por las

almas de sus Caballeros, y mandó que la Iglesia, y Cementerio, fuese sujeta solamente á la Iglesia; y ordenó, que para siempre el dia de Pasqua de Flores fuesen vestidos docientos pobres, que se dixesen treinta Misas, y que se rezasen treinta Psalterios por las almas de los que alli murieron en defensa de la Fé de Jesu-Christo. En Arles fueron enterrados el Conde de Langre, Sansón Duque de Borgoña, Naymes Duque de Baviera, Alberto Borgoñon, con otros cinco Caballeros, y con diez mil hombres de á pié. Constantino de Roma fue llevado por Mar á Roma, con otros muchos Romanos, y distribuyó asimismo Carlo Magno gran tesoro, y dexó grande renta perpetua á la Iglesia, y Cementerio de Arles por las Almas de sus Caballeros.

### CAPITULO LXXVIII.

*Como el Emperador Carlo Magno se partió de Francia para Alemania.*

**A** Viendo Carlo Magno hecho, y ordenado lo que arriba está escrito, se partió de Francia para Alemania, yendo tambien con él el Arzobispo Turpin; y quando llegó á la Ciudad de Viena, porque yá estaba viejo con licencia del Emperador se quedó en Viena, y Car-

Carlo Magno se fué adelante; y llegado á Paris, hizo llamar todos los nobles de su Imperio, y todos los Arzobispos, Obispos, y Prelados, é hizo hacer Procesiones, en alabanza de su Criador, y del Bienaventurado Señor San Dionís, é hizo constitucion, y ordenanza, que los Reyes de Francia por venir fuesen obedientes al Pastor, ó Prelado de la Iglesia de San Dionís, y que no pudiesen ser coronados sin el dicho Pastor, ó su Consejo; y que el Obispo de Paris no fuese recibido en Roma sin su consentimiento. Tambien ordenó, que todas las casas de su Reyno fuesen tributarias á la dicha Iglesia, y construyó para siempre, que qualquiera Christiano, Esclavo, ó Cautivo, que pagase quatro dineros á la Iglesia de San Dionís, que fuese libre, y horro en todos sus Reynos. Despues de todo esto tuvo novenas en la dicha Iglesia, y puesto de rodillas, sin levantarse un dia, y una noche delante del cuerpo de San Dionís, rogó aficionadamente por todos los que murieron por la Fé de Jesu-Christo; y fuele revelado, que todos los que murieron por la Fé de Jesu-Christo en la batalla de Roncesvalles, estaban en la gloria del Paraíso.

## CAPITULO LXXIX.

*Como Carlo Magno llegó á Aquisgran de Alemania, y como murió.*

**D**espues que entró el Emperador Carlo Magno en Alemania fué muy bien recibido de todas las Comunidades, y llegado á la Ciudad de Aquisgran, hizo visitar todas las Iglesias, y Monasterios de toda la Ciudad, y las mandó reparar, y proveer de todas las cosas necesarias, especialmente una Iglesia de nuestra Señora, que el hizo fundar, á la qual dió grandes tesoros, y dotó de muchas rentas. Vivió sesenta y dos años, y queriendo su Criador nuestro Dios, y Señor dar descanso á sus viejos, y fatigados miembros, le llamó á su Santa Gloria en el mes de Febrero, año de nuestra Redencion de ochocientos, y diez. De su salvacion escribió el Arzobispo Turpin, hombre de Santa vida, estas mismas palabras: *Yo Turpin Arzobispo de Remis, estando en la Ciudad de Viena en mi retrainiento rezando mis horas, vi de una ventana una legion de diablos por el ayre, que traian grande ruido entre ellos: conjuré el uno que me dixese de donde venian, y porque traian tan grande ruido? Y él me res-*  
pon-

pondió, que venian de la Ciudad de Aquisgran, donde avia fallecido un gran Señor; y porque no pudieron llevar su Alma venian muy enojados. Y le pregunté quien era aquel gran Señor, y porque no llevaban su Alma? Y él me respondió, que era Carlo Magno, y que San-Tiago les havia sido muy contrario. Y yo pregunté, de que manera les havia sido contrario San-Tiago? él respondió: Nosotros estavamos pesando los bienes, y los males que en este Mundo havia hecho, y San-Tiago traxo tanta madera y tantos cantos de las Iglesias que el havia fundado en su nombre, que pesaron mucho mas que los males, y asi nos quedamos sin tener poder alguno sobre su Alma; y el diablo subitamente desapareció: Se ha de entender por ésta vision del Arzobispo Turpin, que los que edifican, ó reparan las Iglesias en este Mundo, aparejan estancias, y posadas para la otra. Fueron hechas sus Exequias, y Honras segun á tal Señor pertenecia.

LAUS DEO.

# TABLA

DE LOS CAPITULOS, QUE SE CONTIENEN  
en esta Historia del Emperador  
Carlo Magno.

**C**apitulo 1. Como el Rey Clovis, siendo Paganos, hubo por muger á Clotildis, hija del Rey de Borgoña, fol. 1.

Cap. 2. Como el Rey Clovis fue rogado de la Reyna Clotildis, que dexase los Idolos, y creyese en la Fé de Christo, fol. 6.

Cap. 3. Como el Rey Clovis hubo victoria de sus enemigos, y como creyó en la Fé, &c. fol. 8.

Cap. 4. Como el Rey Clovis recibió el Bautismo por mano de S. Remi, y como en su Bautismo milagrosamente fué traída una redoma del Cielo, de la qual hoy dia son ungidos en su consagracion los Reyes de Francia en la Ciudad de Remis, fol. 10.

Cap. 5. Del primer Libro, y contiene cinco capitulos, y habla primeramente del Rey Pepin, y de Carlo Magno, su hijo, fol. 11.

Cap. 6. Como Carlo Magno, despues de hechas muchas constituciones con el Papa Adriano, fué alzado Emperador de Roma, fol. 13.

Cap. 7. De la estatura de Carlo Magno, y de su modo de vivir, fol. 15.

Cap. 8. Como Carlo Magno doctrinaba sus hijos é hijas, fol. 17.

Cap.

## T A B L A.

- Cap. 9. Del estudio, y obras caritativas de Carlo Magno, fol. 18.
- Cap. 10. Como el Patriarca de Jerusalén embió sus Mensageros á Carlo Magno, que le diese socorro contra los Turcos, fol. 19.
- Cap. 11. Como Carlo Magno se partió con gran numero de gente para Jerusalén, fol. 21.
- Cap. 12. De las Reliquias que Carlo Magno traxo de la Tierra Santa, y de los milagros que nuestro Señor Jesu-Christo hizo, fol. 24.
- Cap. 13. Como en un lugar llamado Mormionda estaba Carlo Magno haciendo guerra á los Paganos, fol. 28.
- Cap. 14. Como vino Fierabrás al Exército de Carlo Magno buscando Christianos con quien pelear, fol. 30.
- Cap. 15. Como preguntó el Emperador Carlo Magno á Ricarte de Normandía, quien era Fierabrás, fol. 32.
- Cap. 16. De la respuesta de Roldán al Emperador Carlo Magno, fol. 33.
- Cap. 17. De una reprehension del Autor contra Carlo Magno, y Roldán, por la question pasada, fol. 34.
- Cap. 18. Como Oliveros, herido de muchas heridas, demandó licencia al Emperador para salir á la batalla con Fierabrás, fol. 37.
- Cap. 19. Como el Conde Regner rogó á Carlo

## TABLA.

- lo Magno, que no dexase ir á su hijo Oliveros á la batalla con Fierebrás, fol. 40.
- Cap. 20. Como Oliveros habló á Fierabrás, y le menospreció, fol. 41.
- Cap. 21. Como Oliveros ayudó á armar á Fierabrás, y de las nuevas espadas maravillosas; y como Oliveros dixo quien era por su propio nombre, fol. 46.
- Cap. 22. Como Oliveros, y Fierabrás començaron la batalla; y como Carlo M. rogó á Dios por Oliveros, que le diese victoria, fol. 50.
- Cap. 23. Como los dos Caballeros hicieron batalla á pié, y como Carlo Magno rogó á Dios por Oliveros que le diese victoria, fol. 63.
- Cap. 24. Como Oliveros ganó una de las espadas á Fierabrás, y con ella le venció: fol. 67.
- Cap. 25. Como Fierabrás fué convertido, y como llevandole Oliveros, hubo batalla con los Turcos, fol. 70.
- Cap. 26. Como Oliveros fué preso, y tapados los ojos, fué llevado al Almirante Balán, fol. 74.
- Cap. 27. Como Fierabrás fué hallado en el Campo, y como Carlo Magno lo hizo bautizar, y curar de todas sus llagas, fol. 77.
- Cap. 28. Como Oliveros, con sus quatro compañeros, fueron llevados delante del Almirante Balán, fol. 79.
- Cap. 29. Como los cinco Caballeros fueron  
pues.

## T A B L A.

puestos en una muy obscura prision, y como fueron visitados de Floripes, hija, del Almirante Balán, y hermana de Fierabrás, y de su grande hermosura, fol. 81.

Cap. 30. Como los Caballeros Christianos fueron sacados de la torre por mandado do Floripes, y llevados á su camara, fol. 87.

Cap. 31. Como el Emperador Carlo Magno embió al Almirante Balán los otros siete Pa-res de Francia, fol. 95.

Cap. 32. Como el Almirante Balán embió quin-ce Reyes al Emperador Carlo Magno, para que le diese á su hijo Fierabrás, y como los siete Caballeros Christianos los encontraron y mataron los catorce, fol. 98.

Cap. 33. De la Puente de Mantible, y del tri-buto que en ella se pagaba; y de como los siete Caballeros Christianos mañosamente pasaron sin pagar tributo, fol. 104.

Cap. 34. Como los siete Caballeros llegaron delante del Almirante, y le dixerón la em-baxada que traían, fol. 107.

Cap. 35. Como por industria de Floripes los sie-te Caballeros Christianos fueron puestos con los otros cinco sus compañeros; y como Flori-pes les mostró las Sentas Reliquias, fol. 113.

Cap. 36. Como un sobrino del Almirante, ha-mado Lucafer, entró en la camara de Flo-ripes,

## T A B L A.

- ripes, y lo mató el Duque Naymes, fol. 120.
- Cap. 37. Como los Caballeros, Floripes, y sus Damas padecieron grande hambre; y como los Idolos del Almicante fueron derribados, y puestos en piezas, fol. 126.
- Cap. 38. Como los Caballeros Christianos, que estaban cercados en la torre, y dieron batalla á los Turcos, que los tenian cercados, y tomaron por fuerza las armas la provision que tenian en el Real, fol. 130.
- Cap. 39. Como Guy de Borgoña fue preso, f. 133.
- Cap. 40. Como los Paganos quisieron ahorcar á Guy de Borgoña; y como los caballeros Christianos huvieron recia batalla contra los Paganos, y se lo quitaron, fol. 139.
- Cap. 41. Como los Caballeros Christianos tomaron todas las provisiones que hallaron en el Real; y como la torre fue combatida por mandado del Almirante, fol. 142.
- Cap. 42. Como la torre en que estaban los Caballeros Christianos fue minada por mandado del Almirante Balán, y cayó una parte de ella, y como se pusieron á punto para salir á la batalla, fol. 151.
- Cap. 43. Como los doce Pares de Francia que estaban en la torre, que ordenaron, que el uno de ellos fuese á tierra de Christianos á hacer saber á Carlo Magno el peligro grande en que estaban, fol. 155.

## T A B L A.

- Cap. 44. Como el Rey Clarion siguió á Ricarte de Normandía, y como Ricarte le mató, y tomó su caballo, fol. 159.
- Cap. 45. Como la gente del Rey Clarion halló á su Señor muerto en el campo, y lo llevaron al Almirante, y como hizo grande sentimiento de su muerte, fol. 163.
- Cap. 46. Como Ricarte de Normandía, pasó el Rio Flagot milagrosamente, mediante un Ciervo blanco, que le guió, fol. 166.
- Cap. 47. Como el Emperador quiso volver para Francia, por consejo de Ganalon, y sus parientes, fol. 168.
- Cap. 48. Como Ricarte de Normandía llegó al Ejército donde estava el Emperador Carlo Magno, fol. 175.
- Cap. 49. Como por industria de Ricarte de Normandía fué ganada la Puente de Mantible; y del Gigante q̄ tenia cargo de guardarla, f. 179.
- Cap. 50. Como el Emperador Carlo Magno ganó la Puente de Mantible; y como Alor, pariente de Ganalon quiso hacer traición, f. 183.
- Cap. 51. Como la Giganta Amiota mató muchos Christianos, fol. 189.
- Cap. 52. Como los Caballeros que estaban en la torre tuvieron un grande combate, y la torre fué casi derribada, fol. 195.
- Cap. 53. Como los Caballeros supieron de la ve-

## T Á B L A.

- venida del noble Emperador Carlo M. y asi-  
mismo el Almirante Balán; y como Ganalon fué  
embiado con embaxada al Almirante, fol. 202.
- Cap. 54. Como el Emperador Carlo Magno hizo  
tres batallas de su gente, y como acometieron  
contra todo el poder del Almirante, fol. 209.
- Cap. 55. Como Sortibrán de Coímbres fué mu-  
erto á manos del Duque Regnér, Padre de  
Oliveros, fol. 215.
- Cap. 56. Como los diez Caballeros salieron de  
la torre, y entraron en la batalla; y como el  
Almirante fué preso, fol. 220.
- Cap. 57. Como el Almirante Balán por ruegos,  
ni por amenazas nunca quiso volverse Chris-  
tiano; y como Floripes fué bautizada, y casada  
con Guy de Borgoña, y de como fueron co-  
ronados por Reyes de aquella tierra, fol. 222.
- Cap. 58. Como Floripes dió las Stas. Reliquias  
al Emperador Carlo M. y como Dios hizo un  
grande milagro delante del Pueblo, fol. 228.
- Cap. 59. Como San-Tiago apareció al Empera-  
dor, y como fué guiado de ciertas Estrellas  
hasta Galicia, fol. 232.
- Cap. 60. Que habla de un grande Idolo, que fué  
hallado en una Ciudad de Andalucia, fol. 238.
- Cap. 61. Como el Emperador Carlo M. mandó  
edificar la Iglesia de Santiago en Galicia, f. 240.
- Cap. 62. Como un Rey de Turquía pasó la  
Mar

## TABLA.

- Mar con gran poder, tomó ciertos Lugares de Christianos; y como el Emperador los tornó á ganar, fol. 241.
- Cap. 63. Como Aygolante volvió, y embió á decir al Emperador, que le queria hablar; y como el Emperador en habito de mensagero fué á hablarle, fol. 245.
- Cap. 64. De como el Emperador tomó la Ciudad donde estava Aygolante, fol. 248.
- Cap. 65. Como el Emperador se fué para Francia, y como volvió otra vez á dar guerra á Aygolante, fol. 250.
- Cap. 66. De las treguas del Emperador, y de Aygolante, y de la muerte de sus Caballeros, y porque Aygolante no quiso recibir el Santo Bautismo, fol. 251.
- Cap. 67. De la muerte del Rey Aygolante, y de su gente, y como murieron muchos Christianos por codicia de llevar las riquezas de los Moros; y de un gran milagro que obró Dios nuestro Señor con los Christianos, fol. 254.
- Cap. 68. Que habla de Ferragus, maravilloso Gigante que llevaba los Caballeros debaxo del brazo; y como Don Roldán hubo batalla cen él, fol. 256.
- Cap. 69. Como Don Roldán, y Ferragus hicieron su batalla á pié, y como disputaron de la Fé; y de que manera fué muerto el Gigante Ferragus, fol. 261.
- Cap.

## T A B L A.

- Cap. 70. Como Carlo M. huvo batalla con los Reyes de Cordova, y Sevilla, fol. 264.
- Cap. 71. Como el Arzobispo Turpin consagró la Iglesia de San-Tiago, fol. 266.
- Cap. 72. Como Ganalon fué embiado con embaxada á los Reyes Moros, y como el llevó proposito de vender á sus compañeros; y una reprehension del Autor, fol. 268.
- Cap. 73. De la muerte de los Caballeros Franceses, y del Rey Marsirius; y como D. Roldán fué herido de quatro lanzadas, fol. 271.
- Cap. 74. De la muerte de D. Roldán, fol. 274.
- Cap. 75. De una vision que tuvo el Arzobispo Turpin de la muerte de Don Roldán; y del sentimiento de Carlo Magno, fol. 278.
- Cap. 76. Como el esforzado Oliveros fué hallado desollado en el campo: y de la muerte de los Paganos, y del traydor de Ganalon, fol. 280.
- Cap. 77. Como Carlo M. se volvió para Francia y de las muchas, y grandes limosnas que hizo por las Almas de los Christianos, &c. fol. 282.
- Cap. 78. Como Carlo Magno se partió de Francia para Alemania, fol. 284.
- Cap. 79. Como el Emperador Carlo M. llegó á Aquisgran de Alemania, &c. fol. 286.

F I N.

